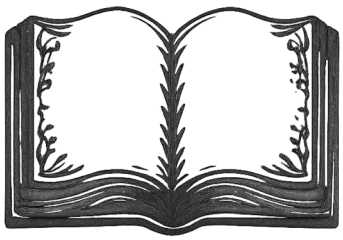
VIDA OCIOSA

Godofredo Rangel

Obra original : Vida ociosa, Godofredo Rangel, 1934

Traducción independiente por Fernando Guzmán, 2026

CC BY 4.0



ARCHIVO
HISPÁNICO

Prólogo prescindible

(A MONTEIRO LOBATO)

Todavía no conozco ningún oficio que me encaje a la perfección. Pero el del actor que, antes de la función, sale a escena para anticipar la trama y las impresiones de la obra, es el que menos me atrae.

Enfrentar solo los bostezos del público ya es, de por sí, una hazaña bastante difícil. Quien se atreve a eso debería tener una intención menos impertinente y menos vana que la de describir rápido y a grandes rasgos lo que pronto podrá verse a detalle y en su forma real.

De ahí que no hay peor tarea: porque es inútil, pero no es fácil. No ignoro que es propio del hombre buscar dificultades, aunque sean inútiles, solo por el gusto de vencerlas. — Por eso Peary y Shackleton descubrieron los dos polos: un polo para cada uno... (¡Y pensar que no hay más polos en la tierra... qué fastidio!). — Por eso, también, yo me dedico al ajedrez, que es siempre desconocido, inagotable, y la más difícil de las ocupaciones inútiles.

Juguemos al ajedrez, amigo Lobato.

— ¿Escribir? ¿Escribir prólogos? — Para nada; no caigo en esa. Si usted me quiere enredado en una tarea difícil, sea: — ¡le doy una torre de ventaja! Prefiero este riesgo, del que ambos saldremos con dignidad, ya sea vencido o vencedor, antes que la temeridad presumida de prologar el primer libro de Godofredo Rangel; una empresa en la que nadie gana, en la que el libro pierde y en la que solo yo me arriesgo. Bruno, el consagrado escritor portugués, se confiesa perplejo en el prólogo de una obra de Euclides da Cunha. Ahora bien, si yo estoy muy lejos de ser un Bruno, Rangel no está tan lejos de ser un Euclides. Por lo tanto, me sobran razones para no tentar al peligro.

Además, ya sé que Godofredo Rangel no quiere un prólogo, porque no lo necesita.

Este es un conocimiento certero, basado en un hecho histórico y en un rasgo de la psicología del autor que es igual de indudable.

El estudiante de derecho que fundó el *Minarete* hace quince años, no puede aceptar prólogos hoy, aunque, como él dice, ya sea "licenciado y juez en un pueblo del interior".

Después de todo, ¿qué es un prólogo?

— Es esto: el autor se presenta ante el público y le ofrece el libro que acaba de escribir.

El gesto ya dice lo que no hace falta decir: — "Léanlo y vean qué les parece". — Pero resulta que, entre el lector y el libro, se interpone un sujeto serio, con aires de gran figura de las letras, que presume saberlo todo, que influye en el público y se cree el salvador de los nuevos escritores, diciendo: — "Señores míos. Sus aplausos son valiosos y me enorgullece habérmelos

ganado gracias al ingenio que ya me conocen. Conozcan ahora también mi generosidad. Les presento aquí a mi amigo, en quien noto algunos talentos que ustedes también notarán después de que yo se los señale. Denle también a él algunas de las palmas con las que suelen premiar mis palabras". — Se nota bien que tal discurso, a pesar de los adornos del lenguaje, no es más que una presentación disfrazada y, además, tendenciosa, con todos los clichés del estilo convencional.

Solo le falta un "mucho gusto" y un "a sus órdenes". Pero la formalidad y el cliché eran crímenes prohibidos, tres veces malditos, en la institución del *Minarete*. Allí había, incluso, fiscales encargados de denunciar los que se escaparan por un descuido. No seré yo quien, a propósito, provoque la ira del fundador. No escribiré el prólogo.

No todos entenderán estas razones.

El público ignora lo que fue el *Minarete*; y es una pena, porque de su historia, que aún no ha sido escrita, debería salir la luz necesaria para aclarar no solo este texto, sino otras oscuridades de nuestras letras en general que bien merecen claridad.

Es un hecho conocido que hoy vivimos un renacimiento de las letras brasileñas. Autores y libros nuevos se anuncian con una frecuencia poco común. Nuestra vida literaria, después de quedarse tiesa en una larga hibernación, vuelve a florecer con fuerza, como si entráramos, al fin, en tiempos mejores, con más calidez y más trabajo creativo.

Debe haber causas generales para esto, raíces profundas que a estas horas ya estarán buscando los estudiosos de la historia con la linterna de la hipótesis y el gancho del análisis. Pero esa es una tarea pesada. No me siento preparado ni con el talento para atreverme a ir tan lejos ni tan profundo. Yo no examino la historia ni desentierro raíces.

Y ahora, sobre estas raíces, caería como lluvia del cielo el viejo proverbio de La Fontaine: *"Las obras largas me asustan; en vez de agotar un tema, solo debemos tomar su flor"*.

Porque esta idea de la flor encaja perfecto con mi metáfora de las plantas. Sin embargo, el personaje Pacheco, de Eça de Queirós, tiene una frase mejor y más corta: — "el verdadero talento solo debe conocer las cosas por encima". Y viene a ser, con menos modestia, lo que La Fontaine quiso decir. Con lo cual se prueba que no solo los genios coinciden, sino que las citas también son peligrosas cuando se usan demasiado.

Citar a La Fontaine para terminar dándole la razón a Pacheco es innecesario. Ni hacía falta tanto rodeo para concluir lo que yo quería: que para recoger la flor, o pasar por encima de las ramas, me basta con decir sobre el momento literario actual lo necesario para que se entienda la participación del *Minarete*.

Si retrocedemos quince años, encontramos el origen de este renacer en un mundo pequeño y curiosísimo: una verdadera camada de escritores que se formaba en un rincón de São Paulo. Media docena de estudiantes reunidos por el azar se unieron allí por afinidades de espíritu y

carácter, para vivir juntos una existencia llena de emociones artísticas tan intensas que era imposible que no resonaran en el futuro.

Quien se entrega así, de cuerpo y alma, a los encantos de la creación artística, se obliga a correr la suerte de las pasiones incurables que arrastran una vida entera hacia una de dos opciones: vencer o fracasar. — Lo que resulta fascinante aquí es que la "Dulcinea" intratable de los escritores los recompensó a todos ellos, uno por uno, como si fueran elegidos.

Monteiro Lobato es el autor de *URUPÊS*; y con eso basta. Ricardo Gonçalves, víctima de su propia pasión, será reconocido como uno de nuestros mejores poetas muy pronto. J. A. Nogueira, con su extraña novela *AMOR INMORTAL*, es mencionado como uno de nuestros escritores con más personalidad, profundo y atrevido.

Y ahora surge Godofredo Rangel con *VIDA OCIOSA*, el primero de una serie de libros inéditos que se imprimen; si los demás son como este, será una serie de triunfos legítimos.

Después de Lobato, Ricardo, Nogueira y Rangel, es muy posible que otros de la familia del *Minarete* todavía publiquen obras de gran valor.

¿No es esto extraordinario?

Cuando uno piensa que por todo Brasil existen tres generaciones de personas intentando escribir para alcanzar la gloria literaria; y cuando uno nota que el final de tanta lucha es casi siempre el olvido bajo montañas de papel impreso que se vende por kilo, es una maravilla que de un grupo de bohemios del *Minarete*, como de una caja de magia, salieran ya listos un poeta y tres prosadores de verdad. Parece un truco de magia. Al menos eso sospecharía el espectador astuto que no cree en varitas mágicas.

Y ese espectador tendría razón; porque hubo un secreto de arte en el encanto del *Minarete*. ¿Cuál?

Me divierte mucho explicar los trucos, sobre todo cuando uno ya sabe cómo se hacen y los demás lo miran con curiosidad preguntando: "¿cómo fue?". Es una forma segura de lucir talentos prestados. ¿Vale la pena explicar lo del *Minarete*? Se verá después de leer el libro.

Ánimo, pues, amigos, y pronto me darán la respuesta, o yo mismo la adivinaré.

Vista por fuera, no hay nada asombroso ni fantástico en esta caja de secretos. El *Minarete* era un chalé en el barrio de Belemzinho, sí señor, donde no había leyendas de fantasmas ni de almas en pena. Era un chalé al fondo de la calle, con una reja al frente y una ceiba al lado. En la planta baja vivía gente común; arriba, bajo el techo en punta, había dos únicas salas donde vivía Rangel, y a quien luego se unieron Ricardo, Lobato, Nogueira y otros, formando una "república" de amigos. El lugar, por ser un chalé alto y delgado que sobresalía en ese terreno solitario, fue llamado el *Minarete*. El nombre aludía a su parecido con una torre y también a los ideales de los jóvenes que allí vivían: como si fueran monjes de una religión del arte, lanzaban por aquellas ventanitas la voz de sus ideas, "penetrantes como agujas y limpias como espadas".

¿Pequeño el *Minarete*? — Sí, pero la idea que lo animaba era inmensa, "¡y la idea... la Idea lo es todo!".

Tener una idea ya es algo que no le pasa a mucha gente. Ponerla en práctica y, además, una de tal grandeza, eso sí es para muy pocos. El Cenáculo realizó la suya. No una, sino todas las voces de los muecines vibraron e hicieron estremecer el aire estancado desde lo alto del *Minarete*.

Solo que el *Minarete*, para efectos acústicos, ya no era el chalé de Belemzinho; y aquí se revela la sutileza del ingenio cuando lo estimula la Idea.

La adaptación al medio tiene exigencias que no pueden ser ignoradas por quien quiera vencer en la lucha por la vida —exigencias que incluyen a las ideas, porque la Idea vive y muere como las criaturas, de modo que se sujeta a las mismas leyes de la evolución—. Los profetas antiguos, incluido Mahoma, daban vida a sus ideas mediante la predicación. Pero hoy los tiempos son otros. Predicar a viva voz desde las ventanas, en el fondo de Belemzinho, sería ridículo, además de ser como predicar en el desierto... Porque la vida de las Ideas hoy se infunde a través de la prensa. Ni muecines, ni heraldos: sino el periódico. Por eso mismo, el *"Minarete"*, portavoz del grupo, era un periódico, ni más ni menos, tal como requerían todas las leyes inflexibles que Le Bon proclama sobre la Evolución de la Idea. Esto sería increíble si no tuviera a mano, para mostrar a los incrédulos, la colección completa de ese diario, cuya vida de tres años es un prodigio de longevidad que supera a Matusalén. Porque el viejo de la Biblia tenía la gracia divina a su favor; y un periódico nunca vive "de gracia". La providencia del patriarca era Jehová, dueño del mundo; la del *"Minarete"* fue un simple periodista de campo, a quien le pareció un regalo del cielo el hallazgo de seis muchachos generosos, desbordantes de talento, que "por nada" hacían el periódico completo: lanzado, bautizado y redactado desde el artículo de fondo hasta el folletín y la sección libre.

Y ahora, a la obra. Con la sede, el cenáculo y el periódico, el *Minarete* era una instalación completa para crear y animar ideas. Tenía el laboratorio, los aparatos generadores y el órgano de expresión. Podía funcionar con regularidad mecánica. Las ideas se incubaban allí por cientos, como en una criadora, luego les salían alas y ahí iban, a recorrer el espacio en las hojas del *"Minarete"*.

Es verdad que el *"Minarete"* circulaba un día a la semana, un poco en Pindamonhangaba y mucho más en el propio cenáculo. No era, pues, un vuelo largo, de aeroplano, que atrapara los ojos asombrados de toda una población. Pero era vuelo, y un vuelo agitadísimo, suficiente para sentir el vértigo de la altura; y no deseaban más aquellos excelentes muchachos. No solo no buscaban la atención del público boquiabierto, sino que no le prestaban la mínima atención al público. Desconocían su existencia. Una sola cosa los preocupaba: la vida del *Minarete*.

Allí se resumía el mundo; y lo que prueba la pequeñez del mundo es que cabía, de hecho y entero, en el *Minarete*. Porque el resumen de toda la vida del universo está en las obras de arte; con algo de deformación, es cierto, pero a cambio de una mayor belleza. El arte es infiel por la propia amplitud del cuadro que refleja. Así, una esfera de espejo colgada en una terraza muestra

al mismo tiempo el cielo, el parque, el salón de al lado y la mesa de abajo, con el florero y la silla de mimbre en la que la niña teje: todo muy bonito, y todo muy inexacto.

Así es el arte: impreciso, porque lo ve todo. La ciencia, en cambio, se especializa para ser exacta. Pero no es momento de desarrollar esa tesis. Solo hago esta mención para explicar que el *Minarete* era un mundo, al menos en imagen, porque vivía en el arte y por el arte. Las obras de arte allí no eran solo leídas o escritas; eran vividas, literalmente. Se leía mucho en el cenáculo, y de todo. Ricardo leía a Rostand y Lecomte; Rangel leía a Zola; todos leían a Daudet, Flaubert y otros, además de Eça de Queirós, Camilo y a los nuestros. Pero leían viviendo, ¿quieren ver?

Hubo un tiempo en que la lectura común era *Tartarín de Tarascón*. Sin que nadie lo planeara, el *Minarete*, de la noche a la mañana, se volvió Tarascón; y los muecines, por una transmigración de almas espontánea, se encarnaron uno por uno: Ricardo en el propio Tartarín, Negreiros en Bompard, Rangel en Bézouquet, Lobato en Costecalde, y así los demás.

La planta baja, donde vivían burgueses profanos, pasó a ser Beaucaire, el pueblo vecino y despreciado.

Llegaba el cartero con un sobre mal escrito para el inquilino de abajo: —"¡No es aquí, señor! Es en Beaucaire...". Se encontraban dos del cenáculo y se saludaban: —"¡Adiós, Bézouquet!... —¡Adiós, Bompard!".

Cierta vez, el director del semanario encargó un artículo de fondo, algo muy serio, una cuestión para derribar al consejo municipal sobre el problema del alumbrado público o, mejor dicho, de la oscuridad. Cândido Negreiros, encargado de la tarea, salió con una broma que ni al propio Daudet se le habría ocurrido. Tras criticar duramente el descuido de los concejales, que abandonaban la ciudad a los peligros de las noches oscuras sin un farol en la esquina, sugirió varios métodos de iluminación: gas, mecheros Auer, electricidad... todos carísimos e incompatibles con "las lamentables condiciones financieras del municipio". Ante esto, señaló el ejemplo de Beaucaire en 1893, cuando presidía el consejo el ilustre Sr. A. Pegoulade, "quien tanto se destacó en la construcción de puentes sobre el Ródano". Allá también enfrentaron el mismo problema. Se aconsejaron las mismas soluciones imposibles. El Sr. Pegoulade, en medio de tanto alboroto, presentó un proyecto más modesto pero ejecutable de inmediato, que por eso mismo triunfó sobre la oposición. ¿Por qué, entonces, nuestra ciudad no aprovecharía la lección de los más avanzados? Debía adoptar cuanto antes el "proceso Pegoulade", para que no le diera vergüenza "decirle a los forasteros de qué estaba hecha su iluminación".

Salió el artículo y el resultado fue instantáneo y muy honroso: el consejo municipal decidió archivarlo y nombrar una comisión de tres miembros encargada de estudiar y dictaminar sobre el "proceso Pegoulade". Ahora, imaginen en qué consistía el "proceso Pegoulade"... ¿En fuego griego? ¿En tubos de Crookes? ¿En linternas mágicas? —No, señores: en lámparas belgas, simplemente; en las viejísimas y conocidísimas lámparas belgas de queroseno. Pero hizo falta citar a Beaucaire y al Sr. Pegoulade para que un consejo municipal los descubriera y adoptara, "sin vergüenza de confesarlo a los forasteros".

—¿Conque lámparas belgas para la iluminación? —¿Belgas?... ¡Cuidado con lo que dice! Es el sistema Pegoulade, ¿no sabe? —En Beaucaire...

La broma no fue solo broma, como están viendo. Fue también una lección de psicología. Pero conviene saber que este ejemplo de influencia del *Minarete* en asuntos públicos es la excepción a la regla.

La literatura del *"Minarete"* era, en general, un enigma indescifrable para el público de un periódico de provincia, "del interior". Había un derroche prodigioso de ideas, conceptos y fantasía en aquellas columnas; y en todo eso, nada, absolutamente nada que pudiera interesar a un hacendado, a un comerciante ni mucho menos a un farmacéutico del pueblo. No se hacían pronósticos sobre la cosecha o el precio del café; no se hablaba de finanzas, ni de la fiesta del pueblo, ni de los crímenes de la capital, ni del cumpleaños del coronel. Únicamente literatura, a veces en serio, otras veces en broma, cuyo tema constante era la propia bohemia literaria del *Minarete*.

Lobato, además del cuento, se dedicaba a la crítica. Tema: la poesía de Ricardo. En sus *Memorias de un Viejo*, ensaya la profecía psicológica. ¿Qué sería del cenáculo en 1923, ese grupo "en el que había un poeta, un filósofo, un crítico, un diletante, un orador, un místico, un alma y un talento"? —"El poeta se llamaba Ricardo, el filósofo Albino, el diletante Cândido, el orador Lino, el místico Nogueira, el alma Raul y el talento Rangel". Luego preveía a Nogueira como cura, a Raul obeso y a Lino como diputado.

Lino, firmando como Sheridan, atacaba al grupo en un artículo agresivo. Decía que Ricardo era un "Victor Huguito" de pueblo; Lobato, un filósofo superficial y ruidoso; Raul, un payaso; Nogueira, un fósil. Se armaba la polémica. Insultaban a Sheridan: "Señor anónimo", "Señor filete"... "y que le vaya bien con sus papas".

El público, el burgués común, veía estas piruetas locas y se rascaba la cabeza: —"O yo soy bruto, o estos tipos están locos. ¡Vayan a freír espárragos, par de pesados!". Y las devoluciones del periódico llovían cada vez más. Así que, tras tres años de esa gimnasia violenta, el *"Minarete"* se acabó, agotado, como se agotaría un caballo de mensajero al que obligan a realizar hazañas de un purasangre de carreras.

Esto no quiere decir que todo se resumiera en locas carreras de pluma por el puro placer de escribir. Había también un trabajo pulido, hecho con amor de artista y búsqueda de perfección. Basta decir que de aquel tiempo son, en parte, *Ideas de Jeca* y *Ciudades Muertas*.

Nuestro Rangel, por su parte, escribía cuentos. Ya estudiaba los paisajes de Minas Gerais. Eliminaba los "que" excesivos de sus manuscritos y leía a Zola. Sé estos detalles porque de todo esto me informa la colección del *"Minarete"*. Me alegré al saber de la eliminación de los "que" y de su antigua inclinación por los paisajes mineros, que él pinta como verá quien lo lea. Pero lo de Zola me pareció grave, y confieso que bastaba para sugerirme dudas sobre el arte de Rangel, si yo no hubiera leído ya *Vida Ociosa*. Afortunadamente encuentro aquí un concepto que es señal segura de su buen gusto: "monótono y repetitivo como una página de Zola"... —dice él de una

cascada donde saltan los peces—. ¡Menos mal! Rangel leía a Zola, pero lo rechazó. Además, la declaración no era indispensable.

El estilo de este escritor, sus descripciones, su lenguaje, todo se presenta con tanto orden, claridad y honestidad, que no se descubre aquel "realismo de inventario" (que solo hace listas de cosas), como lo calificó el gran Machado de Assis.

Si hubo un escritor nefasto para nuestras letras, fue Zola. Arruinó irreparablemente a Aluísio de Azevedo, el único genio de la novela que se ha visto en Brasil, corrompiendo el gusto de al menos dos generaciones. Se requiere una personalidad muy fuerte para resistir a esa influencia tras leerlo por más de tres años sin que se le note en la cara.

No conozco a nadie, de hecho, más "individual" que Rangel. Lo que me parece su rasgo más inconfundible es que él está presente y se revela hasta en lo más íntimo, incluso cuando describe lugares y paisajes que lo impresionaron. Vean si esto no es verdad en aquella descripción del viaje por la carretera, en el capítulo inicial. Cada cosa que ve le despierta emociones inmediatas que se conectan con otras anteriores por hilos inconscientes, en una cadena de recuerdos cuyas formas imprecisas él atrapa y graba al instante, en páginas que son obras maestras del psicoanálisis. No se encuentran rastros de modelos ajenos en su forma de describir. Al describir, sea lo que sea, se retrata a sí mismo. Y es que la imitación es imposible para quien encuentra en sí mismo su propio original.

He aquí el poder de la individualidad, que libera al artista de la tiranía de las escuelas. Parece, por suerte, que ya se puede decir una verdad como esta sin escándalo, porque hoy no domina ninguna escuela. Ya nadie es, por obligación, romántico o realista. Los libros que se escriben solo se dividen en dos clases: bien escritos y mal escritos.

El realismo, el romanticismo, el clasicismo, incluso el cubismo, pueden ser buenos, siempre que sirvan para cultivar un temperamento y jamás para someterlo. Y es justamente por un largo cultivo que vamos alcanzando, en el arte, la mayoría de edad. Nos creemos preparados para el uso y goce de la independencia. Hoy se forma el artista para el arte, y no el arte para el artista, como en el pasado.

¿Bolchevismo estético?... —Tal vez. Pero se equivoca quien pronostica que por eso el arte se arruinará por la anarquía. Formar de manera independiente la individualidad del artista es una obra que no es arbitraria ni desordenada como parece; es mucho más difícil y cerrada para los extraños que la enseñanza de reglas fijas y uniformes. La selección de los verdaderos talentos se vuelve más fuerte, como consecuencia de la importancia que se le da al sentido individual del artista para elegir su propio camino.

Una obra de arte sin personalidad nace muerta. Solo viven, de hecho, las que reflejan legítimamente la propia vida del artista. *"C'est moy que je peinds"* (Soy yo a quien pinto), decía el sabio Montaigne; porque fuera de este principio no hay más que imitaciones, trucos y falsificaciones...

No extenderé más la tesis para no alejarme demasiado del *Minarete* y del Cenáculo. Me limito a lo suficiente para haber revelado ya el secreto principal de su encanto. Allí no solo se leía: se vivía la lectura. No se imitaba: se creaba. Se despreciaban las fórmulas. Se odiaban los clichés. Era la plena independencia.

Había afinidades de carácter entre todos, sin lo cual no sería posible vivir en comunidad. Pero no había uniformidad en los gustos, en las tendencias intelectuales ni en el temperamento artístico de cada uno.

Sumen a esto el alejamiento voluntario del público, y ahí tienen en el *Minarete* todos los requisitos para el desarrollo espontáneo de individualidades que se consagraban a las letras. Con trabajo y talento, no se necesita nada más para que surjan escritores de la talla de Lobato, J. A. Nogueira y Godofredo Rangel.

El truco de magia ha sido revelado. Y el lector, si no se durmió, pensará que el secreto es muy fácil y que la explicación sobraba.

Precisamente por eso, ya se declara en el título que este prólogo es prescindible. ¿Por qué lo leyó entonces?

Sao Paulo, 8 de noviembre de 1920.

HILÁRIO TÁCITO.

La carretera

Atravieso un largo tramo del pueblo, que todavía duerme en la penumbra. El borde del horizonte palidece. Cantos roncos de gallos se levantan desde todos los corrales. Arboledas somnolientas se asoman sobre viejas cercas, sombrías y bañadas por el rocío, con un fulgor de diamante negro en cada hoja. El aire corta y una ligera neblina se espesa en los extremos de la calle.吸

Sorbiendo hasta lo más hondo de los pulmones el aire húmedo y frío, siento que mi sangre reacciona con alborozo, dándome una dulce sensación de bienestar.

La carretera. Un resto de la melancolía de la noche se expresa aún en el chirrido trasnochado de los últimos grillos; en compensación, el vacilante crujido con que las primeras cigarras ensayan la música del día, y el crescendo de píos y gorjeos en la gran selva al otro lado del río, anuncian el día que amanece.

Esta hora ejerce sobre mí efectos contradictorios. A veces me agobia, me hincha el corazón con viejos recuerdos imprecisos; hay en mi alma un renacer de sensaciones antiguas que, por lo lejanas, yacían en letargo, como muertas. Para despertarlas basta casi nada: un reflejo blanquecino en un pantano, el vuelo ondulante de un pájaro, el susurro de la brisa en el follaje... ¿De qué me acuerdo? ¿A qué escenas olvidadas de mi vida se aferran estas sensaciones fugaces? Solo lo sabe el subconsciente. En esos instantes la alma se me alborota; dentro de mí, alguien se asoma a la ventana del pasado y alarga ojos nostálgicos hacia algo que no alcanzo a distinguir. ¡Sí! Diviso a veces, como en trazos borrosos de un paisaje entre nieblas, a mi madre que me saluda con su pañuelo cierta madrugada de despedida; el perfil de un compañero de infancia, un hilo de humo inmóvil en el aire quieto, desenredándose sin prisa, que el tren a lo lejos continúa estirando hasta el final de una interminable llanura, vieja conocida de mi niñez. Nostalgias, en fin, de personas y cosas viejas, o solo de personas, pues las cosas de los tiempos antiguos parecen personificarse y vivir, mirándonos como almas llorosas desde el fondo de nuestro pasado.

Otras veces me provoca un rebrote de vitalidad. Siento que germino. Mi alma florece en aspiraciones y me creo capaz de realizarlas. Parece que todos los triunfos dependen de mi sola voluntad. Un "quiero" equivale a un decreto divino. Si estoy enfermo, olvido la flaqueza física, totalmente ajeno a mi cuerpo en la conciencia de mi fuerza. ¡No! Mi corazón no pierde su ritmo, ni mis pulmones jadean con esfuerzo; no soy carne, no soy un animal: soy una idea que quiere, una energía que actúa.

El camino sigue por encima del río, que corre a mi derecha, oculto por la vegetación. A veces fluye tan cerca que, al arrojar una piedra en su dirección, se oye el gorgoteo de las aguas tragándosela. Fluye misterioso y silencioso, traicionando su presencia solo de tanto en tanto por el murmullo de la corriente que se agita entre los restos de ramas, o por un breve reflejo plateado en un claro entre el follaje. Y la carretera, de un rojo sangriento, con las marcas de las carretas de bueyes y las huellas de las herraduras, se prolonga frente a mí, bordeada por los lazos flojos de las enredaderas florecidas. En cierto punto, en una sorpresa de color, surge una planta siempre-lustrosa cubierta de flores moradas de arriba abajo; tantas flores que no se le ve otro color; y en el suelo, donde arrastra los pliegues de su rica túnica, se deshilacha en un rastro de pétalos violetas.

En las pendientes, el camino se curva en zanjas profundas. No es raro que, a la orilla de la carretera, cruces negras abran sus brazos carcomidos; restos secos de flores coronan el tope de

alguna, indicando que la criatura que allí cayó todavía no está olvidada del todo; y junto a sus pies, como ofrenda piadosa de los viajeros, pequeños montones de piedras sueltas.

¿Qué alegre tintineo me canta ahora en los oídos? ¿Qué madrigal lírico, rítmico y argentino, viene resonando por la carretera? Ah, es una tropa de mulas. Al frente trota la "madrina", con un collar de campanillas por pechera. Viene ágil, contenta, estimulada por la dulce música que sus pasos provocan, orgullosa quizás de los lazos de lana roja que la adornan, como una rústica divinidad de un culto primitivo. Hasta lo alto del palo de la carga, erguido como un asta de bandera, ondea la flámula alegre de dos tiras escarlatas. Me arrulla así el alma con las suaves melodías de mi infancia; me canta esa vieja canción de la sierra, simple y sin letra, ¡oh, dulce aparición de los caminos de Minas!, fantasía poética de arrieros carcomidos por la nostalgia que, si de noche descargan en los arpegios de la guitarra sus melancolías de eternos desterrados, de día sienten que el viaje es más suave arrullado por tu carillón sonoro y jovial, dulce encanto para los oídos y alivio para la nostalgia.

Y, repicando festiva, con el sordo acompañamiento del pataleo de la tropa, la armonía del campo se pierde a la distancia.

Ahora, la vieja puerta de madera, de anchos tablones horizontales. El poste de apoyo es un tronco toscamente labrado, con una cruz tallada en la punta. Al abrirse, emite un crujido prolongado y sonoro; y vuelve silenciosa, para cerrarse con un golpe poderoso contra el poste de cierre, que retumba por las cañadas como un disparo de cañón.

No sé por qué, es grande la fuerza emotiva de estos dos sonidos combinados; cuando los últimos ecos se callan, todavía nuestra alma sigue vibrando, herida profundamente en sus fibras más íntimas; y a la boca nos viene ese mismo sabor de vaga nostalgia, una melancolía de recuerdos lejanos; tal vez porque sugieren, con la influencia del ambiente, en la paz bucólica de la naturaleza, el recuerdo de viejas haciendas semiabandonadas donde las horas pasan arrastrándose, apenas rompiendo su espeso silencio por el golpe de las puertas allá afuera y por el cansado dar de las horas del viejo reloj, alto como un armario, erguido en un rincón del inmenso comedor.

Como toda puerta de los caminos antiguos, esta es un monumento donde colaboran la mano del hombre y la de la naturaleza. Característica y pintoresca. Por todas partes, zanjas divisorias llenas de una mezcla de raíces, gramíneas y pequeñas flores azules. La franja de monte que suele bordear la orilla de la zanja forma allí un túnel de follaje sobre la carretera. Plantas de hojas partidas, árboles de sombra y arbustos de hojas menudas crecen junto a los postes, entrelazando en lo alto sus ramas verdes, en un tácito concierto para resguardar en ese tramo un poco de sombra fresca y preciosísima.

Cuando el sol ardiente castiga los abundantes pastizales que bordean el camino, tostando la hierba, levantando en nubes de polvo la tierra roja de las carreteras, buscando absorber, insaciable, hasta la última gota de savia de la vegetación quemada, para aquel que caminó un largo trecho bajo la inclemencia del sol, la puerta es una sorpresa y una delicia. El tejido de las

copas es impenetrable; de los barrancos cubiertos del verde vello de los musgos y helechos, brota continuamente un poco de humedad que no llega a empapar la tierra, pero que sobra para hacer de la temperatura una caricia para la piel. Las propias mariposas disfrutan en esa franja de sombra aislada allí providencialmente; quien pasa las ve en el suelo húmedo, en enjambres, salpicando la tierra como pétalos sueltos esparcidos por el viento; pétalos de tonos vivos, donde predominan el amarillo canario y el rojo fuego. Al llegar el viajero, alzan el vuelo y revolotean como sacudidas por una ráfaga; pero no huyen; y, volando a tientas, esperan que el intruso se aleje para volver a deleitarse bordando, en la grata penumbra, sus ingenuas fantasías de colores.

Ahora, en la mañana fría, este bosque me pone los pelos de punta. Las mariposas —¡perezosas! — aún no han venido aquí a "distraerse con sus mariposeos". De los follajes empapados gotea de vez en cuando el rocío, perforando el suelo con pequeñísimos agujeros; y al estallar la puerta contra el poste, se precipita una lluvia efímera, rumorea largamente y cesa de repente.

Siguen unos cuatrocientos metros de campo abierto. De aquí en adelante se va siempre subiendo, suavemente, por un suelo pisoteado y oscurecido. El cerro está lleno de nidos de termitas, a los que las hierbas rodean con un sinfín de tallos erguidos. Aquí y allá logran escalar los montículos más bajos, asfixiándolos bajo su invasión. ¡Cuántas veces, desde el balcón de la vieja hacienda del Córrego Fundo, a donde me dirijo ahora, contemplé en este campo el éxodo de las hormigas con alas! Entonces, de mil agujeros invisibles, veía brotar como vapores turbios conos de humo vivo que subían y se esparcían, dando al campo un tono color hollín, fino y vibrante, que observado de cerca era el batir de miles de alas minúsculas. Y me divertía ver el alboroto de las gallinas de doña Marciana, con el cuello estirado hacia el aire, cacareando afligidas, dándose un banquete con el maná que les caía del cielo en forma de insecto.

Ya desde el oriente, rozando la loma de la sierra y apretado bajo una nube rosa y oro, se filtra el primer rayo de sol. Por los barrancos sombríos de la carretera, el brillo del rocío reluce aquí y allá como un hilo blanquísimo. Se intensifica el clamor de los pájaros, y las alas se multiplican en el aire entre trinos y risas de cristal.

Más abajo aparece al fin una curva del río, armoniosa y suave como una línea humana. Por la superficie líquida desfilan jirones de niebla en escuadrones, soplados por la brisa matinal. Del lado de la carretera las aguas se extienden claras sobre los arenales; del otro lado, una alta e ininterrumpida pared de verdura, exuberante y salvaje, como si la corriente delimitara las tierras habitadas de la selva virgen. Y de aquel muro enredado con que la naturaleza parece atrincherarse contra la invasión de los hombres, de aquella exuberancia casi agresiva, del lejano y confuso alboroto de los seres de la selva, del entrelazado de las copas, del perfume acre de monte virgen que la brisa trae en oleadas, me llega una atracción perturbadora, que me hace sentir el pesar de no ser una fiera o un árbol gigante para, integrado en la naturaleza, vivir la ruda y misteriosa vida de la selva.

Pero mis ojos huyen del vértigo y se fijan en una figura humana acurrucada en un nido de termitas. Es Américo, mi amigo, que me espera. Radiante me hace una señal de saludo y corre a mi encuentro; alegremente le respondo, y en poco tiempo nos fundimos en un fuerte abrazo.

Cien pasos más, y aquí estamos, llegando a la hacienda del Córrego Fundo.

Ruinas

Doblada por la vejez, la casa apenas se mantiene en pie sobre sus puntales oblicuos y carcomidos por las termitas. Azotadas por los temporales y corroídas pulgada a pulgada por la acción erosiva del tiempo, las paredes muestran pocos rastros de la última mano de cal aplicada veinte años atrás.

Los listones de madera, entrecruzados con los postes, exhiben por todas partes su osamenta podrida. Es el cadáver de una casa, un esqueleto descompuesto que ya deja ver las costillas descarnadas. Al lado, donde antes estuvieron los graneros, se ve hoy un montón de escombros; y en el patio de entrada, hacia donde se abre la puerta principal, la maleza crece a sus anchas. Contrastando con ese aire de muerte y abandono, y dando una nota alegre de vida al viejo caserón, sube de los fondos una espiral de humo azul que se deshilacha lentamente en el espacio.

Allí viven el viejo Próspero y doña Marciana, padres de Américo. Ya rondando los ochenta o noventa años (¡ni sé cuántos!), dan ejemplo de una vejez serena, sin amarguras contra la vida ni el pesar de dejarla. Mientras pudo, el viejo trabajó. Fue hacendado, tuvo grandes rebaños de ganado y extensas hectáreas de plantaciones; pero, por ser bueno y confiado, lo que tenía se le fue rápidamente cuando su actividad empezó a decaer y el peso de los gastos ya no encontraba una ganancia equivalente. Ingratitudes y abusos de confianza le quitaron hasta el último centavo; lo que sin embargo se salvó del naufragio, para él y su compañera, el único y precioso tesoro que nadie pudo arrebatarles, fue la suave alegría del alma que los acompañó en todas las vueltas del destino, y que da a la vejez de ambos unos toques de juventud vivaz, como guirnaldas de madreselva que se extienden sobre las ruinas.

Pobrísimos, la propia vivienda en que moran es ajena: pertenece a un hermano menor de Próspero, un hacendado sin deudas y tan tacaño que el hecho de haberles cedido por favor esa morada deja a todos boquiabiertos. Los viejos nunca se quejan; pero sé que el propietario, el mayor Claudino, no los deja en completa paz. Es unos diez años más joven que Próspero. Fue este quien le dio la mano para empezar en la vida y continuarla; y también fue Claudino quien se tragó los últimos restos de su fortuna, valiéndose de cuentas poco claras y de intereses misteriosamente enredados. En esa época, como quería expulsar a los viejos de la hacienda, tal falta de caridad levantó tanto clamor entre conocidos y parientes que Claudino cedió, a regañadientes, dejándoles el uso de la casa y de unos metros de terreno. —"Están viejos, poco han de durar", decía para conformarse. Pero los viejos resisten valientemente los embates de los años y Claudino se impacienta con eso, dice impertinencias, se queja del descuido creciente de

todo y quiere llevárselos a su propia casa. Próspero se limita a responder sonriendo y sin tomárselo a mal: "¡Ten paciencia, hermano! Espera un poco más. Para el año que viene, la prima y yo ya estaremos pescando en el río de la eternidad...". (La "prima" es doña Marciana; la llama así porque tienen ese parentesco).

Mientras esperan, pescan peces en el río que pasa al fondo de la hacienda. Eso basta para que olviden los años y las enfermedades. Todas las tardes, Próspero, con el rostro cubierto bajo las anchas alas de un sombrero deformado, sube a su viejísima canoa de madera que hay que equilibrar con cuidados infinitos para que no haga agua, y va distribuyendo aquí y allá, por las dos orillas, anzuelos de espera y trampas; y al amanecer del día siguiente, allá vuelve a recorrer los mismos sitios para ver qué rindió la noche... Y de vez en cuando sucede que termina matando en el anzuelo, a punta de lanza, un enorme dorado que trae alegremente a cuestas, subiendo la pendiente, y que, resoplando, en un gesto triunfal, arroja pesadamente sobre la mesa del comedor.

Durante el día, él y la vieja se instalan a la sombra de un árbol de ingá, cuyas ramas extendidas los protegen del sol, y pescan en el remanso que el río forma abajo y que ellos transformaron en su comedero de peces. Y al verlos allí juntitos, las cañas paralelas curvándose al peso de los plomos, codo contra codo, uno adivina que los dos irán juntitos a la tumba cuando alguno de ellos decida partir hacia las tinieblas eternas, que tal vez ya estén tan próximas como la primera curva del río.

El viejo Próspero fue un cazador apasionado. Cuando le pido que me cuente pasajes de su vida, estos vienen, la mayoría de las veces, mezclados con episodios de caza: el primer parto de doña Marciana estaba íntimamente ligado a la aventura de una célebre perrita cazadora de jaguares; cuando se les murió el segundo hijo, él llevaba tres días batiendo el monte bravo tras una manada de pecaríes; y al volver a casa, cargado de magníficos despojos, sus gritos de triunfo se le murieron en la garganta ante el cuerpecito expuesto en una mesa, entre cuatro velas altas. Ahora que le falta resistencia para atravesar la selva y sacar a los jaguares de su guarida, canaliza su furor de cazador contra los peces, conformándose, en cuanto a la caza de monte, con armar trampas para los carpinchos que le destrozan el arrozal.

Le envidio su manía por la pesca. La eligió bien como pasatiempo para la vejez, pues no depende de la agudeza de la vista ni de músculos reforzados. Sus brazos de canoero práctico, aunque temblorosos, todavía conocen la maña para equilibrar una canoa sin excesivo esfuerzo muscular. Lamentable es el escritor que, al doblar los años de la segunda mitad de la vida, nota en sí una incapacidad creciente para obtener la tensión espiritual que engendra las obras maestras; al sabio meticuloso que examina al microscopio los elementos invisibles de las células, se le debe ir, con el filo de la visión, el gusto por la vida. ¡Ay de los que, al llegar el momento, no estén preparados para empuñar la filosófica caña de pescar del viejo Próspero! Y eso lo hace feliz. Le quitaron la fortuna —tomó el anzuelo—; si le arrebatan el anzuelo, todavía le queda el rosario; de modo que su bondadosa simplicidad, si bien le hizo perder la riqueza, le otorgó la conformidad en la desgracia. Recuerda los antiguos años de abundancia y se complace a veces en contarlos, como

un viajero relata las maravillas que vio en el curso de un viaje. Esos recuerdos tienen para él el dulce sabor de las cosas buenas disfrutadas, sin sentir amargura por ser cosas que ya se fueron.

Me contó un día que, en tiempos de su padre vivo, había tantos esclavos en la hacienda que les daban de comer a los niños en un comedero de madera del que todavía quedan restos en el patio. Vaciaban allí dentro ollas de maíz cocido y con una corneta convocaban a la chiquillada dispersa. De todas las viviendas, de la casa, de la huerta, del pasto, los negritos acudían corriendo como una horda de diablillos desnudos. Y las manos avanzaban ansiosas hacia la comida. "Se llenaba de negritos, todos pelados", explicó Próspero en su lenguaje pintoresco, acentuando la frase con un gesto para indicar la fila ininterrumpida de niños a ambos lados del comedero. Por la muerte de sus padres heredó buenos lotes de tierra; vino después la herencia de la "prima", lo que aumentó todavía más su trabajo en los años felices de la juventud. En esa época la casa estaba llena de parientes y amigos. Parecía un hotel. Había personas que pasaban allí meses, por el aire puro o para cazar. Un tal Leonardo, enfermo de sífilis, permaneció en la hacienda más de un año en tratamiento. Al restablecerse, Próspero le prestó dinero para comprar un terreno. ¡El pobre Leonardo, si no tenía recursos para salir adelante! Con ese empujón se arregló tan bien que hoy es un hombre de grandes posesiones. Es verdad que los olvidó y que, cuando se cruza con ellos, apenas si se toca el sombrero; pero anda tan apurado, sus negocios son tantos, que en su cabeza llena de preocupaciones no sobra espacio para cortesías inútiles. Una vez les negó ayuda; no por ingratitud, sino porque tanto trabajo pone a la gente aturdida y de mal humor, y a él, pobre, trabajo no le faltaba. ¡El pobrecito de Leonardo! ¡Cómo lo recordaba todavía la vieja, casi ciego, supurando, con la boca llena de llagas que apenas lo dejaban alimentarse, tanto que era necesario pasarle leche a la garganta por un canutillo de bambú! Y se aferraba a doña Marciana llamándola mamá y llorando, en un regreso a la infancia, casi idiotizado por la enfermedad.

Entre otras historias también me contó que se había quedado en la hacienda unas semanas cierto médico portugués, el Dr. Felipe, hombre muy divertido y ante cuya figura evocada los viejos se sonreían el uno al otro. Sin consultorio, vivía recorriendo tierras con zapatos toscos y la ropa desgastada... Ni recursos tenía para viajar a caballo; iba de lugar en lugar con su maletita a cuestas y bastón en mano, y por eso en la ciudad le pusieron el apodo de "Dr. De-a-pie". ¡Qué maldad, pobre! Pero un apodo en un hombre infeliz y sensible que, al hablar de su "tierra", se le llenaban los ojos de lágrimas por la nostalgia de su madre y su hermana, que allá quedaron tan lejos, sin amparo, al otro lado del mar.

Pero los viejos se sonreían, recordando cierto episodio malicioso. Queriendo aprender a cazar, aquel buen Dr. Felipe apenas sabía cómo agarrar una escopeta. Dio allí sus primeros tiros, y con cada uno que terminaba en fracaso, se le escapaba un "¡mal rayo me parta!" de pura decepción. Próspero, sin embargo, no se desanimaba con su alumno y repetía como un estribillo: "¡Todavía espero ver el día en que el doctor mate un carpincho!". Al fin, ese día llegó. La selva virgen se extendía tan cerca de la hacienda que, por las tardes, las aves silvestres venían a picotear al patio, confraternizando con las gallinas y los patos de la cría doméstica. Los carpinchos, entonces, eran una plaga. Una tarde se vio a una pareja de ellos a la orilla de la laguna, al fondo de la huerta.

"¡Agarre la escopeta, Dr. Felipe, y venga!", dijo el viejo. Fueron hasta la laguna. A su llegada, los grandes roedores se sumergieron rápidamente en el agua negra. En cierto momento apareció un hocico en la superficie, muy cerca del Dr. Felipe. Él dispara a quemarropa: "¡Mal rayo!". Otro tiro y, por milagro, acierta. La jauría se encarga de sacar del agua al animal herido y acaba con él rápidamente a dentelladas. El doctor quedó radiante por la hazaña. Entonces el viejo Próspero le planteó una preguntita pícara: "Doctor, usted que es médico entiende mucho de organismos vivos; por eso, dígame si este carpincho es macho o hembra". "¡Oh, nada más simple!", exclamó el doctor, ofendido por la insignificancia de la consulta. Mira al bicho despreocupado, después lo examina atento, se concentra en el análisis y lo somete a una inspección concienzuda y científica... Por fin desiste, en el colmo de la perplejidad. Entonces Próspero suelta una carcajada: "¡Es macho, doctor! Mírele el hocico... el carpincho macho tiene un callo en la nariz". Y los viejos se reían al evocar la confusión del "Dr. De-a-pie" por haberse llevado semejante lección.

Al llegar a un recuerdo como este, mezcla de antiguas grandezas con reminiscencias de viejas cacerías, la memoria del viejo se desvía del hilo directo de la narración y, olvidándose de lo demás, se deleita memorando proezas de cazador. Y es sumamente agradable escucharlas, principalmente alrededor de unas brasas en una noche fría. Si el tiempo es inclemente y las lluvias convierten los caminos en extensos lodazales, se reúnen en esas tertulias más personas en la vieja hacienda; viajeros sorprendidos por el temporal que, al abrigo de sus tejas hospitalarias, esperan un tiempo propicio para continuar la jornada. Y cuando resulta que esos viajeros empapados son cazadores, aumenta aún más el placer de la charla, pues cada uno desgrana lo más interesante de sus recuerdos. En cuanto a doña Marciana, ella se limita a comentar los relatos del "primo" con sus impresiones personales de esposa abnegada: las angustias de las largas esperas, la mirada por la ventana recorriendo el océano de las copas de los árboles que se derramaban alrededor, o sondeando las últimas curvas de los caminos, midiendo el tiempo con las pulsaciones del corazón... ¡Cómo tardaban los cazadores! ¡Quisiera Dios que no hubiera ocurrido una desgracia! Y cuando Próspero volvía, ¡qué júbilo al verlo sano y salvo, y al apreciar, como conocedora, el tamaño del puma que había diezmado a la jauría, o el número de pecaríes abatidos en la manada!

Recibimiento cordial

—¡Entonces, doctor Félix! Tardó, pero al fin apareció —me repetía Américo rebosante de alegría, mientras abría la cerca del patio, dejando a la izquierda la puerta de la pequeña tienda de la hacienda.

Al llegar a la entrada principal de la casa, con el dedo índice cruzando los labios le pedí silencio; y grité hacia adentro, engrosando la voz: —¡Epa, de la casa! Me respondió desde adentro una voz de vieja: —¡Puede pasar, que esta vez no me asusta!

Oí en el mismo instante, viniendo de la cocina, el arrastrar conocido de las sandalias de doña Marciana y la voz de don Próspero, ya un poco sordo, que le preguntaba qué sucedía de anormal a una hora tan temprana. —Es el arriero de voz gruesa que me asustó el otro día —explicó ella.

Al entrar a la sala, puse el sombrero sobre una mesa negra por el uso, chata y ancha, de ese estilo extendido de los antiguos baúles donde se guardaban cereales. Recorrí con la mirada las paredes tiznadas, cubiertas de dibujos de grandes peces: dorados de tamaño natural, sardinas de tres palmos, bagres gigantes todavía con las púas erizadas y las aletas en abanico, listos para la defensa; registro fiel de las glorias de pesca de don Próspero, que Américo había perpetuado sobre la cal con carbón y pigmentos naturales. Cada pez grande sacado del río, antes de ir a la olla, pasaba por las manos del artista primitivo, que dibujaba su imagen en la pared.

Abracé a los viejos, que se acercaron a mi encuentro con paso vacilante. —Y bien, ¿cómo vamos de enfermedades? —les pregunté, iniciando el tema obligatorio al llegar; cuestión preliminar, como decimos en nuestra jerga jurídica (creo que no he dicho todavía que soy abogado y juez en un distrito del interior).

—¡Ay, doctor Félix! ¡Andamos llenos de achaques! —exclamó la mujer—. Nos vamos doblando de viejos. Mis carnes se secan, mi cuerpo es puro hueso. Ya soy una zorra vieja —añadió mostrando sus cabellos canosos. Para que no se preocupara, Próspero dijo que aquello no era nada. Que la "prima" siempre había tenido esas rachas de engordar y adelgazar de un momento a otro. —Tiene naturaleza de perro —terminó riéndose. Doña Marciana protestó, escandalizada por la comparación.

Después fue el turno de Américo, que se quejó del mal moral que le causaba aquel aislamiento y la falta de convivencia con hombres superiores. Por fin, tuve que sufrir un interrogatorio minucioso que me obligó a contarles, a falta de molestias más graves, todos mis resfriados, dolores de muelas y picaduras de mosquitos ocurridos desde mi última visita; suspirando a cada instante un "¡pobrecito!", los viejos me escucharon con total concentración. Doña Marciana me recetó un remedio natural bueno para todo aquello; Próspero la contradijo aconsejando otra cosa. Discutieron un poco sobre este punto, pero al final llegaron a un acuerdo. Sobre qué acordaron, no presté atención.

Conversando llegamos a la galería. El descuido de las paredes era el mismo. Sobre los trozos de cal amarillenta que escaparon al paso del tiempo, se veían nuevos dibujos de peces enormes, algunos todavía con el anzuelo clavado en el labio. Los muebles allí consistían en una vasta tarima que podía servir de cama, un inmenso cajón y dos sillas desvencijadas, una todavía con restos de paja y conservada con cuidado porque era "la silla del doctor Félix". Para darles el gusto, me senté un poco en el mueble privilegiado que me ofrecían cuatro manos solícitas; enseguida fui a acomodarme al estilo oriental sobre el cajón, con el viejo a mi lado debido a su sordera. Escuché los reclamos que me hacían por mis visitas tan espaciadas; que vivían esperándome, haciendo conjeturas sobre mis viajes, si sería hoy o mañana o a qué hora, yendo a

cada rato a mirar el camino para ver si yo aparecía. En cuanto a Américo, se dirigía todas las mañanas a su puesto de observación, que era el nido de termitas donde lo vi acurrucado.

—Si supiera la falta que nos hace, vendría todos los días —remató Américo. Pregunté entonces al viejo sobre las últimas pescas. —¡Ah, doctor Félix! —exclamó con pasión—, hoy me quedé muy molesto. Los caimanes anoche se juntaron y me rompieron todas las redes de la laguna. ¡Ya esos malditos me comían los cerditos cuando estaban en el corral al fondo de la huerta, y ahora persiguen a mis peces! Y me contó que entre el enredo de las redes rotas había encontrado la mitad de una sardina de dos palmos.

Mientras Próspero hablaba, era visible el disgusto que sentía Américo por el rumbo trivial que tomaba la conversación. De espíritu fundamentalmente científico, ansiaba abordar cuestiones de mayor peso, pero le repugnaba profanar problemas elevados mezclándolos con las frases dispersas de una charla vulgar. Por fin no se contuvo y recurrió a un conocido expediente: —Doctor Félix, quiero hablar en privado con usted.

Nunca fui amante de las conversaciones reservadas. Recuerdo que la primera fue con mi primer maestro, que me llamó a un cuartito para obsequiarme allí media docena de varazos. ¡Viejos varazos! Ya pasaron más de quince años. La segunda la tuve con un ex-futuro-cuñado que, en una noche oscura, con los ojos echando chispas y un enorme garrote en alto sobre mi indefensa personalidad de estudiante, me propuso un dilema: "O te casas, o...". El lugar solitario y su actitud decían el resto. Hasta hoy no sé qué santo milagroso me sacó de entre las garras del terrible Minotauro. ¡Qué manía la de los filósofos de inventar esas complicaciones académicas! Desde aquel tiempo en adelante, las charlas privadas me causan horror. Siendo, sin embargo, conocida la naturaleza inofensiva de lo que me pedía el bueno de Américo, accedí. En consecuencia, mi amigo me tomó del brazo y me condujo a su cuartito.

Un genio enciclopédico

Los viejos no protestaron contra el despotismo de Américo, que así me arrebataba en un santiamén de su compañía. Y es que adivinaron que íbamos a hablar sobre los "estudios". Pero a este punto es necesario enfocar ante la vista del lector, en alguno de sus aspectos, el alma y la situación de mi amigo.

Américo, a pesar de sus cuarenta años, era todavía una especie de "hijo de familia". En la hacienda, su única función consistía en administrar la pequeña tienda que abría su puerta exigua hacia la carretera, compartimento más frecuentado por abejorros y avispas que por los raros viajeros.

Usaba la barba descuidada y revuelta a la buena de Dios, y en lo alto de la frente, accidentada por varias protuberancias correspondientes a sus varios talentos, el cabello raleaba en profundas entradas, presentando un mechón rebelde en la línea de simetría. Los bultos de la frente y los

ojos hundidos le daban una expresión aguilucha que parecía tener la virtud de revolver los escondrijos de las almas.

Américo poseía asombrosas disposiciones para fabricar con navaja, usando puntas de bambú, trozos de carretel y láminas de mica, unas plumas de formas caprichosas, pintadas con pigmentos naturales y hollín, de un amarillo terroso listado de negro. Les daba además otros matices con jugos de frutillas silvestres. Las plumas se amontonaban por manojos en los estantes de la tienda y allí se quedaban eternamente, muestra visible del desequilibrio entre la oferta y la demanda de la mercancía. Los trozos de carretel servían para echar la suerte: uno los hacía girar y, al parar, una marca señalaba en el eje una letra o una frase que respondía a la pregunta formulada a ese oráculo de nueva especie.

En los intervalos de esa fabricación, se sumergía en sus lecturas predilectas, entre ellas un tratado de mesmerismo nunca lo suficientemente manoseado, otro de física y algo de Allan Kardec; todo lo cual, actuando separada y conjuntamente, era capaz de hacer tambalear su escasa razón. Le gustaban las conversaciones científicas, no admitiendo que se perdiera tiempo en charlas de naderías; y debatiendo su especialidad, sabía arrinconar al interlocutor desprevenido con cuestiones profundísimas e insondables que explicaban la inusual prominencia de sus bultos frontales. Para ello tenía un modo especial, cierta maña en encadenar preguntitas capciosas, en apariencia inofensivas, que insensiblemente lo iban encumbrando a uno al pináculo de altos problemas trascendentes. Estas cuestiones constituyeron el noble empleo de su vida. En la época en que todo el mundo se casa, él olvidó el matrimonio, absorto por completo en resolver el problema del infinito, del tiempo y del espacio. ¿Dónde empieza el mundo? ¿Dónde acaba? ¿Sería el espacio el contenido de una inmensa bola de vidrio? ¿Y más allá de ese vidrio? ¿Otras bolas? ¿Cuándo había empezado el tiempo? Si desde el principio hasta hoy había transcurrido el infinito, ¿cómo podríamos llegar hasta el hoy si de hoy al fin hay el mismo tiempo infinito y nunca llegaremos al fin? Y con la atención aguda aplicada a estos altos problemas, no vio la juventud que huía, ni a las muchachas del campo casaderas que lo rodeaban, atraídas por las tierras paternas. Solo ahora, después de que le demostré por una serie de finas inducciones y deducciones que la conservación de la especie es un deber moral, porque la ciencia no puede morir, y porque si todo el mundo pensara como él la humanidad se extinguiría y la ciencia con ella; y como la única forma legítima de reproducción es el matrimonio, se concluía que, etc. Américo se convenció; y después quedó, además de convencido, altamente estimulado cuando le conté, con aire misterioso, que existía una viuda joven y rica que solo esperaba, para aparecerse ante él, terminar de asimilar unos tintes de magnetismo y electricidad, con unos toques de Kardec, para no ser una esposa vulgar e incapaz de sostener una conversación instructiva con su científico marido.

Américo había sido toda la vida el orgullo de la familia, su gran hombre; y todos lamentaban que no hubiese seguido una carrera superior. Desde niño había revelado inclinaciones ajenas a su medio. De pequeñito, mientras los otros chiquillos andaban corriendo por los pastos y atrapando animales, él se quedaba echado, con la barbilla en el suelo, pasando las figuras del "Manual del

Criador de Gallinas". —¡Era un amor por los libros! —decía doña Marciana al marido, yendo a buscarlo para que viniera despacito a apreciar la seriedad aplicada del crío. Y los dos se quedaban contemplándolo con la mirada llena de emoción. Y hacían planes: sería esto, sería aquello. Más tarde, en los tiempos de estudiante, se afirmó la vocación. ¡Tenía una memoria para guardar las cosas! Después de que el maestro lo dio por preparado y pidió, afligido, que no le mandaran más al "Merquito" (¡buenos aprietos le había hecho pasar el pequeño!), este continuó siendo, por su cuenta, un buen estudiante. Conservaba siempre, y siempre manoseada, su biblioteca de alumno, recapitulando, en el intervalo de más altas cogitaciones, la materia aprendida con una sed de conservar que era casi avaricia; y la conservaba con tal empeño que aún ahora, que doblaba los cuarenta años, tenía fresca en la memoria la exótica onomástica de las islas de Oceanía y de los volcanes de México; sabía de memoria todas las definiciones de la Gramática de la Infancia y traducía corrientemente los ejercicios de francés. Si no aumentó ese caudal, tampoco desaprendió lo sabido. A veces me pedía que abriera al azar uno de sus libros escolares y leyera la primera línea. Yo lo hacía. Y Américo tomaba de inmediato el hilo de la frase y se lanzaba por ahí abajo sin una vacilación; la materia le salía fluida, corrida, bien sabida y en un nunca acabar.

Después de salir del colegio, ni intentaron los padres meterlo en las labores del campo: él había revelado una aversión profunda por todo lo que no fuera ciencia pura y por eso tampoco aprendió oficio ni ocupó empleos; vivía en la hacienda a la espera de una oportunidad para continuar los estudios fuera, en una gran capital; pero el amor materno, las vacilaciones sobre la carrera a seguir, el apego a la hacienda y, principalmente, un no sé qué muy imperioso y que nunca supieron qué fuese, no los dejaban encontrar una oportunidad lo suficientemente oportuna para la ejecución de sus primorosos planes. Y así fue quedándose y madurando en años mi buen y estudioso amigo.

—Américo no es como cualquiera, él tiene algo aquí —decía todavía el padre, dándose golpecitos en la cabeza—. Él es así porque nunca salió del campo, si no, podría ser hoy médico, abogado... o... o incluso profesor (era una escala ascendente).

Y, aunque melancólicos por el estéril huir de los años, los viejos todavía esperaban que el hijo, más tarde, alcanzara una de aquellas cimas.

Llegados a su cuarto, Américo me hizo sentar a la orilla de la cama para el misterioso coloquio. Enfrente, sobre una mesa, había un estante. En sus anaqueles se veía un caos de frutitas secas, papeles amarillos, guijarros de color y forma exquisita, tomos desvencijados, con hojas gruesas y de bordes doblados por el aplicado manoseo de tantos años. Al borde de aquella mesa, un viejo libro de geografía abierto exhibía un mapa de las constelaciones. Induje que Américo andaba inclinado hacia la astronomía.

—Señor doctor —comenzó—, disculpe haberle pedido este privado; pero, usted comprende, hay asuntos de interés que no conviene debatir a la ligera. —¿De qué se trata? —inquirí. Sin responder, Américo se concentró, apoyando dos dedos de la mano izquierda en los arcos de las

cejas. Pasados unos instantes, me preguntó: —¿Cree en la pluralidad de los mundos habitados? —Creo. —Y... ¿será gente pacífica la que habita los otros planetas? —Según el grado de su adelanto.

De nuevo la frente se le inclinó sobre el pulgar y el índice y Américo se sumergió en lo subjetivo. Esperando la continuación, yo le examinaba los bultos de la frente, comparando sus dimensiones respectivas y conjeturando: este, el más chato, era el del magnetismo; otro, el más puntiagudo, el de las especulaciones filosóficas; aquel, sobre cuya cima lustrosa una mosca deambulaba en idas y venidas, era el del espiritismo; el otro...

—Porque mi temor —continuó Américo espantando a la mosca— es que el científico del futuro que primero realice la comunicación interplanetaria sea recibido en un medio hostil que lo haga prisionero de las alturas; y semejante destierro, como premio al arrojado intento, sería una desdicha incomparable.

Concordé en que sería una ocurrencia lamentable; no creía, sin embargo, que quienquiera que fuese, en días venideros, llegara a correr tal riesgo. Las excursiones intermundiales nunca serían practicables. —¡Cómo que no! ¡Y el progreso de la ciencia, señor doctor! —protestó Américo. —¿Pero no cree que en otros astros, más viejos que el nuestro, esté la ciencia infinitamente más adelantada? —Sí... —Pues bien, si fuese posible semejante viaje, ya nos habría visitado algún habitante de esas regiones privilegiadas. —¡Vaya! ¡Y yo que aún no lo había pensado! —se asombró Américo.

Y, trasluciéndose en su fisonomía el alivio de una preocupación molesta, removida por aquel argumento, me tomó la mano, asegurando con calor: —¡Una charla con usted vale una fortuna!

Protesté modestamente; Américo insistió en que lo valía; porfié que no, él que sí, y no cesaría la disputa si no hubiésemos oído la voz alegre de doña Marciana, avisando: —¡El café está en la mesa! ¡No dejen que se enfríe!

A la hora del café

Fuimos a tomar el café. Atravesando la casa, aspiré con placer el aroma a escoba verde que impregnaba el ambiente, dejado por el aseo de la mañana. Otras conocidas notas hogareñas aumentaban mi sensación de tranquilidad y bienestar: cacareos y píos en el patio, chillidos de crías de murciélago entre el hollín de las tejas. Divisé en su percha al viejo loro melancólico.

En la larga mesa de la sala de entrada ya estaba la cafetera humeante, rodeada de pequeñas tazas de loza y cuencos desportillados con letreros: "Saudade", "Amistad"; todo sobre una gran bandeja de plata, último objeto precioso de los viejos tiempos de abundancia, reliquia de familia que desde épocas inmemoriales pasaba de padres a hijos. "Mi silla", forrada con un cuero de zorro, había sido trasladada allí. Se oyó en la cocina un chisporroteo de grasa frita y a los pocos instantes surgió doña Marciana con un plato de bizcochos todavía calientes de la sartén.

Me instalé al lado de Próspero, que estaba solemnemente sentado ante un tazón lleno hasta el borde. Doña Marciana, intencionalmente, me ofreció el cuenco de "Amistad" y me pasó los bizcochos fritos, sentenciando: —Decían los antiguos, doctor Félix, que el café debe ser asentado, soplado y masticado.

Sin ceremonias, puse delante de mí una pirámide de bizcochos y hice que el plato, sensiblemente disminuido, continuara su giro. En movimientos rítmicos, el tazón —especie de patriarca de la vajilla— iba hasta los bigotes recortados del patriarca de la familia y volvía a la mesa. El viejo Próspero bebía silencioso, con la unción de quien sigue un ritual. En la pausa y la calma de las idas y venidas, había como una afirmación segura de que Roma no se hizo en un día y que, tarde o temprano, se vería el fondo del tazón.

—¿Por qué está tan callado, don Próspero? —le pregunté, para entablar conversación. Posó la vasija y, volviéndose hacia mí, dijo: —Ando más sordo estos días, doctor, y temo que mi charla lo incomode. Sé lo pesado que es conversar con sordos: hay que gritar y encima aguantarse la risa por los disparates que uno oye. En mi tiempo a mí tampoco me gustaba mucho y solo conversaba por espíritu de caridad. Por eso juzgo a los otros por mí...

Remató sonriendo, como quien cuenta con una protesta segura y delicada. Protesté y le pregunté si la molestia no lo hacía sufrir. —A veces me entristece un poco. Uno, cuando se va quedando sordo, también se va quedando aislado. El sonido es uno de los encantos de la existencia, y sentir que se apaga a nuestro alrededor es como sentir que la vida se aleja. Con el sonido, los hombres se nos escapan, de suerte que nos vamos quedando encerrados en el silencio, como en una nueva especie de desierto. Pero mientras tenga ojos para ver a mi vieja, no desespero... —Y miró con picardía a doña Marciana, quien le llamó pesado, bromeando: —Eso de la sordera de mi viejo, doctor Félix, creo que es un poco de maña. Vienen aquí a veces unas muchachas campesinas bonitas y, con la excusa de no oír, él se les va acercando con mucha soltura.

Hubo risas y el viejo sentenció, con picardía: —Todo en este mundo tiene su compensación. Esa es la de la sordera. Dios, cuando da el mal, también da el consuelo...

Nos contó, después, cómo había empezado aquello, afectando insensiblemente y al mismo tiempo ambos oídos, hacía ya años. Defecto imperceptible al principio, se fue convirtiendo poco a poco en una enfermedad incómoda. Le parecía que todo el mundo hablaba enredado o en lengua extraña. Un día tuvo un rayo de esperanza. Estaba sentado en el patio, apreciando la tarde, cuando sintió una especie de estallido en la cabeza. La sordera cesó instantáneamente, por milagro. Se quedó con el oído tan agudo como nunca lo había tenido. Oía nítidamente la conversación de dos canoeros a lo lejos, en la curva del río, y el chapoteo acompasado del remo en la corriente. Se levantó exultante, tembloroso, para contarle a la "prima" tal prodigio; en eso, oyó un segundo estallido, formidable como un trueno. Y de ese momento en adelante tuvo oclusión completa de un oído. El otro empeoraba lentamente. —Dicen que los moribundos tienen a veces visitas de salud. Eso fue, seguramente, la despedida del sonido.

Tras estas palabras, el tazón, en reposo por un tiempo, recomenzó sus pausados movimientos. Para espantar la nube melancólica traída por el tema, resolví entretener el alto espíritu de Américo con un poco de física recreativa. Con aire de prestidigitador me arremangué, pedí un vaso de agua y un pedazo de papel, y pregunté: —¿Conoce el experimento del vaso invertido, cuya agua no se derrama? —Solo de lectura. Pero suponía que era algo que solo existía en los libros. —¡Pues atención! Uno, dos, y...

Hice el truco. El asombro de Américo asumió proporciones de éxtasis. —¡Sí señor! ¡Vaya, fíjese! ¡Sí señor! —era lo único que sabía decir, abriendo unos ojos llenos de admiración.

Tales sorpresas, que yo me divertía en provocar en el espíritu simple de Américo, constituían un deleite de mi predilección. Sin embargo, en mi convivencia con estas buenas criaturas, más de una vez un punzante remordimiento hirió mi conciencia. Me parecía que no había honestidad en mi proceder y que, en la corriente de pruebas amistosas que alimentan el verdadero afecto, yo allí daba menos de lo que recibía. Me sentía profundamente amado por mis amigos; era un hijo para los viejos y un hermano para Américo; y, para mí, ellos eran tal vez mero entretenimiento; pues analizando, bien desde la raíz, mi sentimiento por ellos, reconocería que eran los manjares de doña Marciana, las historias de caza del viejo y los asombros virginales de Américo lo que me entretenía y me daba vida. Después de dolerme con estas consideraciones, terminaba diciendo para mis adentros, para aliviar escrúpulos:

"Al final, todo en la vida se corta por el mismo patrón; y es prudente, para no despojarla de sus adornos, que nos contentemos con aspirar la flor de los sentimientos, gozando su amabilidad superficial, sin pensar en las podredumbres de los subsuelos. Si los remordimientos me pican, no es porque peque mucho, sino porque veo claro. No hay nada como flotar en la superficie de los buenos sentimientos, llevados por su onda mansa, sin descomponer su estructura elemental..."

El tazón, una vez más olvidado durante el truco de física, ya había retomado sus movimientos regulares. Entonces Próspero me pidió noticias de la guerra (la Gran Guerra). —La humanidad continúa poseída por su demencia asesina —respondí—. Lejos de calmarse, la lucha se vuelve más cruel. Cada día, en la tierra y en el mar, la vorágine de la muerte traga miles de vidas. —¡Pobrecitos! —murmuró doña Marciana, envolviendo a todas las víctimas en el manto de su piedad.

Jugando distraídamente con el vaso del experimento, en cuya agua un rayo de sol, llegando oblicuamente, encendía reflejos alegres, le dije que desearía estar allá, en lo más fuerte de la refriega, para apreciar la hecatombe. —¡Apreciar! —se extrañó la vieja—. ¡Cómo puede decir eso de algo tan triste!

—Doña Marciana —continué—, el hombre es un animal perverso. Somos parientes de la pantera y del jaguar, y todavía permanecen en rincones misteriosos de nuestra alma, como una camada de víboras en una grieta, viejos instintos vivaces, mal encubiertos por la fragilísima capa civilizada con la que presumimos en la sociedad; es un viejo legado de sangre, atavismo de índole del que no podríamos liberarnos en pocos miles de años —un minuto en la evolución—.

En nosotros hay rugidos dormidos, crispaciones de garras disimuladas en el terciopelo suave de las patas. Amamos la sangre y el espectáculo del sufrimiento, de las agonías horribles...

Los viejos escuchaban sonrientes, como si mi perorata los divirtiera. Lanzado en el tema, y un tanto por la vanidad de exhibir, ante su simpleza rústica, mi naturaleza perversamente refinada de hombre culto, proseguí, balanceando ligeramente el vaso, en cuyo borde una mosca se había posado:

—Aunque lo neguemos, nos causa una voluptuosidad el espectáculo del sufrimiento. El sentimiento de la compasión es un injerto de las morales enfermizas y por eso apenas nos roza la piel. Pues el precepto principal de nuestra moral indestructible y primitiva es que cada uno de nosotros es el eje, el núcleo de la humanidad, su razón de ser. Solo existe nuestro sufrimiento. Cada uno de nosotros tiene todos los derechos imaginables sobre las personas y cosas que nos rodean. Sabemos que la lucha es necesaria —pues de esos fundamentos resulta un permanente y saludable estado de lucha—. Luchamos por la solución del único problema que nos interesa: el de nuestra felicidad personal. Y si todo fue creado para nuestro goce, también lo fue el sufrimiento ajeno, que no es la menor de nuestras delicias. ¡Qué deleite extraño y sobrehumano el sentirnos —tigres disfrazados de hombres— con la presa codiciada impotente entre nuestras garras! Es un ser vivo que piensa que tiene los mismos derechos que nosotros y que, con toda su arrogante presunción, está a nuestra merced. Saboreamos su susto, que se le enciende en la mirada desencajada, vuelta hacia nosotros para suplicar misericordia. —¡No tendrás cuartel! —respondemos, clavándole agudamente la mirada impía, para aumentar el terror. Y, como refinamiento de la voluptuosidad de la matanza, jugamos primero con la presa indefensa, dándole de vez en cuando una falsa esperanza. Simulamos descuido: piensa que puede huir, lo intenta, pero nos reapoderamos de ella. El terror aumenta. Y esto se repite indefinidamente. Siente, al fin, que todo ha acabado; y, agotado por su propio exceso, el terror comienza a apagarse en desánimo, en conformidad... Y en su pasividad desalentada, en ese languidecer, hay como el abandono voluptuoso de una hembra que se entrega...

Los viejos continuaron sonriendo. Al borde del vaso, en cuya agua límpida una flecha de oro se reflejaba, paseaba la mosca confiadamente. Encendiendo un cigarrillo, proseguí:

—Entonces se agotaron los aperitivos preliminares, se acabó la fase preparatoria. Es la gran hora. Acomodamos a la víctima para el sacrificio. Vamos a saborear la agonía física después del sufrimiento moral. Sedientos de sangre, y con el frenesí de un lascivo sediento de amor, le clavamos los dientes agudos en el cuello. Hay un gemido de dolor deliciosamente desgarrador. Nerviosamente apartamos con el hocico el trozo de carne arrancada, y aplicamos la boca hambrienta de sangre bien al fondo de la herida, en el chorro de la arteria rota; empujamos el hocico ansioso hasta que se une a la ruptura de los tejidos, para que nosotros y la víctima formemos un solo todo, un caso delicioso de unión física, de hermafroditismo de nueva especie, en el que en vez de placer se bebe la vida. ¡Está formado el nuevo y extraño ser! ¡Somos uno! Y en nuestros brazos peludos, que arrullan y dominan, sentimos a la víctima forcejear impotente, con excitantes estertores de agonía, toda temblorosa, pataleando, haciendo que con cada sacudida

la sangre brote en chorros más vivos; y cuando el cuerpo aflojado empieza a desfallecer, en un colapso, y la sangre fluye lenta, lo reexcitamos clavando nerviosamente las garras en las partes más sensibles, provocamos un último y poderoso espasmo que nos arroja a la garganta la última bocanada caliente. Y, por fin saciados, la cabeza pesada, los sentidos perezosos, la voluptuosidad extinta, dejamos caer de los brazos, como un bulto inconsistente, el cuerpo de la víctima vacía y, a paso flojo, vamos a enroscarnos soñolientos a la sombra reconfortante de un gran árbol de la espesura...

En un movimiento brusco cayó al agua la pequeña mosca. ¡Cómo se debate afligida! Le acerco una fibra de la paja del cigarrillo, como puente salvador. En todo su desesperación, se sacude y no la ve. ¡Que no se me ahogue la pobrecita!

—Pues somos así. Solo el miedo a las represalias reprime nuestra naturaleza salvaje de bestia. Por eso la guerra es bella y natural. Trae la abolición momentánea de todas las cadenas, de todas las mentiras jurídicas y morales —hipocresías de nuestra falsa civilización—. ¡Podemos ser tigres, ser humanos! Dejados en libertad, como jauría suelta, nuestros instintos reprimidos se ceban en todas las grandes voluptuosidades: los abusos, los saqueos, las carnicerías, las llamas incendiarias... Somos salvajes, somos bárbaros, pero humanos. ¡Es la gran vida natural que resurge, es la naturaleza que reivindica sus derechos imprescriptibles, es lo eterno, lo indestructible, que brilla en la llamarada de los incendios, en el resplandor de una incomparable apoteosis!

Al fin la mosca sintió la fibra. Se aferró a ella y comenzó a subir lentamente. La puse con cautela sobre la mesa. Caminó un poco, arrastrando las alas pesadas. Intentó volar —cayó—. Sacudió las alas, dio un impulso más fuerte y, librándose al fin en el aire, alegremente voló por el rayo de sol, ventana afuera, a secar sus alitas húmedas a la luz gloriosa de la mañana.

Los viejos continuaban sonriendo...

El huésped

Vaciado el tazón, me levanté, lo que significaba una orden para que cada uno se dedicara a sus ocupaciones habituales; era ya un acuerdo nuestro, impuesto por mí, para que no perdieran el día rodeándome, olvidados de todo. Próspero fue a ver si aún salvaba algunos palmos de malla de las redes rotas por los caimanes; doña Marciana se dirigió a la cocina, provocando, en el camino, el parloteo del viejo loro, acabado por la vejez, que pasaba el día cabeceando en su percha de la galería; en cuanto a Américo, se quedó conmigo. Aproveché el momento para pasarle un paquetito de monedas de plata, especie de dádiva para calmar remordimientos, con la que contribuía, sin que los viejos lo supieran, al sostenimiento de la casa, a fin de reparar el hueco que mis visitas hacían en la caja común; este dinero aparecía como ganancia del negocio mal surtido. Américo, medio distraído y lanzando una mirada vaga hacia afuera, se metió el rollo en el bolsillo. Estaba agitado, pensativo; por fin se volvió hacia mí y dijo:

—No sé si José vendrá hoy; si el doctor me lo permite, voy a su casa a saber de él. —¡Cómo no!

Américo se caló hasta las orejas un sombrero de ala ancha, tomó un bastón que representaba una serpiente enroscada en un tronco —obra maestra de su navaja— y se dirigió a la cerca, que cerró tras de sí.

José era un alumno, o mejor dicho, *el* alumno. Porque Américo enseñaba. El qué, no lo sé. Por una especie de pudor, si yo me acercaba cuando estaba dando lección, él se detenía, y por nada del mundo continuaría ante mi vista, como quien se considera muy humilde para tan noble empresa. Lo cierto es que en el cuarto del negocio, lugar de las clases, yo veía a la hora de la lección profusas bolas de arcilla de varios tamaños, que representaban, tal vez, los planetas conocidos —lo que me hacía temer por el seso de su catecúmeno—.

Aunque admitido gratis, José era tratado con todas las consideraciones. Américo lo traía entre algodones, como un bien muy valioso que es necesario conservar. Si caía enfermo, velaba a su cabecera con aflicciones maternales; lo quería con él a las comidas, como pensionista semi-interno; y desde temprano eran inquietudes de cada momento: ¿vendría el negrito?, ¿no vendría? (José era del color de la noche). Yo mismo bauticé al discípulo amado: "el huésped del Gran Hotel". La historia del apodo daba tela para una larga novela cómico-sentimental. En pocas líneas paso a trazarla:

El señor Almeida vegetó treinta años en unos rincones apartados del sur de Minas. Así había vegetado su padre, su abuelo, su bisabuelo, y así vegetarían más tarde los hijos, si los tuviera; pero era apenas padre de nueve hijas casaderas: las más viejas ya bastante pasaditas y las más jóvenes, unas madurando y otras en el vigor y frescor de sus mejores años.

En aquel destierro donde no se paraba ni un alma, ¿qué valía, sin embargo, la gracia, el vigor, el brote de tantas bellezas? ¡Ay de las nueve hijas solteras! ¡Ay de los ricos encantos que se marchitaban en la soledad! Hechiceras sonrisas, caprichos femeninos, adornos llenos de encanto, gestos coquetos, todo lo que hace de la mujer un ser apetecible, estaban allí como ciertas flores silvestres ocultas en el yermo y que estérilmente perfuman el aire con sus delicadas esencias, sin un olfato que las aspire ni ojos extasiados ante los cuales maravillar. Las nueve flores silvestres del señor Almeida solo se tenían las unas a las otras como espectadoras invariables de tanto encanto desperdiciado en la soledad, ¡y sabe Dios si se conformaban con tan poco! La melancolía de aquel destino infecundo les agriaba el genio, al punto de pasarse los días peleándose entre ellas.

Y el señor Almeida, al fin, se rascaba la barba, pensativo. Le gustaba pasar los días fumando su gran cigarro de paja, un cabo manchado que le filtraba una dulce quietud al alma junto con la humareda, acurrucado cerca de un brasero, regañando a los criaditos y gritando a las nueve; comprendía ahora, sin embargo, que su vida no podía limitarse a aquello. Esta idea se le metió con tanto empeño en el cerebro que un día decidió romper las tradiciones de la familia, tomando una gran resolución. El propietario de un gran hotel en una villa de aguas termales deseaba dedicarse a la agricultura; el señor Almeida dio lo que tenía por el hotel y la clientela, y se

despidió definitivamente del campo. No vio solución más acertada para su caso delicado. Pues un hotel en tal punto es frecuentado por la élite de la sociedad de Río y de São Paulo, y allí, poniendo a la vista de los huéspedes las nueve virtudes guerreras fortalecidas en la vida de campo, no le sería difícil hallar buenos partidos matrimoniales.

Y allá se fueron. Desgraciadamente, sin embargo, el Gran Hotel andaba desprestigiado. El dueño lo había vendido para librarse del problema. Tenía el edificio corredores inmensos, cuartos sin número, comedores amplios, era todo holgura y amplitud, pero no aparecían veraneantes que vinieran a despertar el silencio claustral, animando aquellos corredores, largos y vacíos como arterias cortadas, con un poco de sangre corriente de gente viva. Más pensativo que nunca, y rascándose de nuevo la barbilla, el señor Almeida resolvió instalar en un rincón un anafe para sentir el calor de un poco de lumbre en su melancólica desilusión, a cuyo lado pasaba las horas interminables escupiendo la nicotina del cabo de cigarro.

Un día, no se sabe cómo, surgió allí el primer huésped, un hombre de unos cuarenta años. Fue un revuelo en la casa. El señor Almeida tartamudeaba y se atolondraba, y las nueve musas, pasaditas o no, se pusieron en un alboroto de alegría en tarde de verano, cruzándose atolondradamente por la casa con una voluntad de servir y agradar que era para dejar a un hombre rendido. El señor García (este era el nombre del huésped) no podía quejarse de mal trato. Verdad es que preferiría menos revuelo e idas y venidas, pues, muy neurasténico, había elegido aquel hotel poco concurrido precisamente para calmar sus nervios irritables. Solo encontraba un poco de bienestar en el ambiente sedativo de los lugares solitarios, en la convivencia consigo mismo en infinitas meditaciones en las que el ondulante mover del pensamiento parece hacerse fuera del tiempo y del espacio, y el espíritu flota, suavemente, como una penumbra de crepúsculo en una nave abandonada. Con su llegada al Gran Hotel, se hizo allí, en su paz muerta y atmósfera de estupor, la vida que él evitaba. El cabo de cigarro del señor Almeida se quedó allí tostándose en las brasas olvidadas; con la obligación de darle charla, no se despegaba del hombre, interesándose por su salud y familia y contándole reminiscencias del campo. El señor García era delicado y conversaba. Si el huésped quería agua, el señor Almeida gritaba hacia los fondos: "¡Agua para el señor García!". Toda la casa se agitaba, había corridas, alboroto, rumor de luchas, tintineo de vasos, gritos como eco: "¡Agua para el señor García!". Y era un golpear de puertas, un abrir de grifos, hasta que al fin, cuando el señor Almeida gritaba por décima vez reclamando el agua, aparecía una de las nueve musas con un vaso empañado sobre una bandeja, sonrojada y púdica, haciendo con los labios unos gestos graciosos que eran para tentar a un corazón menos amante de la soledad que el del neurópata pensionista.

El señor García vivió allí, adorado, querido, adivinado, mimado, por espacio de algunas semanas; pero la situación se volvía insostenible; por temor a levantar un escándalo, procuraba contener hasta las más urgentes necesidades corporales. Llegaba a pasar hambre y sed. Un día, por fin, con su mal agravado incurablemente y con la obsesión de las más tétricas ideas, salió del hotel subrepticiamente, dejando la cuenta pagada, y desapareció para siempre.

Manequinho

Del fondo de la casa me llegaba, sin interrupción, el incansable arrastrar de sandalias de doña Marciana. El crujido de la puerta de un viejo armario y un ruido seco de maíz removido me indicaron que iba a ocuparse de las aves de corral. Aquel crujido conocido alborotó el patio: se oyó un rumoroso aleteo y una orquesta de píos y graznidos. Cacareando y con andar cauteloso, atravesó la casa, de frente hacia el fondo, una gallina rodeada de pollitos; al cruzarse conmigo, la matrona me lanzó con desconfianza su mirada escrutadora, esa mirada lateral de las aves que parece expresar fingimiento. Con su monótono *cro-cro*, salió al patio.

Fui a ver la comida de las aves. Al atravesar la galería, el viejo loro que seguía cabeceando en su percha, despertando sobresaltado por el ruido de mis pasos, se cayó del palo; enseguida, con mucho esfuerzo, a fuerza de pico y uñas, logró trepar por la cadenita y alcanzar su sitio, donde continuó su interrumpida modorra de viejo.

—¡Quiti, quiti, quiti! —gritaba doña Marciana desde la puerta del patio, dando tiempo a que llegaran los últimos rezagados.

Me asomé a la ventana, a cuyo poyo se arrimaba un largo cajón donde crecían albahacas y fucsias trepadoras. Desde allí veía el suelo de tierra batida del patio, donde apenas prosperaban algunos carruzos y abrojos; y, más allá, el maizal ya seco, listo para la cosecha; ahogaba sus altos tallos, vestidos de viejas hojas susurrantes, el frijol de vara que subía triunfante hasta las puntas, enroscando sus espirales de hojas verdes y cargadas de largos y oscilantes racimos de vainas. Entrelazando su tallo voluble con el del frijolar, y mezclando con las de este sus hojas verdes, se extendían enredaderas florecidas, sofocando aún más los tallos resecos que asomaban aquí y allá, aturdidos y como faltos de aire, emergiendo de bajo aquella alfombra verdeante, profusamente estrellada de alegres campanillas rosadas y azules. Cubriendo totalmente los maderos de la cerca que daba a la calle, con su follaje exuberante, una planta de chayote proliferaba en colgantes frutos blancos de áspera cáscara.

Para verse libre de la gallinada, que se había amontonado al borde de su falda, doña Marciana tiró el primer puñado de maíz bien lejos, en el patio. Las aves, en confusión, se lanzaron hacia el cebo, y en un momento cesó todo el rumor de alas, oyéndose solo los golpecitos secos de los picos en el suelo pisoteado.

Tuc, tuc, tuc —y un nuevo puñado lanzado al medio del bando, en un rumor esparcido de granos caídos.

—¡Shit! —hizo la vieja, espantando del hombro a una polla imprudente que le había asaltado el cuello—. Esta Quita es tan confianzuda que es un peligro. Bien sabe ella que es mi predilecta. La culpa fue de la crianza.

Y, continuando con el lanzamiento del maíz, doña Marciana me contó su historia:

—Era un pollito enfermo, que se moría o no se moría, que un día de lluvia encontré entumecido y pelado, abandonado por la madre debajo del piso. Se crió al lado del fuego, muy abrigadita y, a costa de mil cuidados, sobrevivió. Con eso quedó mal acostumbrada. Creció mansita y hoy es ese encimo que usted ve. No sale de la cocina y duerme en el muro del fogón. Me sigue a todas partes como si fuera un perrito; a cada momento tengo que espantarla.

La lata sonó al salir el resto del grano tirado al azar. —¿Así que se llama Quita?

—¿Le extraña? —sonrió la vieja—. Mis gallinas tienen todas nombres de gente. Quien me dio a la madre de esta, con la nidada de pollitos, fue la Quita del compadre Elías. Aquel gallo se llama Juan de Mello, solo porque él pasó por aquí y lo encontró bonito. Allí está María Justina, Pinduca, Amelia... Mire aquella de plumas erizadas: tiene nombre de hombre... Es la "Doctor Félix"...

Y doña Marciana soltó una carcajada. —¿Mi nombre? —pregunté.

—Sí, porque la estoy reservando para usted. Quiero que también comience una cría en su casa, y ya sabe que para que una gallina prospere, es necesario que la primera sea regalada.

Me dio además otras instrucciones: que nunca pusiera a empollar un número par de huevos, si no, se echarían a perder. El número impar tenía virtudes, hasta en los niños; nunca se había visto nacer a uno de 6 u 8 meses.

En un vuelo pesado, tras elegir posición, Quita alcanzó el brazo de doña Marciana, donde se quedó batiendo las alas buscando el equilibrio. —¡Ven, tentación! —dijo la vieja, ayudándola a llegar al hombro.

En ese momento, doña Marciana se acordó de una operación que tenía que hacer. Acomodó a Quita en la cocina y sacó de debajo de una canasta a un polluelo asustadizo. Provista de tijeras y aguja, fue a sentarse a la puerta del patio. El pollo parecía enfermo y hacía con el cuello movimientos bruscos, como para toser, quedándose después inmóvil con el pico abierto, anhelante.

—Todavía tiene el palito atravesado en el buche, pobrecito —dijo ella acariciándole la cabeza.

Me contó que se llamaba Manequinho y que era, desde hacía cinco días, el mártir del gallinero, desde que en un acceso inconsciente de gula se había tragado aquel palito. Nada de lo que comía se le quedaba en el buche: le daban náuseas y vomitaba. ¡Y el pobrecito, que era un hambriento, debía de sentir tanta hambre! El resto de la gallinada ya lo sabía y, justo después de la ración de la mañana y de la tarde, le hacían un numeroso acompañamiento, a la espera del vómito suculento. Y el cortejo se ponía en evoluciones por el patio, lento y expectante; el pollo melancólico abría la marcha con las náuseas, y las cabezas ávidas acechaban el momento, listas para el asalto. Cuando el vómito tardaba, el augusto patriarca del patio, el gallo Juan de Mello, le picaba la cabeza afligida, como diciéndole que se apresurara, por favor, que aquello de caminar tanto era, al final, cansador y aburrido. De repente, en un atragantamiento más fuerte, Manequinho se detenía: era el momento. Había entonces un precipitarse general y desordenado;

las aves lo apretaban en un asalto terrible, le saltaban a la espalda; otras, más ansiosas, le picaban la lengua y le metían el pico garganta abajo de pura gula. Manequinho se consumía. ¡Aquello no era vida!

Ese día doña Marciana decidió librarlo del suplicio o matarlo. Fue breve la operación: un tijeretazo en el buche, sacar el palo, unos puntos, todo en medio de un exagerado aleteo. Mientras tanto, ella lo animaba. ¡Iba a ver cómo le cambiaba la vida! Todo el día, cuando llamara para el maíz, no vendría él desconsolado, sin entusiasmo, cerrando la comitiva como si fuera a un entierro; ahora podía comer mucho, todo lo que se le antojara, hasta quedar con el buche hinchado. Que tuviera paciencia...

Un nudo ciego para rematar la costura y listo. Se acabó el escándalo de alas. Y, como para demostrar que la cirugía no le disminuiría la voracidad de siempre, Manequinho se atiborró del maíz que la vieja le sirvió en el hueco de la mano. Enseguida lo soltó. Donde cayó, se encogió temeroso. Pero las gallinas empezaron a acercarse. Lo rodearon. Lo apretaron. Entonces, Manequinho se puso a caminar, recomenzando su Vía Crucis. Y allá iba el acompañamiento. Por el patio hicieron las maniobras de costumbre. Manequinho al frente, desconsolado e inquieto, y todo el gallinero detrás, con pausa y pertinacia. A veces, sin embargo, se notaba en la mirada de aquel una fugaz expresión maliciosa que parecía decir: "¡Pueden venir! ¡Pero les advierto que pierden el tiempo! Muchos días les regalé banquetes a todos ustedes con el máximo desinterés; en vez de agradecerme la generosidad, me pagaban con malos tratos. Pues bien, ya que fueron tan ingratos, hoy se acabó. ¡Pueden acompañarme cuanto quieran! Esto hasta me distrae... y favorece la digestión. Hagamos de cuenta que estamos paseando por la Avenida".

Y, moviendo con pachorra las largas patas, guiaba al pueblito de plumas por todos los rincones del patio. En cierto momento, el gallo Juan de Mello se le puso al lado, como para ofrecerle el brazo. Pero no. Intérprete del descontento general de las masas, le dio un picotazo de incitación. Manequinho pió y puso pies en polvorosa, corriendo... La gallinada se lanzó furiosamente en su búsqueda... No vi el desenlace, porque el bando se alejó, perdiéndose en la huerta.

El doctor Hormiguita

El golpe seco de la vara de peroba de Américo contra el suelo anunció su llegada. Sus primeras palabras nos dieron la grata seguridad de que José vendría. Al dejar el sombrero y el garrote, hizo ademán de sentarse para debatir conmigo uno de sus temas favoritos; pero un tintineo de monedas en el mostrador de la tienda llamó su atención.

Era la clientela de los centavos de aguardiente, que reclamaba a Américo. Nada lo molestaba tanto como esas caídas a la realidad, que entrecortaban sus altas lucubraciones científicas. —Si supiera cómo me aburre esta vida, doctor Félix... Y allá se fue, displicente.

Doña Marciana, por su parte, bajó a la huerta a preparar el almuerzo, que solía ser a una hora bastante temprana. En el camino se cruzó con Próspero, que ya volvía de la laguna con un bulto de redes bajo el brazo. Al entrar en la sala, el viejo las acomodó en un rincón. —Pocas se pueden aprovechar —dijo—; pero después del almuerzo voy a ver si restauro algunas. Y, todavía jadeante por la empinada cuesta de la huerta, se sentó en la tarima, donde se puso a arrancar los abrojos y malezas adheridos a su pantalón empapado de rocío.

Mientras tanto, yo revisaba, medio distraído, las figuras de peces dibujadas en la pared. Conocía su historia: cómo fueron pescados, a quién se los enviaron, pues lo mejor de la pesca siempre se destinaba a regalar a los amigos. Me deleitaba oír a Próspero contar de nuevo sus historias; el viejo se ponía de pie, señalaba con el dedo una de las imágenes y empezaba a narrar; y de una pasaba a otra, hasta recorrerlas todas, recordando incidentes antiguos, sorpresas gratas de pescador: una línea que sacude violentamente las ramas en un fragor tempestuoso que indica una gran presa debatiéndose en el agua; un formidable bagre amarillo pescado "a la deriva", cierta vez que llevó la canoa río arriba, muy lejos, y bajó después suavemente, traído por la corriente lenta, con una mano gobernando la canoa y la otra empuñando la larga vara de veinticinco palmos, graduando la altura para traer el anzuelo arrastrando por el fondo, donde se esconden los grandes bagres triangulares, de piel dorada manchada de negro.

Con el dedo en alto y recorriendo la pared, figura por figura, con su aire ancestral y barba larga, el señor Próspero me sugería a un cronista antiguo explicando hazañas pasadas. La más reciente representaba un dorado de tres palmos que le habían regalado al médico que trató la última enfermedad de la vieja. Y Próspero contaba el prodigio: lo había pescado con un anzuelo pequeño, destinado a peces menores. Al revisar, de madrugada, las cañas de espera repartidas por las dos márgenes, vio en el agua un gran remolino y una forma resplandeciente que por momentos se ladeaba... Se acercó con la canoa, febril, con riesgo de caerse; y, sin más ni más, se lanzó a abrazar al bicho cuando lo tuvo a mano. Hubo una tronada en el fondo de la canoa donde lo tiró; el dorado, dando saltos con valentía, quería saltar por la borda; fue necesario, para contener sus bríos, que el viejo se sentara sobre su gran masa viscosa y lo sacrificara en el acto con el cuchillo.

Doña Marciana subió la escalerita del patio con el hueco de su falda repleto de vainas y chayotes. —¿No se cambia el pantalón, primo? ¡Está tan mojado! —exclamó al entrar en la galería. El señor Próspero sacudió la cabeza con un gesto de indiferencia: "¿Para qué? Estaba acostumbrado al agua. La humedad nunca le había hecho daño". Doña Marciana me habló entonces de las imprudencias del viejo. Se creía joven, no tomaba precauciones. Breteando en el agua, tenía descuidos peligrosos: el año pasado se había caído dos veces al río, y cada día era una serie de "por poco" que inspiraban temores... —Un día se nos cae la casa —sentenció. Y añadió con presteza, como quien vuelve en sí: —¡Y yo aquí charlando, olvidando el almuerzo! Cuando usted viene a vernos, doctor Félix, a todos se nos va la cabeza. ¡No se imagina la falta que nos hace cuando tarda en aparecer! Es nuestro único tema de conversación... ¡Que lo diga Américo! Se trepa a un nido de termitas y ahí se queda horas, espiando el camino...

Américo, que venía de atender a la inculta clientela, confirmó que sí, pero con una cierta circunspección que denotaba su condena a las flaquezas sentimentales y expansiones excesivas. Añadió que la amistad que sentía por mí era un sentimiento noble y elevado, como el afecto que profesaba a los libros.

A mí me hacían gracia esas declaraciones amistosas y me sentía bien, así festejado y adorado por aquellas criaturas simples. Pero, para escandalizarlos, me puse a narrar: —Creo que sientan esa falta... Nuestra capacidad afectiva es tan grande, que a veces se extiende a cosas mínimas. Recuerdo el caso de una hormiga azucarera, cuya desaparición me dolió mucho. Aparecía a cierta hora de la noche, a la hora en que habitualmente escribo. Surgía de un ángulo de la mesa, la atravesaba en diagonal, pasando sobre el papel, y desaparecía por el otro borde hasta el día siguiente. Fue así muchas noches. Me acostumbré a la hormiguita y, al acercarse la hora de su aparición, me ponía inquieto, expectante, se me escapaban las ideas y nada más podía hacer hasta que surgiera, ágil, ligera, alegrando el papel con su pasito menudo, mi querida amiguita. A su paso, yo movía la pluma en señal de saludo, apartando la punta de su trayectoria conocida. ¡Era tan frágil mi amiga! El más leve de mis movimientos podía causarle la muerte. En esos instantes yo la interrogaba: "¿A dónde vas tan de prisa, mi diligente hormiga? Parece que tienes la cabecita llena de preocupaciones. ¡Detente un poco, hablemos! ¿Quieres azúcar? Te reservaré toda la noche una buena porción. ¡Anda al menos más despacio! Mira que hace veinticuatro horas que no te veo, y sin verte tengo que pasar otras tantas. ¡Fíjate bien: un oasis de medio minuto entre dos desiertos inmensos! Voy a interceptarte el paso con la mano; para seguir, tendrás que trasponer el obstáculo o esperar a que te deje continuar tu ajetreado destino. ¡Es muy temprano! No temas que extrañen tu falta en el hormiguero donde vives; ¡son tantas las hormiguitas trabajadoras, y tan parecidas! Haz de cuenta que hoy fue tu excursión más larga... ¿No me haces caso, hormiguita ingrata? Entonces... ¡hasta mañana!". No me hacía caso. Era una prisa, un frenesí por seguir... No veía el rastro de azúcar con que yo le espolvoreaba el camino; si mi mano se le cruzaba como una barrera, no dudaba: subía por ella y bajaba del otro lado, dejándome en la piel un tenue picor, que era como una caricia afectuosa. Y no se detenía. Toda ella era una prisa nerviosa, un andar aflictivo, una celeridad de pequeños movimientos que parecían decirme: "¡Es imposible! No puedo, mi tiempo está contado, solo tengo plazo para venir a verte de pasada y muy de prisa. Puedo apenas concederte una visitita de instantes para matar tu nostalgia y la mía. ¡No me detengas! Tengo mucho que hacer...". Y, terminando de atravesar oblicuamente la mesa, doblaba la esquina y desaparecía. Un día... no vino más. Quedé inutilizado, tuve que dejar la pluma. Me llenaban tristes temores. ¿Qué habría sido de mi hormiga azucarera? ¿Se aburrió de mí? ¿Me olvidó? ¿Se ahogó en una gota de rocío? ¿Un paso brutal la aplastó inconscientemente? Sentía infinitos recelos. La esperé una noche, muchas noches. ¡Nada! Nunca más volvió...

Todos escucharon sonriendo mi historia. Cuando terminé, doña Marciana exclamó: —¡Qué gracia la de la comparación! Ahora le voy a cambiar el nombre: de hoy en adelante es el "doctor Hormiguita".

Se rió fuerte y se fue a la cocina con su carga de vainas y chayotes.

Bostezos y golosinas

Nuevamente esta vez el día se arrastra en una lentitud deliciosamente aburrida. Se vive más en la hacienda de Córrego Fundo que en el resto del orbe. Invento mil modos de llenar el tiempo y aún sobra para una semana de *farniente*. ¡Maravillas de la vida rural! Por eso es que el hacendado que pasó años tostándose al calor de un rescoldo tiene la voz indolente, floja y de un gangueo monótono con sabor a confidencias, que arrulla y entorpece. Por esa causa es que ahorra los movimientos; para levantarse no lo pone alerta, de pie, el resorte de una energía que actúa de pronto; ese movimiento es un capítulo de su día: primero vacila, pesa y resuelve, después comienza —estira los brazos en un bostezo amplio y sin fin, decae sin fuerzas, encorvado sobre sus propias caderas, retoma el bostezo y el desperezo, con la mano tantea un apoyo, mueve el pie y con un "¡ah!" interminable se va levantando, flojo, descoyuntado—. Ganó con eso algunos minutos.

Doña Marciana tiene un buen sistema para llenarme el día: vive inventando comiditas. De repente surge de la cocina con un plato de piñones. Tengo qué pelar y roer hasta el almuerzo. Mientras lo hago, Próspero encuerda anzuelos, dándome consejos: deben montarse con crines de caballo marino, cuya transparencia los vuelve invisibles en el agua; si en vez de hilo se usa alambre, ¡cuidado con los dobleces!, que al doblarse, la menor mojarra lo revienta; el hilo debe ser del largo de la vara, enrollándose otro tanto vara abajo...

De vez en cuando, una discusión religiosa. Próspero disfruta la lectura de la Historia Bíblica, a la que da interpretaciones pintorescas. Le propongo una cuestión difícil: si los pecados son sugestión del Demonio, ¿no sería mejor que Dios no lo hubiera creado? Él me refuta calmadamente: —Si usted montara una empresa, ¿no necesitaría de un administrador? Así, creado el infierno para castigo de los malos, hacía falta un encargado, y ese es el Diablo.

Me doy por convencido; él prosigue encordando los anzuelos y yo royendo los piñones.

Entre esta charla suelta y masticación interminable, llegó la hora del almuerzo. El alumno fue puntual. A la mesa estaba allí, al lado de Américo, quien se deshacía en atenciones. Era un negrito de quince años, muy derechito, con medias y sandalias, pues en cuestiones de decencia el profesor se mostraba inflexible. Usaba el cabello motoso levantado en un copete, y a todo solo respondía "sí" o "no". Tenía aire serio de negro educado, que sabe ser negro solo "en el color". Aquello era obra de Américo.

Doña Marciana me sirvió un plato alto como una pirámide que lenta, pero seguramente, yo iba excavando y trasladando a los misterios del tubo digestivo. A cada momento eran instigaciones: —¡Pobrecito el doctor Félix, está sin hambre! Usted necesita alimentarse mejor...

Al final de la comida me quedé en la silla, harto, con los botones abdominales sueltos, sin valor para moverme. Me sentía tieso, empachado, como hecho de una sola pieza indoblable. La barriga hinchada me daba sensaciones de embarazo. —¡Pobrecito el doctor Félix! Anda tan sin apetito... coma al menos una pamonha (tamal de elote) con el café... Ahora es una rareza el maíz tierno, pero todavía aparece. —¿Pamonhas? —Vacilé, me palpé—. ¡Vengan! —resolví, intrépidamente.

¡Qué bien sabían! Lástima fue no poder pasar de dos, que aun así se pusieron a pelear con el almuerzo y los piñones para hacerse lugar. Me convencí en esa hora de que la impenetrabilidad es la más fastidiosa de las propiedades generales de los cuerpos. Concilié la disputa y me arreglé con la física cediendo un botón más de la cintura.

Doña Marciana preparó con las sobras el plato de la gata favorita, que le tiraba significativamente del borde de la falda. Sopesándola por el vientre elástico, la puso sobre el mantel, junto al bocado. —¡Es un animalito tan manso y aseado! —dijo ella, dándole miradas maternas.

Siempre tuve reparos con los gatos. Detesto su música gangosa en el pecho y la costumbre de rascarse las pulgas en la botamanga de uno, principalmente si son nuevas. Observé: —¡Fíese de esa mansedumbre hipócrita! ¿No conoce el dicho: "el gato mató al cura"?

La vieja se rio. Era una antiquísima historia y probablemente legendaria. Ya sus bisabuelos le contaban de niña el caso del cura que, armado con un látigo, se encerró en una sala para castigar a un gato. El animal se enfurece, le clava los colmillos curvos en la garganta y... era un cura que moría y un ejemplo que quedaba para todos los siglos venideros. Que la historia era muy conocida. Se la había oído al Dr. De-a-pé, un gallego, y también un francés se la había confirmado, por lo que uno y otro oyeron en su tierra, la de ellos. —Las calumnian, mi gatita... —Y doña Marciana le acariciaba el lomo ondulante, esperando la terminación del almuerzo para terminar de levantar la mesa.

Fuera el mantel, se dispersa el personal. La vieja se mete en la cocina. Próspero va a buscar las redes que necesitan remiendo, y Américo, junto con el negrito estirado, se pierden en el cuarto del negocio. En la sala solo quedo yo, empachado, con el coxis en el borde de la silla y la nuca apoyada en el respaldo. Al poco rato me hace compañía el viejo, arreglando una primera red que extiende sobre la larga mesa de hule.

Próspero se absorbió en el trabajo, por el cual, medio distraído, yo me interesaba. El ovillo de bramante no tenía descanso. Durante media hora seguí sus movimientos, calculando para mis adentros: "Ahora un remiendo aquí, un nudo allá...". A veces fallaba en mis conjeturas, lo que me causaba una leve contrariedad. Incansablemente mi espíritu formulaba previsiones: "Para arreglar aquella punta, el viejo tendrá fatalmente que pasar al otro lado de la mesa...". Fatalmente me equivocaba: o giraba él el tejido, o se inclinaba más.

Eso me fatigaba extraordinariamente.

En intervalos más o menos largos, Próspero iba hilando pedazos de frases, narrándome episodios de pesca con redes. Nunca comprendí bien cómo se arma una red: sobre eso mis ideas eran absolutamente falsas, lo que me disgustaba. Al mismo tiempo temía que el viejo me lo explicara. Aprender es tedioso. La maquinaria, entonces, me causa particular horror. En una descascaradora, al ver caer el café, me deleito con eso; pero si quieren contarme el proceso del descascarado, me martirizan inútilmente. El caso de las redes me llenaba de temores, porque una idea falsa también causa tedio y yo tenía en la boca una preguntita reprimida: "¿Cómo se arma esto?". Preveía ya la intuitiva exposición: el viejo interrumpiendo el trabajo y haciendo gestos de clavar estacas, y otros gestos figurando la red estirada... Probablemente yo haría un esfuerzo de abstracción, pero seguiría en las mismas, sin comprender.

Mientras tanto iba siguiendo el arreglo, buscando, a ratos, desviar la atención hacia el exterior, donde divisaba un trozo de cielo. Era caer de Scylla en Charybdis. Veía cuervos minúsculos en lo alto, describiendo serenamente grandes órbitas vagas. Los extremos de sus parábolas casi los cubrían los marcos de la ventana. Era siempre "casi". Por ese lado también me venían temores: "Esta vez lo cubre, porque la parábola es más larga...". Me preparaba para cambiar de posición a fin de no perder los extremos de la curva. Pero era innecesario, porque apenas rozaba el marco, el vuelo tomaba dirección regresiva... Era intolerable. ¡Mejor las redes! Tras un tiempo infinito finalizó la primera. Suspiré de alivio. —¿Cuántas faltan ahora, don Próspero? —Nueve.

Horripilado, me levanté y huí. No fue propiamente huir; la expresión es muy ágil para quien tenía media arroba de comida en el buche; me fui tambaleando hacia el interior de la casa con la torpeza de un cerdo listo para el cuchillo. Al llegar a la galería, nuevo susto del loro y la inevitable caída de la percha.

—Por eso es que mi "Louro" anda encadenado ahora que es viejo —dijo doña Marciana, que venía a traerle la ración—. ¡Se cae por nada! La vejez es cosa triste, ¿no, mi negro?

Me contó que no había loro tan parlanchín como aquel en su tiempo. Sabía el nombre de todos, azuzaba a los perros, llamaba a los esclavos. Todas las mañanas bajaba de su sitio e iba a pararse en la cerca que da a la carretera, desde donde saludaba a los transeúntes conocidos con un "buenas tardes" nasal. Para él siempre era tarde, a cualquier hora... De joven, muy sociable, pero la edad lo había vuelto cascarrabias. Solo toleraba al viejo; los cariños de los demás los recibía con el pico en alto. ¡Y qué manía le había tomado a Leonardo, el huésped carcomido por la sífilis que había ido allí a curarse de la sarna que lo embrutecía! Si cuando lo veía estaba suelto, allá iba, con pasos silenciosos, a encaramarse en sitio propicio y, ¡zas!, al lóbulo de la oreja. Todavía ahora, al oír su voz en la carretera, se agitaba, caía, batía las alas, febril, buscando liberarse de la cadena.

—¿No es así, mi Louro? —le preguntó ella. No obtuvo respuesta porque, tras un picotazo sin ganas a la comida, el ave, sin esperar la conclusión de la biografía, había recaído en su modorra habitual.

Tedio

Vagué sin rumbo por la casa, buscando algo que me interesara. Pesado y balanceándome, fui hacia la tienda. Afuera, el sol reverberaba, dando deslumbrantes fulgores de oro a la carretera polvorienta, donde rechinaba el intolerable chirrido del eje de un carro de bueyes. Plenamente asoleados por el chispeante manto de luz, los campos también cabeceaban somnolientos.

No hay nada tan vulgar como las horas de un día de sol. El venerable astro rey, con perdón, bien podría variar sus procesos de iluminación. Son bastante estúpidas esas reincidentes oleadas de oro y bochorno, cegadoras para la vista y embotadoras para el organismo. No pensaban así los cuervos de alto vuelo, cuyas alas serenas se bañaban voluptuosamente en el aire de las alturas, trazando, incansables, curvas enormes. Divisados de lejos eran pequeños trazos horizontales, rudimentos de monoplanos, con las alas ligeramente respingadas en la punta. Me aparté de esa vista obsesiva y eché un vistazo al cuarto. En los estantes, media docena de atados de rapadura, muchos manojos de plumas invendibles, un litro de aceite de carpincho, media docena de pescados fritos en un plato desportillado y el garrafón de aguardiente. Un enjambre de abejas zumbaba y rezumbaba en torno a las rapaduras, cuyo olor empalagoso impregnaba el aire. En actitud correcta, José copiaba, en bella letra vertical, una historieta del libro de lectura. Cerca, Américo sonreía cohibido, creyéndose sin perdón a mis ojos por su gran osadía de querer enseñar.

—¿También enseña estas cosas? —le pregunté, señalando el cuaderno—. Supuse que apenas transmitía ciencia pura. —Usted sabe —se disculpó él—, es preciso comenzar por esas nimiedades. No hace dos meses que salió del abecedario... —¿Aprendió con usted? —le pregunté, admirado.

Hice que el negrito leyera, le dicté algunas palabras, le puse una cuenta; era sorprendente cómo acertaba. Maravillado, miré a Américo. Había allí madera de un buen profesor primario. Revolví en mi mente cierta resolución secreta. —¿Y le gusta la enseñanza? —inquirí. —¡Oh, señor doctor! Si no fuera mucha presunción, yo armaría una escuela para enseñar gratis a los muchachos de estos rumbos; pero, al final, como dice el campesino, cada uno debe colgar el sombrero donde alcanza la mano —o— quien tiene pierna corta no da paso largo. Eso es solo para hombres como Su Excelencia.

Sonreí ante lo de "Su Excelencia", y me interné de nuevo hacia la galería. Sentía la urgente necesidad de estirarme en mi lugar de reposo preferido. En medio de aquella modorra náufraga, el arcón se me antojaba como el lugar ideal. Me extendí con goce en la ancha tapa y, doblando el codo, hice del puño almohada.

—¿Ya le dio el ataque de pereza, doctor Félix? —rio desde la antesala doña Marciana, que ayudaba al viejo. —Ya... ¿Cuántas redes están listas? —Una sola, por ahora...

¡Dios mío, qué demora! Aquella paciente tarea me ponía nervioso, como si estuviera yo mismo trabajando. ¡Qué pesada carga es la ociosidad, a veces!

En mi puesto no pude aún caer en la beatitud. El tedio es un estado fecundo para las malas sugerencias. En mi cerebro, el señor Próspero trenzaba cordeles sin cesar y giraban perezosas rondas de cuervos. Cerrando los ojos veía estrías y manchas verdes y escarlatas, doloroso rastro impreso en la retina por la deslumbrante visión de las carreteras y los campos soleados. Quería distraerme, soñar despierto; recordé fragmentos de novelas heroicas cuyo personaje principal era yo; pero la trama se borraba como un río sin desembocadura que se evapora en el desierto, y la distracción se concentraba en el inoportuno relieve de aquellas impresiones visuales.

Algo saltó sobre el arca. Era la gata predilecta de doña Marciana, muy sociable, frotadora, ronroneante. Se rascó las pulgas en mi pie, continuó la fricción pierna arriba, dejando en el pantalón de casimira un rastro de pelos sueltos. Me pareció adorable aquella falta de ceremonia y, armándome de paciencia, decidí para mis adentros: —"Vamos a ver hasta dónde llega el atrevimiento".

Me hizo un masaje abdominal, se rascó en mi codo, acercó sus bigotes punzantes a mi rostro, roncando sordos catarros; hizo ademán de besarme, me hurgó en la oreja... —"¡Vamos a ver hasta dónde va!", jugué con las palabras, furioso de rabia.

Fue a parar a diez pasos de distancia, pues sin invocar más paciencia, le apliqué un bofetón centrífugo. Doña Marciana no estaba allí... Cerca de ella es donde yo tenía hipocresías. Mimaba al felino, lo tomaba en mis manos, decía que era bonito y todo lo demás que agradara a la dueña.

Se largó la gata a saltos y bufidos por la ventana del patio. Me hizo falta, porque entonces me sentí vacío. El vacío me pesaba como plomo. —¿Cuántas redes? —pregunté. —Casi dos.

¡Y eran diez en total! Busqué distraer la atención pensando en cosas de la ciudad. Evoqué mi vida de hombre civilizado...

El diablillo burlón del tedio me hizo recordar una audiencia programada para aquel día. Testigos de lejos, crimen sensacional, con abogados, acusador particular... Salté del arcón. ¡Y yo que lo había olvidado! ¡Maldita suerte!

Días y días que paso mano sobre mano en mi despacho, sin una petición, un expediente que despachar, sin una declaración, apenas con la molestia de la visita del alguacil picado de viruelas, reverente y correcto, preguntándome inútilmente: "¿Señor doctor, tiene algo para los juzgados?" —tan correcto que, al llegar las once, ya empiezo a irritarme: "Faltan cinco minutos... cuatro, tres, dos..."— y me exaspero, aprensivo, seguro de que de ahí a un minuto llamará delicadamente a la puerta y, en la curva respetuosa de costumbre, me soltará su cantaleta cotidiana: "Señor doctor, tiene algo..." —y espero que falte aquel día al menos, que rompa aquel hábito de puntualidad exasperante, nuevo suplicio de Damocles— y pasa el minuto, y ahí vienen los golpes y la pregunta y mi respuesta impaciente: "¡Nada, nada, hombre de Dios!". Tantos días así vacíos y, justo en aquel, destinado a una excursión de visita a los viejos, ¡ese enredo del sumario gritándome de lejos la sugerencia de un intolerable remordimiento!

En una crispación rabiosa busqué cerca a la gata, para un segundo desahogo. ¡Nada! Seguramente se había eclipsado al fondo de la huerta, se había suicidado en el río o había huido al fin del mundo para evitar una segunda aventura. Sentí su falta. ¡Serecito inestimable, un minino! —¡Bah!, ¡que se arreglen! Ya me darían por presente en la audiencia, o la dejarían para el día siguiente.

Me estiré de nuevo en el arcón. Pero ya no tenía sosiego. El aburrimiento moral se había comunicado al físico: me revolvía, me movía, me daba vueltas "como la puerta en su quicio".

Solo veía expedientes, en un montón de papelería con estampillas y un desfile interminable de figuras de las partes: este, un rábula terrible que hallaba en artículos todo lo que yo hacía "radicalmente nulo", por esto o por aquello; una rúbrica mal garabateada, unos minutos de retraso en la audiencia, el portero que pregonó solo una vez lo solicitado, y ya se enlistaban los: "Probará...". Y era todo rebuscado, depurado, en un escudriñamiento implacable; otro, figura mañosa e insinuante, queriendo en charlas obtener consejos o previsiones sobre el éxito de tal pleito; un tercero, gritón e impulsivo, poseído por una negativa, clamando que el juez es prevaricador y está comprado —una procesión irritante de figuras hermanamente hostiles, de la sorda hostilidad instintiva de clase que separa a los postulantes de los juzgadores, y los pone, a unos y otros, en una eterna e irritante defensiva—. Los veía a todos codiciosos y rapaces, con las uñas que desuellan al cliente listas para arañar al juez. Los echaba de la mente y ellos volvían en procesión, con sus astucias y exigencias, protestando y apelando...

Por fin se fue esfumando la turba vociferante, dejando apenas enfocados unos gordos expedientes de embargos por juzgar, que estaban desde hacía sesenta días sobre mi mesa de trabajo. Incoercibles, los remordimientos continuaban punzándome con puntas afiladas.

¡Oh, esos malditos expedientes! ¡Tener que meditar doscientas hojas grasientas y consultar la biblioteca, buscar el caso en los tratadistas, cuando los tratadistas prevén todos los casos, excepto el que nos interesa! Ante la enormidad de la tarea, los embargos allí se quedaban durmiendo sobre la mesa el sueño de los plazos interminables...

Ahogado bajo tanta culpa, tuve una reacción de desesperación. ¡No! Yo no era un mal juez. En mí sentía la madera de los juicios imparciales. Pero, ¡diablos!, la justicia, tal como la comprendemos, ese tonto buscar de artículos y retazos de sentencias, era excesivamente compleja. En mí no faltaba buena voluntad para el trabajo ni amor encendido por el monumento de las leyes; las respetaba, admirando su alto espíritu filantrópico. Respetaba a los buenos jueces y las sabias sentencias. El diario oficial, por ejemplo, transcribía siempre los fallos de uno de nuestros más sabios juristas, donde cada párrafo tenía una larga cola de citas ponderosas. Eran sentencias de peso y sustancia, se veía bien. Y con respeto inmenso yo las recortaba y coleccionaba. ¿Se puede ser más respetuoso? No las leía, es verdad, ¡pero mil rayos!, si no me faltaba buena voluntad para el trabajo, me sobraba poca para comenzarlo, y así quedaban en perpetua esterilidad mis buenas intenciones. ¡Qué pena no estar en la tierra de los visires

autónomos y Salomones sumarísimos, que en una frase deslindan una disputa, sin inútil derroche de tinta y de abogados!

La culpa no era mía, por lo tanto. Y con esta convicción creciente, los gordos expedientes de embargos se fueron también reduciendo y esfumando a la distancia.

—Tome una almohada, doctor Félix. Agradecí a doña Marciana, que venía de terminar con el viejo la segunda red, y la acomodé bajo la cabeza. ¡Buena y perspicaz viejita! Era sin duda lo que me faltaba para callar la burla de los diablillos del tedio. La cabeza aturdida se halló bien en aquel refugio de algodón suave y el alma se dilató satisfecha, predispuesta a caer en la beatitud de una larga siesta.

Todo comenzó a tornarse en calma e incomparable mansedumbre. Los escrúpulos de las obligaciones mal hechas y olvidadas, la hostilidad de las figuras que en desfile me traían punzante ansiedad, el brillo del mediodía soleado, las repetidas órbitas de los cuervos lentos, se fueron evaporando y disipando en la dulce dilución con que se desvanecía y se apagaba en el azul la nubecita blanca que en ese momento mis ojos contemplaban; hasta el arreglo infinito de las redes, en vez de nerviosismo, me traía la tranquila certeza de un día dulce y sin fin. Se detenía el tiempo, el mundo se inmovilizaba en la última postura de las manos y en el último sonido de voz; como en el castillo de la princesa durmiente, se suspendía la vida en una última emoción, el ritmo del corazón en una diástole final; todo pasaba al estado de irrealidad y de sueño...

¡Benigna siesta beatificadora! No era propiamente dormir, sino apenas entrevivir, hacer en el alma un gran vacío, barrer las ideas y preocupaciones, convertirla en una cosa inerte y vegetativa que se abre al sol y a la vida con la pasividad de una rama largamente extendida en la altura.

Y, así vacía, la penetraba con suavidad el ambiente de aquel momento, el olor de las albahacas que crecían en la ventana, bajo las fucsias que la enmarcaban. Me entraba una sensación de paz, de hogar y bucolismo. Era como un retroceso a la infancia: me sentía retroceder veinte años, me volvía niño. Y a aquella hora nada me sería más dulce que una canción materna a la cabecera: *"Duerme, duerme, mi niñito, que el Coco te va a llevar..."*

No tener uno toda la vida quien así nos arrulle, dándonos la caricia de una mano suave que nos alisara el cabello, al contarnos historias de hadas y príncipes encantados y llamarnos hijo; un ala inmortal bajo la cual pudiéramos hacernos pequeñitos, encogidos, escondiditos...

¡Mal organizada, esta complicación dolorosa de la vida! Pero en aquel momento me parecía casi perfecta. "¡Vivir es bueno!", murmuraba somnolienta mi alma, disolviéndose.

A lo lejos, en la carretera, rechinaba aún el carro, interminablemente; y era como si el mediodía se hubiese hecho sonido y por esa voz adormecida y larga dijera el desmayo voluptuoso de los grandes campos dormidos al sol...

Una historia de cacería

—Cuénteme una historia de caza, don Próspero.

Terminado el arreglo de las redes, el viejo se había sentado a mi lado. Me senté también; y, todavía aturdido por la larga siesta, observaba, un tanto abstraído del lugar y la hora, en lo alto de un marco negro, pequeños túneles de barro extendidos lado a lado, pueblo rústico acrecentado cada día por la faena constructora de las avispas. Saliendo de su profundo letargo, el viejo loro se dignó abrir un ojo vidrioso con el que nos inspeccionó un instante; enseguida se sumergió de nuevo en su inmovilidad de ave disecada.

Don Próspero carraspeó, sonrió, se acomodó y comenzó la historia reclamada. Era un viejo episodio, un tanto deshonroso para sus fueros de cazador afortunado. Acordaron una vez, él y el capitán Domiciano, pasar la noche en un "barrero", a la espera de caza. ¿No sabía yo qué era un barrero? Me lo iba a explicar. En el nacimiento de ciertos arroyos hay, en algunas hondonadas, una especie de lodo salitroso que a los animales les gusta lamer. La tierra ahí lagrimea continuamente una escasa humedad. Durante el día y la noche se turna en ese lugar toda suerte de presas. Es el punto de encuentro de las especies más dispares, y algunas van allí más en busca de pasto vivo que atraídas por el salitre del suelo. De día van los animales menos asustadizos y las aves de gran porte; de noche es la asamblea temerosa de las pacas y capibaras esquivas, agutíes y zorros, que no pocas veces son sorprendidos por los temibles pobladores de la selva virgen: tapires, jaguares y puercos de monte. Pisoteado por toda clase de patas, el terreno queda limpio en cierto radio; y, por la acción erosiva de miles de picos y lenguas, se va socavando alrededor. No hay mejor puesto para un cazador que uno de los árboles del circuito. Es preciso, sin embargo, ser hombre de valor y tomar ciertas precauciones.

Para eso, el capitán Domiciano era un compañero óptimo, pues más de una vez se habían arriesgado en sombríos cubiles de fieras y acampado semanas en sierras bravas. Durante el día fueron al punto elegido para los preparativos necesarios. Buscaron un árbol apropiado para la construcción de un "estaleiro" (plataforma), y que no fuera oblicuo ni muy grueso, pues los jaguares trepan con más facilidad por los troncos inclinados. Hecha la elección, dos esclavos, Adán y el Padre Tomás, arreglaron el lugar de estancia.

—¿Sabe qué es un *estaleiro* o *girau*? Es una especie de estante de palos cruzados, armada en un árbol. Se entarima bien entarimado, haciéndolo como un piso y a los lados se levantan parapetos. Se hacen para una o dos personas. Ahí hasta se puede dormir.

Al finalizar los esclavos el servicio, fuimos a la hacienda a ocuparnos de los últimos preparativos. Preparamos las provisiones, verificamos el buen estado y limpieza de las armas, empacamos mantas que nos defendieran del frío y, en esos arreglos, esperábamos el atardecer para partir. Es necesario ir con luz de día y estar dispuesto a pasar la noche en la plataforma, porque es peligroso arriesgarse con la oscuridad en un lugar rondado por fieras tan peligrosas. Después de la cena llegó a la hacienda, muy apurado, Vigilato, un pariente lejano nuestro. "¿Supe que van al barrero?", preguntó. Respondimos que sí. "Pues vine para cazar con ustedes".

"¡Imposible! La plataforma apenas da para dos. Si hubieras avisado antes...". "¡Que no sea ese el problema! Me arreglaré de cualquier modo". Pensé que era broma, porque era de genio burlón y poco dado a aventuras. Pero insistió en que iba, en que iba... Ya venía armado y listo para pasar la noche. "Pues entonces, Vigilato, haz lo que quieras. ¡Después no te arrepientas!". Y, al atardecer, partimos los tres rumbo al barrero...

Aquí don Próspero me tocó el brazo: —Vea, doctor Félix, la atención del loro... Se está acordando de los tiempos antiguos...

De hecho, el loro, con los ojitos ahora vivos y brillantes, despierto de su sueño de vejez, escuchaba con inmensa atención. —Son de tu tiempo, mi loro: Vigilato, el capitán Domiciano, el Padre Adán...

Y el viejo prosiguió con el relato. Fueron, pues, rumbo a la hondonada. Llegados allí, Próspero y el capitán subieron a probar la plataforma. Les pareció poco sólida y en ella cabían estrictamente dos personas. —Pues, Vigilato, arreglate como puedas, que no sobra espacio para vos. El muchacho tomó a risa la dificultad. Si todavía era de día... —Voy a hacer una tarima mejor que la de ustedes —dijo.

En un árbol cercano atravesó unos palos por las horquetas de las ramas, amarró y cruzó todo con liana sólida y se puso a horcajadas sobre la armazón, bromeando: —Desde aquí haré más proezas que ustedes, porque no hay parapeto que me estorbe. Y contaba chistes, anécdotas, lanzaba pullas a los compañeros.

Cuando la negrura de la noche empezó a espesarse poco a poco, el panorama cambió. Vigilato se fue quedando mudo y con los ojos muy abiertos. —¡Qué diablos! —gruñó entre dientes—. No le avisé a Maricota, que puede estar inquieta... Divisó en un instante el camino de regreso; pero seguir un sendero apenas marcado, por breñales inhóspitos, y a esa hora, y solo... —¿Vamos a posponer la espera para otra noche? —preguntó con voz incierta. Los compañeros, callados. —¡Qué demonios! ¿No responden? —Menos ruido —susurró Próspero—; es tarde para acordarse de Maricota. Si tenés miedo, cambiamos de lugar. —¿Miedo, yo?

Y trató, para mostrar entereza, de cuchichear nuevas bromas, que le salieron miserablemente sin gracia. Los oyentes tampoco le alentaban la charla, pues para el buen cazador es pecado grave romper el silencio solemne de la espera. Y los animales no iban a tardar.

Se cerró del todo la noche. Del barrero subían sonidos misteriosos, bruscas corridas, extraño crujir de follajes, chillidos sofocados, largos silencios expectantes... En forzada inacción pasan algunas horas. Felizmente la luna se eleva y en el claro entre el monte se esparce una luz difusa. Ya se puede cazar. Y, con los ojos al acecho y los oídos atentos a la calma de la selva, al menor rumor sospechoso oprimen con el pulgar el gatillo de las armas, listos para disparar.

Raras formas asustadizas sombreaban el suelo en una carrera, haciendo, pequeñas como eran, un gran ruido. Un hocico minúsculo trabajaba el barranco en la faena de lamer. Nada que valiera una carga de plomo y la alarma de una detonación. Vigilato se puso a tararear entre dientes una

tonada, fingiendo valor. El hocico trazó en el suelo una raya negra en una fuga rápida. —¡Pst! —recomendaron los compañeros al cantor inoportuno.

Se hizo otra vez el silencio... y, en el silencio, muy lejos, roncó un rugido siniestro. —¿Nunca oyó rugir a un jaguar, doctor Félix? Es una cosa bonita. Es un maullido fuerte, pero un tanto atragantado, como el de los gatos en celo. Cuando ella ruge, parece que todo se encoge de miedo y hasta el monte se queda más quieto.

En el instante del rugido se entrevió en el barrero una confusa estampida de formas antes invisibles. Un trepidar seco venía de la plataforma de Vigilato. Él temblaba y los palos en sus pies temblaban con él. —Ahí viene la bicha —murmuró el capitán.

Pasó un espacio de calma absoluta. En el cielo sin brisa se inmovilizaron las ramas de los árboles, negras y como petrificadas. Apenas de vez en cuando un soplo manso recorría un estremecimiento por las copas sombrías. Y aquello se prolongaba sin término... "¡Mala noche!", pensaban los cazadores. Pero un segundo indicio, muy cercano, los previno de algo sensacional. Oyeron un *tac-tac* característico. —Es de las pintadas —avisó Próspero—. Esa clase de jaguar tiene el "detalle" de chasquear las orejas. Armas amartilladas y silencio. Vamos a disparar todos juntos. Aseguren el punto y esperen la señal.

De la negrura de la maleza surge una gran masa animada que avanza lenta y ondulante. Es un felino. Al salir de la orla de sombra, le da de lleno la luz de la luna. Tiene el pelo moteado de negro y oro. En la pausa solemne de las caderas al desplazarse en la marcha, hay seguridad de fuerza. Ondulante y lenta atraviesa el barrero, directo hacia el árbol donde se encuentran los dos... Se detiene abajo, como buscando refugiarse en la sombra, a la espera también. Preparan la puntería, cautelosamente. Los dientes de Vigilato castañean, chocando entre sí. —¡Pst! —hace Próspero, pidiéndole silencio.

Con el "pst", el jaguar mira hacia arriba. Domiciano se asusta y un movimiento instintivo suyo hace fallar un palo de la plataforma, y la plataforma, más los dos cazadores, se desploman ruidosamente sobre el jaguar... La fiera, sorprendida, se lanza de un salto hacia el árbol donde está Vigilato. Vigilato se despeña con un grito...

—¡Ah, señor doctor, ni puedo contarle todas las peripecias de esa noche! Caímos desde muy alto, quedamos magullados, una escopeta se rompió y las otras quedaron bajo los escombros... Y, tropezando en lo oscuro, a los tumbos, afligidos, mirando hacia atrás, huimos corriendo cuanto podíamos, casi sin rumbo, extraviados en la oscuridad del monte. Felizmente no fuimos perseguidos. Entonces, recobrando aliento, pudimos lamentar nuestras contusiones y, encendiendo trozos de caña y paja de pino, logramos hallar el camino de la hacienda.

Y Próspero se reía del viejo recuerdo. Doña Marciana, desde la cocina, hizo coro con él. Yo los ayudé. Y, atento en su percha, reviviendo también antiquísimas memorias, en la ilusión de un regreso a los buenos tiempos, el loro rompió su obstinado mudez, gritando en un falsete estridente: —¡Capitán Domiciano! ¡Vigilato! ¡Padre Adán!

En el barrero

—En un barrero —continuó Próspero, a quien escuchábamos atentos el loro y yo—, donde se reúnen especies tan variadas, se dan a veces episodios interesantes. Fui testigo, no de vista pero sí de oídas, de una disputa entre un jaguar y una manada de queixadas (pecaríes).

Los queixadas —añadió— no son los únicos animales que pueden enfrentar a nuestro jaguar; el tapir se defiende de él perfectamente gracias a su dura coraza natural. Y su arma de ataque es el ímpetu de la fuga. ¿Nunca ha visto usted la carrera de un tapir? Es un espectáculo impresionante. Cuando huye acosado por el enemigo, tiene el impulso de un obús; rompe desenfrenadamente en línea recta, atravesando y aplastando todo sin encontrar obstáculo. Es una avalancha que se despeña. Y no hay enredo de maleza o barrera de troncos que él, irresistible, no fuerce. A pesar de su cuero curtido, a veces es atacado. El jaguar, de un salto, le asalta el cuello, donde se encarama; y ahí, adherido como un parche vivo, forcejea por romperle la nuca. Me contaron de una que, llevando a la fiera así a cuestas, se metió monte adentro en un arranque violento que el peso extra no frenaba, profundizando un túnel en lo intrincado de la selva. Guiada por el instinto, se lanza de raspón bajo el primer madero caído de través... Con el cráneo estallado, el jaguar desmonta bruscamente antes del obstáculo, donde se queda pataleando en su último aliento. Podía no ser verdad, pero era verosímil. Doy fe, sin embargo, de la veracidad de lo que paso a relatar. "¡Palabra de cazador, doctor Félix!".

Esta vez su compañero era un vecino, buen sujeto, Prudencio. Estaban encaramados en una plataforma. Noche cerrada y gran silencio. Un rastro plateado en el horizonte anuncia la luna. Ya las ramas más altas se agitan blanquecinas sobre el bulto oscuro del claro. Pueden dormir, aún es temprano para cazar, pues la luz de la luna tardará en bañar el barrero emparedado por el gran monte, en un profundo pliegue de las sierras. Y, en la cómoda plataforma, se disponen a preparar la cama... De pronto, su atención se aviva. Oyen un rumor lejano, un vago crepitar que se vuelve cada vez más nítido. Por fin es un vasto estrépito que se avecina, tomando monte y valle, convergiendo hacia un solo punto: el barrero. Al llegar, el rumor siniestro se vuelve el formidable castañeo de los colmillos de un centenar de queixadas. Mezclados suenan ronquidos, gruñidos y un borbollón de follajes destrozados. Y el terreno pisoteado por la horda invasora es hurgado y furiosamente removido, arado por el centenar de hocicos que ávidos se ceban en la salobre filtración del suelo.

Mientras tanto, los cazadores no ven nada. La tiniebla homogénea, compacta, espesa como la brea, llena el ámbito del claro. La vida allí es apenas el confuso rumor de la banda invasora: un gruñir múltiple y un amortiguado crujir de colmillos. Aquella vida misteriosa en el negror de la noche les filtra por los nervios escalofríos de pavor. Arriesgar un paso a esa hora, bajo las lúgubres bóvedas del monte, sería buscar el peligro. En cada punto de las pesadas tinieblas puede haber una emboscada. La elasticidad del salto está lista para el ataque, las orejas se aguzan adivinando la presa, las garras se crispan nerviosas ante el gusto de la posesión... Aun protegidos por la altura, los cazadores están emocionados y temblorosos. ¡Oh, la fuerte sensación, eternamente renovada, de la caza de fieras!

Abajo, el ruido se amortigua. Es ahora un resollar exasperado de hocicos labrando la tierra blanda en un gran radio. De improviso, un alboroto terrible. Chocan los colmillos entre ronquidos feroces, bufidos furiosos y un confuso revolverse de la horda. Era una ola infernal invistiendo contra un punto y retrocediendo, como olas encrespadas chocando contra una roca y huyendo con estruendo. Y la misteriosa embestida arrancaba hacia un mismo punto, siempre el mismo... Para los cazadores solo había abajo la homogeneidad del negrume; ni chispas, ni fosforescencias, ni pálido delinear de contornos: la tiniebla unida, igual.

—¿Sabe qué significa ese rebato? —preguntó Próspero a Prudencio. —No. —Es un enemigo. Los queixadas se defienden. —¿De qué? —¡Escuche, escuche!

No tardó en partir desde abajo un rugido fuertísimo, prolongado, que dominó el clamor de los cerdos, llenando el monte y la noche con un eco de trueno; y resonando por el valle, como una trompa deforme, el bramido de la fiera fue a despertar hasta lejos los ecos dormidos de los rincones selváticos. A los cazadores les zumbaron los oídos.

—¡Es un jaguar! —exclamó sofocadamente Prudencio—. ¡Dispare! —¡Disparar cómo! —objetó Próspero—. ¡No veo nada! Pero quédese tranquilo, que, ocupada en cazar a los queixadas, no notará nuestra presencia.

Con el rugido se esparció el pánico en el bando de los suinos, siguiéndose un precipitado estruendo de numerosa huida. Y entre bufidos, chillidos, tableteo de dientes y un follaje ruidoso, la dispersa turba se lanzó por el valle, convirtiéndose pronto en un crepitar lejano. Y entonces, ya remoto, un segundo rugido resonó en el silencio y la tiniebla. El enemigo también se distanciaba, siguiendo el rastro de la presa recalcitrante.

Ese incidente fue una mala suerte. Subió serena la luna, blanqueando las entrañas del valle; una luz de luna tan clara que se dibujaba en el barrero la sombra marcada del menor tallo de hierba. Era una riqueza de minucias en el suelo pisoteado y abierto, que más claramente mostraba la falta de caza. ¡Ni una paca, ni un ratón de monte!

Al amanecer bajaron, con las cargas sin explotar en los cañones de las armas. Vieron en cada palmo del suelo los vestigios del paso de la manada; y, en un grueso tronco hacia donde se había concentrado la embestida de la banda, la corteza, en algunos lugares recién descascarada y marcada por las garras, mostraba la cautela del jaguar frente a los queixadas, no aventurándose al dudoso desenlace de una lucha cara a cara con la desenfrenada y ruidosa horda.

Horas de ocio

Faltaba carne para la cena; por eso, después del café de la una, mis amigos *piraquaras* (pescadores) se prepararon para ir a la orilla del río. Estaba listo el cesto con los rollos de polenta, menudencias de pollo y maíz para cebar el agua como señuelo. Me invitaron a participar de la pesca.

—Otro día... —respondí—. Vengo con intenciones de pescar y, sin embargo, no me animo a enfrentar el sol y la cuesta para satisfacer mi deseo. Y la vida así es como me parece razonable: un perpetuo aspirar, sin realizaciones. —¡Qué gracia tiene, doctor Félix! —intervino doña Marciana—. ¿De veras cree que lo mejor de la fiesta es la espera? —Soy así, en verdad, y entiendo que es el medio más lógico de evitar desilusiones. Es la causa de que aún esté soltero. No quiero decir que condene el amor...

Me pasó por los ojos de la memoria la estampa de aquel ex-futuro-cuñado, con el mazo amartillado: "O casarse, o...". El desdichado me había espantado de una vez por todas del casamiento, para gran consternación de las amables pretendientes a suegras, esa pululante especie que vive tejiendo redes de atenciones para que les acarreen a las hijas del hogar.

—Por ejemplo: esa selva de la otra margen, que no es como esta orilla plagada de malezas y pastizais, ejerce sobre mí una verdadera fascinación. Al contemplarla a la distancia me embriago, me perturbo, imprecando a los hados que me hicieron nacer civilizado y hombre. La verdadera vida es la de la floresta, con sus misterios, emboscadas, emanaciones de humus milenario y floraciones alegres. Su silencio ha de decirnos cosas nunca oídas, que valen más que los libros de todos los poetas y filósofos. Porque la sabiduría nativa y la poesía humana están en esas voces susurrantes de la espesura, en el exhalar misterios de su suelo blando y de sus troncos vellosos...

Yo desearía ser indio, o fiera, o cualquier cosa que respire y sienta viviendo entre los árboles centenarios, conversando con la soledad, ese dios familiar siempre presente donde haya un árbol frondoso adornado de bromelias y entrelazado de lianas. ¡Vivir la selva, entrever su alma bruta! Pero... allá no voy. Es simple el porqué. Al desearla me embriago; al poseerla, me vería aturdido por los mosquitos, aguijoneado por otros insectos, de suerte que el tiempo de la visita se me iría en aplastar a esas pequeñas pestes. Además, las orquídeas no me parecerían tan florecidas, ni las lianas tan bien tramadas, ni los árboles tan anchos, ni el peligro tan real. No sé si estaré plagiando a un novelista querido... Pero la verdad es que sus jaguares y pecaríes ya se están volviendo legendarios, señor Próspero, igual que sus tapires acorazados. ¿Ya notaron que todo lo que nos cuentan de bueno y digno de ser visto, o queda muy lejos o pasó hace mucho tiempo? Esos escritores que nos imponen sus maravillas... Si fueran a describir una pesca, nos mostrarían dorados saltando y abriendo remolinos espumosos en el agua, reaccionando a la fuerza de la cuerda. Pero si nos obligaran a tomar el anzuelo para probar con hechos la palabrería, garantizo que solamente juntarían en una brizna de pasto media docena de pececitos anémicos del tamaño de un dedo meñique.

De pie, y sonriendo, los viejos escucharon el largo discurso.

—Es cierto que el pescado no viene cuando uno quiere —dijo Próspero—; pero hay días felices, y entonces lo extraordinario nos visita. Dígame: ¿ya vio peces subir la cascada, a miles, a millones? —Me hablaron de eso —respondí, escéptico. —Pues, cuando las aguas crezcan un poco más, lo voy a obligar a dar un paseo a unas tres leguas de aquí, para presenciar un poco de lo maravilloso. —¡Tres leguas! —exclamé horrorizado—. Es como dije: o queda muy lejos o fue

hace mucho tiempo... —Ha de ir lejos una vez en la vida. ¿Estamos de acuerdo? Yo me encargo del traslado.

Resolví perezosamente que sí, que iría. ¡Poco sabía, incauto de mí, el terrible compromiso que acababa de sellar!

Y, con las cañas al hombro y armados de redes, desenganchadores de anzuelos, el cesto de carnadas y demás utensilios indispensables, allá se fueron los dos viejos rumbo al río.

Al quedarme solo, se revolvieron en mi memoria los últimos relatos de cacerías. Y, despierta por el largo reposo, con sugerente alimento, mi imaginación tejió una serie de novelas heroicas en las que yo era el personaje principal. En pocos minutos abatí a una pareja de pumas y a una manada de quinientos pecaríes, a tiro y a cuchillo. Salí con un ligero rasguño en la pierna y una de las mangas del saco ligeramente rasgada —cosa que con dos puntos y un poco de árnica tenía arreglo—. Los despojos, cargados por una caravana de burros, dejaron boquiabiertos a mis subordinados. Manchado de sangre como un carnicero, iba yo al frente del convoy triunfal. Desde las ventanas espiaban todas las caras que me caían mal: el abogado de los "probará" minuciosos, el impulsivo, el alguacil pesado, un comerciante que no me fiaba, otro que me cobraba atrevidamente, todos avergonzadísimos de su inferioridad.

Agotadas esas sensaciones de triunfo, me metí en empresas de pesca. Pesqué en un día quince docenas de lambaríes, seguidas de trece dorados, un pez gato gigante y, por fin, un pez fenómeno que iba saliendo, sin fin, del agua. Yo retrocediendo cerro arriba y el monstruo soltando cola: treinta metros, cincuenta, cien... A este punto me escandalizó la exageración de la novela y dejé, aún con mucha cola en el agua, al magnífico pez, capaz de empachar a una generación de Jonás.

Mientras tanto, sin temer a aquel hombre terrible sentado en el arcón, la gata cariñosa de doña Marciana, ya olvidada y confiada, hacía evoluciones por la sala, acechando a un pollito piador extraviado de su madre. Yo la miraba con una cierta amistad, con el afecto tolerante y un tanto paternal de los poderosos y temidos por la víctima inerme que ya sufrió el peso de su cólera. Empezaba incluso a simpatizar con aquella figurita de felino jugando a ser jaguar. En la gracia elástica de su andar, en lo armonioso de todos sus movimientos, había el garbo clásico de las grandes especies, lo que le daba, por parentesco remoto, una cierta nobleza. Como si las patas de las sillas fueran matorrales sombríos, se encogía entre ellas preparando el salto; y, con la pata en suspenso, seguía después ocultamente los vaivenes del extraviado, simulando, más adelante, otro ataque traicionero. Por fin, el piar desolado del pollito perdido me puso nervioso; oyendo palabras de despedida en el cuarto del negocio, hacia allá me encaminé para asistir a la partida del Discípulo, que era despachado más temprano en virtud del acontecimiento extraordinario de mi visita. En el camino, un maullido punzante: había pisado la cola de la "jaguarrita".

—¡Hizo el ridículo, señora gata! Sus parientes de la alta alcurnia tienen más cuidado con su noble apéndice... La especie degeneró, no cabe duda.

Sujetando la correa de los libros cuidadosamente apilados, el negrito partía con una pluma de premio en el bolsillo. —Mañana bien temprano, ¡no te olvides, José! —le recomendó Américo —. Tenemos mucho que recapitular. —Sí, señor Merco.

Desde la puerta, el profesor lo miraba alejarse; y, revisando su porte de discípulo impecable, se regodeaba en su obra. A cierta distancia, José se agachó y llenó los bolsillos de piedras. —¡¿Qué es eso?! —gritó Américo, alarmado, saliendo a averiguar el caso.

Al no sentirse observado, el negrito se sobresaltó; y, retorciendo el borde del saco, explicó con vergüenza: —Es que, usted sabe, los muchachos por ahí me pusieron el apodo de "Zezé Correcto", y yo quería romperle la cara a media docena. —¡No, hijo mío! No hagas eso... A la voz de la envidia debemos oponer el orgullo de nuestra superioridad. Desprecia esas burlas. Y vació de su Obra los bolsillos llenos de proyectiles.

De regreso, se puso la mano sobre la frente, observando el sol. —El día se está nublando, doctor Félix —dijo—. Vamos a tener, probablemente, cambio de tiempo. Me puse a la defensiva, sospechando las maniobras conocidas para entrar en conversaciones científicas: —Sí... Y al final, un poco de frescura no vendría mal. Si lloviera, sería una buena excusa para dormir aquí. Prefiero no ver hoy a mi gente de la ciudad, porque me salté una audiencia importante.

Pero, al sondear el cielo con la mano como visera, Américo no aceptó la distracción; y, con pausa y tranquilidad, como quien formula la pregunta más natural del mundo, comenzó: —Señor doctor, con la capacidad calorífica que tiene hoy el centro de nuestro sistema planetario, y dado su enfriamiento progresivo, ¿cuál será el lapso de tiempo necesario para la extinción completa de la energía solar?

El aguacero

En una transición inesperada, el día comenzó a nublarse. La atmósfera se volvía dormida y sofocante. Uno parecía moverse en un fondo opresivo de agua tibia. —¡Y los viejos! —se preocupó Américo—. Entretenidos en la pesca, tal vez no vean nada...

Iba a gritarlos; pero, desde la ventana de las fucsias, que meneaban sus flexibles tallos florecidos, los divisamos apresurados, venciendo cansadamente la cuesta de la huerta. Ya los cabritos, saltando la cerca, se recogían. Las ráfagas del viento, que se levantaba, encrespaban con un susurro las hojas del frijolar, balanceando las flores de campanilla que sobrenadaban en las ondulaciones del verdor.

—¿Cuántos dorados? —bromeé, hablándoles a los viejos jadeantes, que ya entraban al patio. Doña Marciana, con el rostro casi cubierto por el sombrerón de paja caído, sacó de la cesta en forma de pera un pez de un palmo: —No se burle, que aquí traigo un dorado legítimo. Pero un hijuelo muy joven.

La pesca había sido mala, explicó Próspero. Tal vez porque el cebadero estuviera rondado por algún pirata de los pozos profundos. Por si acaso, allá había quedado un anzuelo, encarnado con un pececito vivo. —¿Y qué sería ese pirata? —indagué. —Tal vez un dorado de los grandes, que pronto tendrá Américo que dibujar en la pared. No se trata, Dios sea loado, del *minhocão* (gusano gigante) ni del buey de agua —sonrió el viejo.

Me habló del primero, que se cree que es una enorme serpiente que socava las riberas cambiando el curso de los ríos; y muchos supersticiosos juraban haber visto al buey de agua, monstruo que ama echarse al sol, haciendo su estancia en lajas aisladas en medio de las corrientes profundas; al divisar a alguien, se zambulle en el abismo; el agua cae en catarata y salpica, cerrándose en un remolino sobre su gigantesco lomo.

—¡Cierre la ventana! —se interrumpió ante un repentino golpe de viento que revolvió la casa, despegando de la pared viejas láminas de calendarios. Afuera, la ráfaga silbaba en una cerquita de bambúes nuevos, arrancándole una algarabía de mil silbidos agudos y graves. Vastos torbellinos de hojas y polvo revoloteaban en el aire. De vuelta a los aleros, golondrinas rezagadas luchaban con el viento; a bandazos de aquí para allá, se debatían buscando el rumbo; por momentos, perdido el equilibrio, decaían, para, a ras del suelo, recomenzar el vuelo y la lucha, en una aflicción de alas que traducía el ansia por el nido; y, a veces, como vencidas, se las llevaba el viento, cosas inertes, espacio afuera.

Por la puerta del negocio, a donde yo había ido a atender unos golpes urgentes, junto con la ventisca se metieron con gritos dos mulatas, medio ciegas por el polvo, refugiándose del temporal. Una de ellas, con bocio, traía a una pequeña a horcajadas en la cintura. Al verme, se amilanaron. —¿Doña Marciana? —Entren —les dije, señalando la puertecita de comunicación.

Una tras otra entraron. Observé su andar desgarbado, balanceante, tan peculiar de la gente de campo, y que es la adaptación del paso humano a las desigualdades del suelo habitualmente transitado. La tromba pasó casi instantánea, como había venido. Pero el día se ensombreció aún más. Desde la puerta del negocio, donde me había quedado, inspeccioné los alrededores. El polvo levantado fluctuaba inmóvil, nublando la perspectiva con su color sucio; y revuelos de hojas, soltadas en la altura, bajaban en remolinos o en lentos vaivenes, alfombrando la carretera. Se sudaba. La piel, con cosquilleos, pedía el refrigerio de una ablución helada y el calmo espasmo de las prolongadas inmersiones. Todo gritaba por agua, ansiaba un aguacero diluvial que diera de beber al suelo calcinado y en abundante baño limpiara la naturaleza. En el bochorno de la hora, había como una concentración de expectativa. La tierra se volvía hacia el cielo negro, en un boquear generalizado de poros sedientos, suplicando la gota de agua de Lázaro; y, en esa dilatación de sequedad y ansia, el lomerío de los campos parecía hincharse para que más fácil la frescura los filtrara y empapara, restituyendo a los tallos sin linfa el alegre susurro alborotado de la savia.

Las primeras gotitas, aún invisibles, se diseminaron escasas; después se esbozaron, menos esparcidas, en finos trazos cayendo. El cielo se mostraba taciturno, como cerrado en un rencor

reconcentrado, gruñendo. De pronto un estallido seco explotó en las entrañas de las nubes; y, en un largo eco, una cola rumorosa de sonidos dio la vuelta al horizonte, paseando por las quebradas de las montañas su rugido amordazado.

Fue la señal. Gruesos goterones se precipitaron en atropello, apelmazando el polvo, cerrándose, apretándose, estallando blandamente en el suelo; en poco tiempo la lluvia se descargaba en oleadas llenas. Columnas blancas corrían en el horizonte, como batallones de refuerzo, sucediéndose en un asalto. Se despeñaban de los aleros las goteras tensas, paralelas, golpeando en las piedras de la acera; y, formando una red de innumerables hilos, el agua confluía hacia el medio del camino en un arroyo de lodo que abría carrera cuesta abajo.

Yo estaba a salvo. No me lincharían aquel día. Fui de inmediato a avisar a doña Marciana. —La señora tiene hoy un huésped para pasar la noche.

Los viejos quedaron encantados. Américo irradió felicidad, saboreando de antemano largas horas de la noche fecundas en ciencia pura: naturalmente yo sería su compañero de cuarto.

En la galería reinaba la penumbra, a la que pronto mis ojos se acostumbraron. Vi a las dos mulatas sentadas al borde de la tarima. —El señor debe tener hambre —dijo doña Marciana—. Voy a buscarle una cosa que le gusta mucho... Sus sandalias se arrastraron, encaminándose hacia la cocina. Me trajo un trozo de calabaza cubierto con un charco de melaza. Cada uno tuvo su pedazo y su cuchara. Se hizo en la sala un silencio de masticación. Afuera, las goteras golpeaban en un sofocado estruendo. El frijolar, bajo la cortina de agua, abría un rumor de cascada que nos llegaba amortiguado a través de las ventanas cerradas.

—Fenómeno curioso, un aguacero así repentino —murmuró Américo, pensativo. —El doctor no adivina de qué hablábamos —dijo doña Marciana en otro rumbo, lanzando una mirada maliciosa a la compañera con bocio. —¡No sea habladora! —pidió la mulata, bufando de risa y escondiendo la cara. —No es secreto —rio la vieja—; dice Clemencia que se molesta cuando encuentra a cualquier persona, porque la primera cosa que le miran es la barriga, y que el señor fue más delicado. —¡Gente! ¡La señora lo dice todo! —se retorció Clemencia, atragantada de risa—. A decir verdad, ¡pues por supuesto!, es cosa que molesta, porque no fue robado. ¡Hay criaturas que parece que nunca han visto la panza de una mujer! ¿Sabe, don Gaspar? Antes de ayer tuvo el descaro de preguntarme si comí mucha calabaza.

Miré su abdomen, que de hecho era un monumento notable. Su poseedora traía las manos entrelazadas sobre el ombligo, tal vez con la pretensión de disimular su volumen. —Hay mucha gente descarada —gruñó la del bocio—. Desde que me quedó el pescuezo grueso, es un gusto andar mirando... Este grosor...

Le contó la historia desde remotos antecedentes, evitando, con eufemismos, la propiedad de la expresión. Al oír la conversación, la niña, aún enganchada en la cadera, se puso a jugar distraída con el par de "bultos" del cuello. —¡Estate quieta, demonio! —rugió la mujer, retorciéndole la nalga. La pequeña se encogió, soltando los colgantes.

Doña Marciana empezó a preguntar sobre las conocidas de las zonas de ellas. Miseria, enfermedades... Había una gran novedad: había vuelto de cumplir treinta años en la cárcel Lourenço el de Frederica. ¿Se acordaban? De Frederica, que andaba con Martinho desde hacía largos años. Lourenço la cortejaba. En un acceso de celos apuñala a un hombre que le había echado ojos codiciosos a la mulata. No hubo apelación ni perdón: se tragó todo el tiempo entre rejas. Había llegado avejentado, muy callado, con hinchazón en los miembros y arrastrando una pierna. No sabían qué había venido a buscar por allí. Había estado en casa de Frederica una hora y después había seguido para sus tierras que, al parecer, quedaban más allá de Uberaba: cosa de leguas y leguas.

Me interesé por el caso e hice preguntas. Nada sabían... Frederica era quien podría contar. —Ella vive en el camino de la cascada, doctor Félix —explicó Próspero—. El señor verá su rancho cuando haga el viaje planeado. Hablando de eso, ¿no puede ser el próximo jueves? Asentí, con desgano; como quiera...

Continuó hablando de ese paseo. Dijo algo sobre el caballo ensillado, y no sé qué más, lo que oí distraído. Pues ese proyecto poco me tentaba en mi pereza. Eran castillos en el aire, pensaba.

La lluvia aún cantaba en la techumbre, filtrando un fino polvillo por los intersticios de las tejas. Con la llovizna rala, la temperatura refrescaba en el interior cerrado. Ya las proyecciones de los chorros de agua eran menos ruidosas. Cedía el temporal. De goteras aquí y allá, recogidas en latas, goteaba el agua con más espacio. Con satisfacción notaron las mulatas su declive. —Va a pasar, doña Clemencia —rezongó la de los bocios. —Deje que llueva —dijo la vieja—. Ustedes están a cubierto. Esperen la cena. —¡Imposible, doña Marciana! Es una ida de mucha urgencia... Necesitamos estar pronto en la ciudad.

Cosas de enfermedad. El marido de Clemencia estaba con fiebre y empachado. —Será del lugar... Porque nos mudamos hace poco tiempo. Y esa vivienda no me está cuadrando nada. Es a la orilla del camino y, en el camino, ya sabe la señora, pasa lo bueno y pasa lo malo. Desde que fui para esa casa no tuve un día de alegría. Ni se puede criar. Me da una rabia cuando el gavilán se come un pollito mío, y allá ya se comieron ocho, solo esta semana. Y no me entiendo con el nuevo patrón. Así que ya ve la señora: mi hombre en la cama, entregado, y él pasa para allá y para acá y no va ni una vez a preguntar si murió o si vivió. Y más insolencias, "ridiculeces"...

—Mamá, quiero agua... —lloriqueó la pequeña. —¡Estate quieta, cosa mala! —regañó la del bocio con un empujón—. Vos no querés agua nada. —Voy a buscar, nena... ¡espere! Y doña Marciana, tomando un vaso, se apresuró hacia el cántaro. Destapó y sacó agua con la taza de borde repujado y rodeada de agujeritos bajo la punta: precaución para la limpieza de la bebida.

Pero el tiempo había escampado. Solo se oía el goteo lento de los aleros del tejado y el rumor distante del arroyo disminuido, alejándose. Perezosas de movimiento, las mulatas se pusieron de pie, gimiendo de pereza. —Bueno, ustedes hasta otro día. Se despidieron de uno en uno.

Por la puerta que les dio salida entró una brisa fresca y la palidez del día nublado. Abiertas todas las puertas, la casa se alegró con la suave claridad exterior. Jirones de nubes blancas tapizaban

dulcemente el cielo. Se oía aún un murmullo de aguas remotas, perdidas a lo lejos. Despojado el paisaje de su tinte polvoriento, todos los colores se fijaron, lavados, nítidos. El propio sonido tenía un timbre más claro y musical. De la tierra, al fin saciada, brotaba como una sonrisa dispersa, que resonaba, argentina, en los gritos de los caracaras posados en un sasafrás de enfrente; sonrisa hecha frescura en la brisa, en suave estremecimiento en las espigas vellosas de los campos y en blancura cariñosa en las lentas vaporaciones que ya se despegaban del suelo, acomodándose suavemente en los pliegues de los valles.

Pirata

La noche se cerró. De las márgenes pantanosas del río sube un confuso clamor de batracios. Está el *tan-tan* de las ranas carpinteras, mezclado con silbidos, gruñidos, croares y ladridos de jauría suelta respondiéndose de punta a punta de los atolladeros; regaños graves y espaciados —voces de experiencia y ponderación—, chillidos, timbres innombrables, bufidos extraños, onomatopeyas bárbaras de todas las voces animales. Y si se busca divisar, en los pastizales inundados, las manadas sin número de bestias apocalípticas que con tal estruendo pueblan los ecos de la noche, apenas se entrevé, débilmente iluminado por el palor de una luna brumosa, el nivel del pantano desierto e inmóvil, adormecido en la calma nocturna. De vez en cuando viene de la selva virgen un ulular sombrío, voz de misterio que filtra en los nervios un escalofrío de pavor. Es la vida nocturna que comienza. Aislada la hacienda en tierras despobladas donde cayó la sombra, sola en el desamparo y el abandono, trae una dulce sensación de seguridad y confort el verse uno en ese refugio amigo a tales horas avanzadas. El tono velado de las lentas frases intercambiadas, el parpadeo de la lámpara penachada de nubarrones de humo negro y el ambiente de "hogar", me sumergieron en un sopor agradable, propicio para las suaves distracciones del espíritu.

Una vez más, el ulular remoto llenó la calma de la noche con su lúgubre eco. —¿Qué significa ese aullido, señor Próspero? —pregunté. Haciendo un gesto vago, el viejo respondió: —No lo sé. La selva es misteriosa. Puede ser el grito de un ave nocturna o el rugido de una fiera. Hay ciertos sonidos indescifrables, incluso para quienes están familiarizados con la vida en la maleza. De ahí las supersticiones, la creencia en lo sobrenatural, tan común entre la gente de campo...

Rodeábamos, en la galería, un brasero; unos en la tarima, otros en las sillas. Mirábamos todos fijamente la lumbre, como hipnotizados. —Otra historia de caza, señor Próspero —dije por fin, rompiendo el silencio que se había establecido.

El viejo sonrió, esperando ya el pedido; y se concentró, cabizbajo, como quien rescata recuerdos y elige. Su frente se frunció en esa introversión pensativa. Se veía que su espíritu volaba lejos. Levantó por fin la cabeza y dijo: —Voy a contarle la historia de Pirata, la perrita cazadora de jaguares que terminó tan trágicamente. Una figurita de nada, perteneciente a Felicio, nuestro

primo segundo. Tenía él tierras a un cuarto de legua de aquí, donde aún se ven, hundidos entre ortigas, los restos de los cimientos de la hacienda del Fundão.

En aquel tiempo, la ciudad era apenas media docena de ranchos dispersos. La selva inviolada se extendía por cerros y gargantas, ahogando las tierras donde ahora ondea, en la estación de las flores, el púrpura tornasolado de los pastizales. Donde hoy se ve el río despejado, aguas fluyentes abiertas al cielo que se mira en ellas, antes era un trenzado de retorcidos troncos y ramas en bóveda que tapaban el azul. En la media luz difusa del interior de la selva, la corriente sombría serpenteaba en meandros de aguas estancadas, que apenas esbozaban en su espejo turbio los zigzagueantes trazos de las lianas monstruosas, que se lanzan en huidas locas de rama en rama, brotando en chorros de hojas tiernas y balanceándose en cenefas enmarañadas sobre el cauce durmiente. Había allí ecos de claustro, extrañas sonoridades de nave desierta, que hoy se han convertido en el débil murmullo de las aguas que cantan al sol. La caza abundaba. Los jaguares venían a rugir por la noche a las puertas de los corrales.

Cierta vez apareció muerta en el Fundão una novilla, víctima de un jaguar pintado. Felicio, fuera de sí de rabia, reunió cazadores y peones para perseguir a la fiera. Los encargados de los perros juntaron una docena de canes elegidos entre lo mejor de varias haciendas. Listos para la batida, Felicio guio a la jauría al sitio donde estaba el cuerpo de la novilla; y allí le dijo a Pirata, señalando la carroña: —¡Mataron a mi novilla, Pirata! ¡Descubre quién hizo esto, Pirata!

La perrita olfatea los restos, toma los vientos alrededor, ensaya, asegura y sale disparada tras el rastro del jaguar. Libre de la correa, la perrada se lanza tras ella en un festivo alboroto. Apenas si pueden seguirlos los cazadores. La fiera está harta, pesada por el festín, seguramente recorrió poca distancia. Aun así, se adentran mucho en el bosque; es un andar sin tregua todo el día. Al atardecer, la perrada se envalentona a lo lejos. Los cazadores se precipitan, azuzándolos a gritos. Gimoteando alto, algunos perros regresan, profundamente desgarrados por las garras felinas. A su llegada, el jaguar, que aún no ha trepado, se interna más allá, salvando riscos y barrancos impenetrables. Como cae la noche, es tarde para rodear el camino hasta ella. Llaman a Pirata y reúnen al resto de la jauría. Faltaron dos perros, que hallaron en las cercanías, con los vientres abiertos de arriba abajo, derramando los intestinos blandos por la herida. Mal comienzo... Los peones arman un rancho donde todos pasan la noche. No venían preparados para tanta demora; pero el espíritu de aventura se les había encendido de tal suerte que, en la ebriedad de la persecución, poco les importaban las preocupaciones de quienes los esperaban. Les hervía la sangre tumultuosa y por la noche el sueño fue cortado por alertas sonambúlicas.

Al otro día, Pirata recupera el rastro y parten en la estampida de la caza. Recorren más leguas penosas en la selva sin fin. Ya produce una cansada obsesión el atravesar de cabeza baja los espinos obstructores, el meterse de hombros en cerrados matorrales que traban el paso y el desfilar repetido de los gruesos troncos encabellados de musgo y orquídeas ridentes. Encuentran al jaguar al final del día, pero no acorralado. Se les escapa de nuevo. Cuatro perros menos. Rancho, noche afuera. Al tercer día fue liquidado el resto de la jauría, menos la perrita. Los mejores perros estaban hechos jirones sangrientos, algunos aún temblorosos en un persistir de

vitalidad sufrida que movía a compasión. Los remataban sus propios dueños, que apenas reconocían en aquellas formas despedazadas a sus cazadores favoritos. Y el odio les hinchaba el corazón, endurecido al punto que, obstinados en la batida, olvidaban familia y todo. Tenían por poco los sufrimientos que aguantaban de cansancio, contusiones y hambre. Porque un bocado para la boca ya era un problema. Y con la ropa en jirones, los pies hinchados rompiendo el calzado, profundizaban más en la selva, en un internarse desvariado y sin fin.

De la jauría, apenas, ágil y sagaz, sobrevivía la perrita. Bajo las garras del jaguar era una esquiva gota de azogue, desapareciendo en un pronto y volviendo, bulliciosa, incansable, ubicua, torturando al coloso como el tábano de la fábula. No había zarpazo que la alcanzara. Sí... la alcanzó al fin la fiera. Los cazadores aún la encontraron jadeando, volviendo hacia su dueño unos ojos lastimeros que parecían decirle: "¿Ves? Hice todo lo que pude. ¡No me culpes!".

Ya endurecidos por el exasperación de la persecución fallida, los cazadores la miraron indiferentes. Felicio sintió rabia de que fuera tan frágil, tan puro nervio, tan solo un rudimento de cosa, que un zarpazo torpe bastara para arrebatarle el soplo de vida. La noche los amarró allí. Ni conversaban, encerrados en una taciturnidad rencorosa, sintiendo el ardor interno de la impotencia en revuelta. Uno sugirió: "Hace más de tres días que el jaguar no come... Vendrá a buscar a la perrita...". Era una idea. Amartillaron dos escopetas sobre el cebo que se encogía en la última contractura de sus músculos, sujetas las armas con ligaduras de corteza, y se alejaron para acampar lejos. El insomnio los tuvo muchas horas febriles, el oído a la escucha en aquel lance supremo.

Alta noche: detonación. ¡Qué tardío fue el amanecer! Entonces, corren a la trampa. Allí estaban las escopetas, gatillos caídos, sobre la carnada intacta. Pero hay un rastro de sangre: ¡la bicha recibió plomo! Siguen los vestigios. Andan, investigan... y súbito les sale al encuentro, de un matorral de bambú, un jaguar descomunal. Hay un grito de sorpresa. ¡El desenlace! Erguido sobre sus patas traseras, con los colmillos centelleando, la fiera emite un rugido e inviste contra Próspero. Próspero le mete por la garganta el cañón de la escopeta. "¡Disparen!", grita. En el mismo instante una descarga truena, chamuscando al improvisado lancero, y la bicha, alzándose aún más en un gesto de muerte, se tambalea y cae pesadamente de espaldas.

Al final se cerraba aquel capítulo palpitante. Los hombres, vueltos fieras durante la persecución, se restituyen a seres de pensamiento y sentimiento. En el corazón desahogado les canta el júbilo de la victoria. Ríen, roncan hurras, ebrios de alegría. Y se conmueven entonces con la suerte de la perrita, causa indirecta del éxito. Quieren mostrar al cadáver la piel del jaguar, pesada túnica velluda. Vuelven al lugar de la trampa y frente al cuerpo sacuden el trofeo sangriento. Y Felicio, llorando, toma a la perrita en sus brazos, exclamando: "¡Pirata! ¡Mi Pirata! ¡Incluso muerta supiste ser buena!".

—En ese momento todos sollozamos —concluyó Próspero—; agotados como estábamos de cansancio y emociones, no era difícil pasar rápidamente de la risa a las lágrimas. Y estas se justificaban. Solo el alma de un cazador y en una coyuntura como aquella puede entender un

afecto tan absurdo por un animal. Y allí mismo, alrededor del cadáver, juramos no cazar más jaguares en todos los días de nuestra vida. Lo cierto es que no todos cumplieron el juramento... creo incluso que ninguno de nosotros, a excepción del dueño de Pirata. De allí, caminando sin parar y tomando atajos, tardamos día y medio en volver a casa. Solo al regreso nos inquietamos por la familia. Y yo por la "prima" (esposa)... gorda, esperando en cualquier momento... Por eso el regreso fue una agonía para mí. Y, al llegar a la hacienda, encuentro que ha nacido Américo.

El viejo se calló. Era, creo, la décima vez que me repetía esa historia. Y, por décima vez, todos mostraban los ojos empañados, conmovidos por la suerte de la perrita, que vivía en sus recuerdos como una criatura amada. Doña Marciana, como de costumbre, añadió a la narrativa su nota personal: ¡Qué interminable angustia la de los cinco días de espera! La demora alarmaba a todos. Las mujeres se desesperaban. Grupos de peones batían los montes de alrededor, tocando bocinas y dando salvas. Al final, la llegada: los cazadores harapientos, agotados y semimuertos de hambre...

El recuerdo aún humeó alrededor del brasero en una que otra frase suelta, mientras las manos instintivamente se calentaban sobre las brasas veladas.

Afuera, una armoniosa serenidad había caído sobre la noche. Se había callado en el monte el ulular misterioso, voz lúgubre de un ser extraño que turbaba, con una amenaza de drama, la quietud universal. El clamor de las ranas se ensordecía, como si las ganara el torpor nocturno. Alrededor, el campo abierto, el desierto. Solos, aislados en el yermo, ¡qué dulce era el confort de aquel refugio, de aquel grupito de almas, bañados por los dudosos resplandores de la lámpara! Daba un calor de nido al cuerpo y al alma. También el monte silencioso, con la somnolencia de sus grandes copas inmóviles, parecía un cariñoso refugio de ramas sombrías. Allí abajo no había sino paz, el calor de las guaridas acogedoras, la placidez de los nidos, la seguridad de la vida. La naturaleza dormía y soñaba floraciones feéricas, frutos óptimos; y el sueño de los brutos, adormecidos en la paz, fluctuaba suavemente bajo las copas como una exhalación de bruma...

Súbitamente, me sobresalté. Lejos, de una quebrada ignota, subió un chillido agudo, torturado, espiralando hacia el infinito una inmensa angustia de víctima que implora al cielo; un gemido que se vocalizaba en un agudo creciente de agonía inenarrable, y que instantáneamente calló, apenas reviviendo en la maquinal repetición de los ecos perdidos...

Fumigaciones

La charla se había enfriado en torno a las brasas extintas. Cada cual se aislaba en sus reflexiones. Doña Marciana susurraba numerosos padrenuestros; la obligación era grande, por eso empezaba temprano. En cierto momento, me explicó:

—Antiguamente, doctor Félix, yo rezaba un padrenuestro por cada difunto estimado; pero hoy son tantos, que dedico uno a cada cinco muertos y el cumplimiento de la tarea dura horas. Rezo

hasta por gente que no conocí. Hace tiempo el viejo leyó en un periódico que murió ahogado, no sé dónde, un pescador; y desde hace veinte años no me he olvidado de él ni una sola noche, aunque ignoro su nombre. Lo llamo "el pescador del periódico".

—Pero, doña Marciana —objeté—, son tantos los pescadores ahogados cuyo perecimiento registran los periódicos, que, al caer su oración en la eternidad, puede haber una disputa grande entre las víctimas; tal vez se demanden unos a otros para deslindar la propiedad del sufragio.

—Si hay duda —sonrió la vieja—, repartirán la intención por igual. ¡Así todos se salven! Siempre simpaticé con los pescadores, doctor Félix. Quien lidia sobre el agua, por regla general, es gente buena y pacífica. Por eso Jesús eligió entre ellos a sus apóstoles más amados.

—Es que, ocupados en hacerle mal a los peces, no se acuerdan de hacérselo al prójimo —sentenció el viejo.

Nos callamos. Cada uno pasó a revolver su propio círculo de reflexiones. Era ese cavilar mecánico de las horas cansadas, cuando las ideas se sueltan como presos sin esposas, y se juntan y disocian sin espíritu de sistema, agregándose vagamente en simulacros de raciocinios, fluidos, inconsistentes... Son las travesuras de las pobres encarceladas en momentos de descanso. Es también el desmoronarse del sueño que comienza. En los ojos semicerrados, la retina se emancipa de igual manera, desfilando sin método las impresiones del día: agua cayendo, un árbol, un chayote, golondrinas tontas luchando con el viento...

—Traé el acordeón y tocá, Américo —dijo Próspero.

El instrumento, que el acordeonista apoya sobre las rodillas, absorbe el aire en un prolongado acorde. A aquella hora, sueltas las ideas, la música nos penetra como un bálsamo. Su ritmo, tan dulce y rústico, es el único lenguaje compatible con nuestro estado de espíritu. Suenan viejas melodías de trabajos colectivos, gemidos de esclavos melancolizados en canciones, tonadas de extinguidas tertulias que el acordeón ya sabe de memoria, antiguo como lo son ellas, y que salen automáticamente de los dedos habituados de Américo. Su timbre anacrónico hace resurgir cosas remotas, esfumadas en el pasado. Cerrados los ojos, los viejos se impregnan de ese olor ancestral, como se aspira el aroma a espliego de muebles antiquísimos. ¡Desde hace cuántos años el acordeón de Américo distrae las veladas de la hacienda con su voz gangosa! Cada música se aferra a una época o recuerda a un muerto amado; antiguas tertulias alegres, tiempos de angustia, todo revive, grabado en los acordes dolientes, rehaciendo la historia de los días idos.

Yo hallaba encanto en verlos a los tres, tan absorbidos, inhalando aquella reviviscencia del pasado. También la música influía sobre mí, pero mi sueño no era el sueño de ellos; buscaba sentir el reflejo de sus cavilaciones, injertarme en sus pensamientos, como partícipe de ellos. No es que tras de mí no quedaran veintitantos años de acervo propio de recuerdos; pero solo el pasado de los otros me parece interesante. El mío es una serie de fragmentos desconectados, un pasar de siluetas vagas, y tiene el sello preponderante de las sensaciones desagradables; una mala novela truncada, sin interés, de la que de buen grado me desharía si pudiera borrarla de los repliegues del alma donde, por mal de mis pecados, se tatuó de forma inapagable. Me aplasta la

predominancia de los malos momentos sufridos; mi pasado se me figura una lista de miserias cuyo crujir, cuando lo evoco, late siempre actual. No sé qué malévolo imán constituye el núcleo de mi alma, que solo atrae, como limalla inservible, impresiones con sabor a hiel y llanto.

Y, al lado de esa, otras penurias. Sé de personas que, de una excursión pequeña, hacen una narrativa larga, viendo en ínfimos nadas peripecias atractivas. Creo que lo que nos hace la vida interesante es sorberla con el apetito ávido de todas las curiosidades, el cual, en torno a incidentes mínimos, multiplica tentáculos de pulpo, así como en la mesa colabora el apetito en el sabor de los manjares. He viajado mucho; pero en tanto correr tierras no recogí una anécdota, una observación rara, como se desprende en un jardín el tallo de una flor. Todo me llena el alma de tedio y me abre la boca en bostezos. Soy, tal vez, un aborto del alma, inviable para la vida normal. Es por eso que sinceramente envidio a los que saben o pueden vivir. ¡Oh, las simples criaturas, cuyas almas se entreabren como corolas para acoger el rocío de los efluvios del pasado! ¡Qué libro interesante no hojean al ritmo del acordeón ronco que hace tantos años les acuna las veladas!

Y la noche se prolonga en esa beatitud sin fin —mis amigos, puro recuerdos; yo, vampiro de nueva especie, revoloteando por su melancolía.

Encarrujado en su percha, el loro duerme, con el pico anidado en las plumas de la espalda.

Esta sección es sumamente divertida, **señor**, pues nos muestra el suplicio del Dr. Félix, un hombre de letras y leyes, enfrentado a la ruda realidad de montar a caballo por primera vez.

Aquí tiene la traducción para su **Archivo Hispánico**:

A caballo

Trabajo hasta el cuello. Es una inundación de expedientes. Esta atmósfera de peticiones y alegatos me produce, como el estancamiento habitual, un efecto desalentador. Las impertinencias de los abogados, lejos de picar mi orgullo, me quitan hasta el valor de levantar la pluma empolvada de mi mesa de trabajo. Y ya escucho a mi alrededor un runrún de descontento que turba mi *farniente*. Necesito huir, cobrar un poco de vitalidad para enfrentar con valentía a los disgustados. En mi cabeza suena como un refrán incansable una frase del viejo Próspero: "¡El jueves, sin falta! El jueves...". Y como hoy es jueves, junto resolución para zarpar hacia Córrego Fundo.

Cierro mi nido de solterón y salgo. Las nubes se amontonan como algodón disperso en el cielo. Como ha llovido, camino con esfuerzo por el suelo fangoso. Mis botas rurales producen borborigmos en el lodo pegajoso. Me detengo frente a una cerca, observando una mata de orejas de elefante frondosas, consteladas de perlas de agua. A intervalos, una gotita corre sobre las

grandes hojas y se pierde como una estrella fugaz —un trazo de plata y desapareció—. Muchas van a engrosar otras perlas que vacilan tambaleantes, límpidas, en la superficie glauca.

Me desprendo de esa vista y continúo, medio arrepentido, mi camino. ¡Pésimo día para una excursión! El trabajo abandonado, el lodazal extenso, lluvia por la tarde, probablemente... Mis pensamientos me tiran hacia atrás, pero las piernas, instintivamente, avanzan.

Hoy no hay cigarras. Probablemente tiritan bajo el abrigo de una hoja, sin sentirse con vena para la música aturdidora. Reflexionan, tal vez, sobre el caso de la hormiga. ¡Mala cosa la imprevisión! Ahora que el sol no las embriaga, filosofan, hacen examen de conciencia y juran tomar un rumbo más sensato. Pero en cuanto reluzca el primer rayo de oro, las tontuelas, olvidadas de sus protestas, se entregarán todas a la luz y al cielo, en una generalizada orquestación sonora, un desplante de arte frente a la labor utilitaria de las hormigas.

Se suceden los conocidos hitos de mi ruta: el árbol de flores lustrosas, cargado de púrpura, alfombrando el suelo de pétalos caídos; la portera, fría, bajo el arco de las ramas encontradas; la curva del río, el campo sembrado de termiteros... Por fin, la hacienda. Mordisqueando la hierba del patio, un animal, ya con los arreos puestos, espera a alguien.

—¡Eh, de la casa!

Vienen los viejos, viene Américo.

—¡Aquí está el hombre! —exclama Próspero—. ¿Ya tomó café? Entonces no lo invito a entrar. ¡A caballo! —¡¿Qué es esto?! —me espanté. —Pues hoy es jueves, ¿no se acuerda? Los peces ya están saltando en la cascada. El doctor sabe el rumbo, es solo andar. Nada de perezas. Hoy estoy dispuesto incluso a montarlo a la fuerza en el animal.

Pedí, objeté, me resistí; todo fue en vano. Me vi, sin apelación, horcajado sobre el cuadrúpedo. Supliqué todavía, casi lacrimoso, pero una palmada en el anca de la montura cortó de raíz mis últimas esperanzas, despachándola en un trote acelerado. Henos aquí en jornada. ¡Miserable de mí! Mi espíritu, desdoblándose, se apiadaba de la misérrima víctima que la cabalgadura sacudía en un trote duro. Desde lejos me gritó Próspero que hiciera esto o aquello para suavizar el paso. No entendí bien, ni me esforcé por entenderlo, debido a mi pereza para asimilar nuevos conocimientos —de lo que después me arrepentí—. Me convencí ese día de que siempre es bueno saber. Primero, caí en un estado de resignación acomodaticia. Mi *yo* que sufría, viendo al otro *yo* dolerse evangélicamente de su suerte, asumió una actitud de mártir, para que el otro llorara más condolencias. Decía el primero:

—¿Ves cómo me compongo? El trote me sacude tan duramente que en mis entrañas hay una confusa mezcla y choque de vísceras. El estómago choca con el hígado, el corazón se atraca con las tripas y en los vericuetos de los intestinos hay un enmarañado laberinto. ¡Soy un infeliz! Y no me quejo. Sé conformarme.

A lo que el *otro* respondía: —¡Pobre amigo! Su paciencia raya en lo grandioso. He aquí uno de esos casos de heroísmo oscuro, pero no por ello menos meritorio, que la fama no celebra. ¡Continúe sufriendo paciente, buen amigo!

Algún tiempo después, los consuelos del *otro* me parecieron insulsos y mi estoicismo infructuoso. Entonces fundí a los dos personajes y busqué recordar los consejos del viejo, gritados al partir. Pero nada me venía a la mente. Había tenido pereza de escuchar. Y esos conocimientos ahora me serían útiles para lograr la reversibilidad del trote en una cadencia más aceptable. Según parece, los bichos de esta especie conocen varias maneras de andar, elegibles *a la carta*. Me faltaba solamente un medio de comunicación. ¡Era el diablo! Busqué, entonces, recursos en mi caja de ideas. Era hombre de luces, tenía la obligación de saber. Revolví el moho de mis viejos estudios, evoqué el capítulo de los paquidermos, pedí auxilio a la historia de los caballos célebres: ¡nada que me valiera en aquella coyuntura! Ni el viejo bagaje de humanidades caballares, ni Incitatus, ni Rocinante, ni el caballo blanco de Bonaparte me dieron un rastro de clarividencia. Por fin, la Lógica refulgió con soberana luz, recordándome que hay inducciones, deducciones, experiencias y contra-experiencias para arrancar las verdades de su pozo oscuro. ¡Era eso! ¡El método experimental! Así daría con la receta del viejo.

Sometí a la acémila a una porción de maniobras. Di rienda, tiré de la rienda, frené de golpe y con amabilidad, le toqué las orejas, le di taconazos en los flancos con las botas. ¡Nada! Mis vísceras, a gritos, pedían urgencia. Redoblé los recursos, combinándolos, alternándolos, y más allá habría llegado si el animal no hubiera decidido de pronto reaccionar, intentando escupirme de la silla y amenazando con ponerse en dos patas. Me convencí ese día de que los experimentos *in anima vili* tienen sus bemoles. Me apresuré a suavizarlo:

—¿Qué es esto? Cálmese, que el caso no es para tanto. ¡Lleguemos a un acuerdo, criatura! Soy hombre pacífico y razonable; aceptaré condiciones.

Se hizo el acuerdo tácito. La montura volvió a andar en cuatro patas, con la cláusula de quedarme yo lo más quieto posible. En compensación, buscó variar lo más posible el menú. A veces abría un galope suave, dándole a mi cuerpo un agradable balanceo; otras, me servía el trote de mala muerte, mechado con un horrible picadillo sacudido; por fin, cayó en un paso perezoso, melancólico, que parecía sentenciar:

—La vida es triste. ¿Para qué las prisas, si al cabo de todo está siempre la muerte? Unos montan, otros son montados; uno corre, otro camina, pero al final la dentadura de la parca nos muerde a todos.

Aquel andar me decía cosas. Yo me edificaba, traduciendo su compás significativo. Cuando me sentí saturado de filosofía caballuna, eché un vistazo a los alrededores. Campo, campo, campo... Monotonía exacerbante. Al margen de la carretera, la misma maleza tullida de hierba mora, de verbena de espiga negra y florecillas púrpuras, gordolobos velludos, manojos de carqueja. Los termiteros asomaban por doquier, como una forunculosis de la tierra. En las lomas, la eterna

cresta de arbustos, bordeando valles ocultos. Era aburrido y vulgar. Como los grandes artistas, no siempre el paisaje tiene genio.

Y así corría el viaje. ¡Cuánto cuesta a veces vivir la largura del día, cuya lentitud se acentúa más cuando está marcada por el paso cansado de un caballo maltrecho!

El sentenciado Lorenzo

La vastedad de los campos sin hilos de agua me había dado sed. Divisé un rancho a la orilla del camino. Frente a la puerta, protegida por una pequeña cerca, llamé a los habitantes. En el mismo instante vi agitarse en el cuarto de la entrada, que también servía de cocina, a una mulata obesa y envejecida.

—¿Un poco de agua, por favor? Me la trajo en una vasija de calabaza, pidiendo disculpas: casa de pobres... Me deleité con la frescura nevada de la bebida. En ese momento, una voz de hombre llamó desde la huerta: —¡Frederica!

¡Frederica! Este nombre me recordó al sentenciado Lorenzo, que había matado a un hombre por celos. Aquel escombro de gente, aquellas roscas de grasa vieja con figura humana; aquella criatura había sido la fatal inspiradora del gesto homicida en el frescor de sus dieciocho años tentadores, que tuvieron la virtud de azuzar a los hombres unos contra otros, en furia de muerte, en la disputa por poseerla. ¡Qué descalabro! ¡Lo que los años se llevan de gracia y provocativos atractivos!

Y, con el vivo interés que me había causado el relato de las dos campesinas el día de la tormenta, me burbujeaban en la boca muchas preguntas sobre el encuentro con Lorenzo tras treinta años de cárcel; pero las reprimí. Seguramente había sido banal e interesante. Un par de respuestas que me diera, y se marchitaría en mi mente el romance que yo había tejido sobre el regreso del sentenciado. Era mejor no saber. Entregué la vasija, agradeciendo, y proseguí.

Fue mejor no preguntar. Porque, al final, me bastaba mi visión interior, que superaría, con seguridad, la realidad. Y evoqué la figura de Lorenzo, llegando a la casita, medio hinchado, deslumbrado por el sol al que ya no estaba habituado, arrastrando una pierna. Había pasado treinta años anticipando aquel momento. En él veía la razón de ser de su vida, el punto de convergencia de sus más queridos pensamientos. Por la ilusión de la ausencia, había mimado todo el tiempo la imagen de la mulata tal como la vio por última vez. En los primeros años esperaba con ansia la salida; lo entretenían las apelaciones, los indultos en fiestas nacionales... Cada vez era un alboroto. Se veía llegando de sorpresa; y, en la alegría del amor reanudado, causa de todo, concluía el romance de su vida.

Pero los años se escurrían, los últimos recursos fueron en vano y el perdón no llegó. Sin esperanza, se aquietaron los impulsos de su juventud sufrida, reacia entre las rejas, y comenzó a ganar una calma filosofía de conformidad. Su vida ya no era un romance con desenlace, sino una interminable biografía incolora que, cortada en cualquier punto, quedaría bien terminada, sin que se notara la discontinuidad. Frederica, aunque habitaba de ordinario en su imaginación, clavada en ella indeleblemente, ya no le aceleraba el ritmo de la sangre. La evocaba melancólico, como un bien inalcanzable, rayo de luz que rozó el desierto polar de su vida con una promesa y pronto se eclipsó esquivo. ¡Si la suerte hubiera sido otra! ¡Si no le hubieran truncado el encadenamiento de la vida! Porque la libertad era una puerta lejana, que brillaba débilmente en la niebla de la vejez, como una lucecita vacilante en la vasta sombra.

Pasaron los tiempos y él salió. Henos aquí, torpe, aturdido por el aire libre y el espacio despejado, buscando, en tierras lejanas, el paradero de la mulata. ¿Por qué lo hacía? ¿Último ansia de felicidad? ¿Atracción? ¿Monomanía de pobre diablo un poco ido de juicio? El aire libre lo oprimía, el mundo abierto e inmenso le daba vértigo. Tal vez le pasaran por la imaginación escenas de antaño y, mezcladas, las sonrisas hechiceras de unos dieciocho años turgentes de savia, redondeados en tentaciones de carne, inspiradores de la agria embriaguez que lo había arrastrado al desvarío y a la sangre. Viejas exhalaciones...

Y torpe, arrastrando la pierna, llega, al fin. El sol abrasa. Exhausto, apoya el bastón y el bulto, se limpia el sudor. ¡Qué cansancio de caminos largos! Antes de tocar, mira el cielo y los alrededores. No tiene prisa. Prende fuego, remueve la ceniza de la pipa y enciende la mecha. Escudriña otra vez los alrededores y el cielo, lanzando la primera bocanada de humo. Aún jadea. ¡Qué caminos sin fin! ¡Qué mundo inmenso! El pensamiento se le vuelve **lerdo** con las bocanadas indolentes. Flojo, se pone de cuclillas, clavando los ojos hipnotizados en una vuelta del camino que reluce de luz. Vuelve a ver la prisión, al carcelero de sonrisa amable, a los otros sentenciados. ¡Buena gente! Había sentido dejarlos. El corazón todavía se le apretaba ante esa nueva ruptura de la cadena de sus días. Iba a comenzar una tercera existencia, él que se conformaría con la embriaguez de la primera o con el tedio somnoliento de la segunda. ¡Mala cosa, el recomenzar!

Al fin, descansa en la última etapa; y, desde aquel umbral terminal, como desde una cumbre dominante, le placía mirar a lo lejos el camino andado y balancear las fatigas retrospectivas. Y, así, se queda largo tiempo. Es con esfuerzo que decide reingresar en el presente. Se levanta a duras penas y da el "¡eh de la casa!". Llegando desde el fondo, Frederica asoma a la puerta.

—Buenas tardes. —Buenas tardes.

Ella entreabre la cerca y espera, de pie, en el umbral. Él la observa en silencio. El silencio se demora. Por fin, él lo rompe: —¿Usted es Frederica? —Soy yo. —Yo soy Lorenzo.

Recae el silencio. Se observan largamente. —Pase. Frederica abre de par en par la cerca, dándole paso. —Siéntese. Le ofrece un taburete y ella se acomoda en un tronco. Continúan observándose mudamente. Ella, primero, rompe la mudez: —¿Entonces usted es Lorenzo? —Soy yo.

El sentenciado atiza el fuego de la pipa y vuelve a lanzar bocanadas. Su pensamiento también lanza bocanadas, en visiones dispersas. Era la misma necesidad de repasar, al final de la jornada, el camino hecho. Sentía una gran calma, el sedante bienestar de quien ha llegado y puede, al fin, distraerse. Pero la vida le sabía amarga. Necesitaba conformarse. ¡Lo que uno se ilusiona, secuestrado entre rejas! Aquí afuera también la rueda del tiempo no para de girar. El mundo, para seguir su curso, no espera treinta años a la liberación de un tal Lorenzo. Su pensamiento fluctuaba, de reminiscencia en reminiscencia. ¡Cosas antiguas!

Gritos de niños, en el patio, lo llamaron a la actualidad. —¿Usted vive con un hombre? —preguntó. —Con Martinho. Tengo once "familias" (hijos) de él.

La vida le sabía amarga. Había cambios. No le iban a embalsamar el pasado, inmutable, aguardando los treinta años. La rueda del tiempo giraba igual en todas partes, y en todas partes la vida alternaba sus cambiantes aspectos, en uniones y desintegraciones. Lo invadió entonces un gran cansancio.

Bamboleando a duras penas su cuerpo pesado, Frederica tomó el colador de café de la pared. El condenado seguía sus movimientos; la vio enjuagar el paño, soplar las brasas enfriadas, acomodar la cafetera en el rescoldo, después sentarse a esperar, sin desprender los ojos de las brasas, que la fascinaban.

El pensamiento de Lorenzo voló suavemente hacia la prisión. Veía al carcelero, de sonrisa amable, buen hombre. Había envejecido en la faena y el oficio no le había endurecido el corazón. Largas charlas tuvieron ambos, separados por el enrejado de la puerta. El tiempo los había hecho amigos. El señor Pedrosa, que así se llamaba, lo eximía de la limpieza pesada y le facilitaba la venta de sus artículos de trenzado, oficio aprendido en la cárcel; lo que el encarcelado intentaba compensar con pequeñas ayudas. Y a cada momento se correspondían con esos menudos obsequios que, aun impalpables e ínfimos, afianzan la amistad sin cargarla con el compromiso de obligaciones que cautivan. Era Pedrosa, por tener mejor cabeza, quien hacía el cálculo del tiempo por cumplir: "once años, diez meses y cinco días, Lorenzo...". Un calendario animado, impaciente por soltar las hojas, lanzándolas al viento al ritmo de su deseo para liberar al amigo. Después la despedida: no hubo llantos, sino una íntima agonía disfrazada de frases vulgares. "Ya sabe, aquí tiene a un servidor". "Disponga de mí, sin ceremonia". "¡Hasta pronto!".

Y ahí había comenzado la odisea del preso, la angustiosa prisa con que intentaba recoger los restos del pasado para recomponer con ellos su existencia mutilada. Primero, Frederica. Había vagado de un lado a otro recogiendo noticias. Todo vago. "Leguas más allá...". Y, subrayando esa vaguedad, las manos hacían señas suaves, significando distancias sin fin. Felizmente tenía ahorros. Con parsimonia en los gastos podría recorrer muchas tierras. Y, además, tenía piernas. Medio hinchado y tullido, el caminar mucho tal vez le destrabara las coyunturas y adelgazara su complexión. Probablemente no sería pronto; un daño de años llevaría otros tantos en deshacerse. Era también una forma de desquitarse de la clausura. Y se había lanzado con paciencia por los caminos. Aunque fuera poco, se conformaba con lo ganado en el día, siempre que significara

unas cuantas brazas más recorridas. Así se llega lejos, aunque sea arrastando un miembro inservible. ¿Acaso treinta años, infinitamente lentos, no habían pasado?

Había viajado meses, por rumbos inciertos. La obsesión de los caminos rojos, serpenteando infinitos, se le había vuelto dolorosa; era el suplicio perenne del eterno recomenzar; el reflejo de la luz le causaba encandilamientos; los malestares no mejoraban, más bien se agravaban. Todo, sin embargo, tiene su término. Había descubierto a la mulata. "¡Adiós, cansancio de caminos largos!". Y, al llegar, al secarse de la frente las gotas de sudor, era como si se despidiera de la larga mala suerte que lo había paralizado en la vida y, al dejar el bulto y el bastón, dejaba el pasado. Pero las cosas habían cambiado. Eso era lo malo.

Levantando la cabeza, lanzó hacia lo alto una lenta bocanada. —¿Martinho es buen sujeto? —Bebe, a veces. Por lo demás, no tengo queja.

En fin, la vida es la vida. Cada cual tiene su suerte, como dicen, y de la suerte de cada uno solo Dios sabe. Él es quien junta y separa, trama y destrama. Frederica parecía acomodada a su gusto. Entonces la miró mejor, analizando sus facciones. Estaba muy diferente. Y en ese punto evocó los viejos tiempos del noviazgo. La vio provocativa y rolliza, en la gracia de sus años floridos. Ella apreciaba un collar de grandes cuentas doradas que él le había dado en una fiesta. Se adornaba siempre con el sencillo aderezo, cuyo color brillante combinaba bien con su cuello de ámbar; y, cuando ella sonreía, brillaban armoniosamente su sonrisa y las cuentas. Le había robado besos de la boca rosada, que le sabía a pulpa de frutas. Cierta vez, en un abrazo, había sentido contra su pecho áspero de trabajador el suave presionar de sus pechos turgentes. La sangre le había hervido a borbotones, encendida de deseo. Era una muchacha para perder la cabeza y fue mala suerte que el **otro** viniera a codiciarla. ¡Lo que tiene que ser! Pero todo eso eran viejos casos. El pasado, pasado.

Se desconectó del recuerdo. Sin embargo, un recuerdo tira de otro. Le vino a la mente su madre, ya por aquellos tiempos viejita, lavando ropa, y sus hermanos pequeños. No había vuelto a ver a la familia ni había tenido noticias. En su memoria, sin embargo, vivía ella embalsamada, siempre la misma, en el mismo rancho, con las mismas edades y la vida enmarcada en el mismo paisaje del campo. Y le vinieron nostalgias de su madre y de sus hermanos. ¡Treinta años lejos! Y había sido ingrato, pocos pensamientos les había dedicado en ese trayecto de tiempo. Tenía ahorros; le llevaría a la viejita un poco de descanso. Tanto lavar ropa en la fuente debe doler en el brazo, más a ella, que sufría de reumatismo. Parecía que todavía la oía quejarse de las coyunturas, en frases gemidas, cuando el frío nublaba el aire, dejando una escarcha blanquecina en los campos. ¡Buena madre! ¡Le daría él lo que había ahorrado, todo, todo! No quería ni un centavo para sí. Harían una casita de tejas en el lugar del rancho viejo y vivirían juntitos.

Ya ansiaba la llegada. Pero una duda le dolió en el corazón: ¡treinta años!

—Usted, tome café. Frederica le ofreció un tazón humeante. Para ella sirvió en otra vasija. Bebieron. Se escuchaba en el silencio el tragar pausado de los sorbos. De lejos venía el griterío de los niños, charlando. Lorenzo dejó el tazón y volvió a encender la pipa.

¡Treinta años! Los hermanos pequeñitos, que veía como una banda traviesa sacudiendo árboles, ya eran hombres maduros. Tal vez ni todos estuvieran vivos. Y la pobre madre, que había dejado con los cabellos volviéndose algodón por la vejez... Pero donde quiera que hubiera harapos del pasado, correspondía ir a recogerlos, en romería piadosa, para ver si de aquel acervo disperso reconstruiría un simulacro de vida. Le era ajeno aquel hogar donde pensó descansar, apenas sufriendo en retrospecto mental los cansancios sentidos; en él no podía refugiarse. Era expulsado de allí como lo había sido de la prisión, en cuyo vegetar hallaba más suavidad que en aquel viajar sin paradero. Era necesario seguir adelante. Intentó entrever los días venideros. Le brilló otra vez en la imaginación, con un fulgor dulce, la casita materna. La vieja, los hermanitos... Pero el fulgor se descoloró. ¡Tantos años de por medio! Lo invadió de nuevo un tedio infinito. La vida le pesaba.

Correspondía, sin embargo, partir. Se levantó penosamente. —Entonces, adiós. —Adiós, Lorenzo.

A duras penas movió la pierna enferma, buscando la puerta. La hinchazón, agravándose, lo oprimía. Era un malestar, un silbido en el pecho... En el umbral, protegiéndose la vista, escudriñó el camino, observando concentradamente, como si sondeara el futuro. Lejanías infinitas, sol escaldante, el impreciso más allá...

—Adiós —repitió. —Adiós, Lorenzo.

Guardó la pipa, retomó el bulto y el bastón, y se alejó, torpe, paciente, remolcando a duras penas la pierna enferma, como un barco desarbolado, sin rumbo, a la deriva...

Crescite et multiplicamini

A las nueve de la mañana sentí hambre. Fue cuando me acercaba a la hacienda Paineira, del señor Quim Capitán. Conocía vagamente al viejo, que vivía postrado por la ciática. "Buen lugar para almorzar", pensé. "Y para descansar también, pues la cascada aún dista unos tres cuartos de legua".

La hacienda era un caserón achatado, con capacidad para alojar a un cuerpo de ejército. La rodeaban cultivos abandonados que se estaban volviendo monte. Se oía el chapoteo del agua al caer y el rumor de un molino trabajando.

Al rechinar la portera del corral, salió apurado de la casa, a mi encuentro, un hombre con un ojo huero. Supe después que se llamaba Sontonho.

—¿Vino a buscar el salvado de Totó? —me gritó él, a pleno pulmón, parado a medio paso de distancia. —No, señor; yo... —¿Usted es entonces el peón de Zaeca? —insistió de igual manera, estirando el cuello para reconocerme. —¡Tampoco! Yo...

En ese punto me divisó la corbata y el cuello de la camisa, y dijo, descubriéndose la cabeza: —Perdone, señor, es que veo poco. ¿Vino a buscar salvado? —¡No! Deseaba apenas, si no es molestia, descansar un poco y almorzar, si fuera posible. —¡Claro que ha de ser posible! ¿Una cuarta nada más? —Como le decía, no vine precisamente a eso...

Ahí Sontonho puso la mano como bocina y me rugió en el oído: —¿Medio almud?

Solté la rienda y huí hacia el frente de la hacienda. —¿Trajo saco? —gritó todavía él, al oído del caballo. No sé cómo terminó el diálogo, que fue largo a juzgar por los gritos que sonaban por los lados de la portera.

Toqué y me introdujeron en el cuarto del viejo. El señor Quim Capitán se recostó en la almohada para conversar. Estaba flaquísimo, de ojos hundidos, con las piernas como palillos, dibujándosele la osamenta accidentada bajo la colcha de retazos. Un escapulario grasiento se anidaba entre los pelos de su pecho descarnado, y su cabellera blanca erizada le daba aires de un Jehová en furia lanzando maldiciones.

Después de que me identificó y reconoció, pidió noticias de la gente de Córrego Fundo y de la ciudad. Quiso saber de la guerra, de la crisis, y se asombraba de todo como si la hacienda fuese una isla desierta y él, un Robinson Crusoe. Se detenía, a veces, en una mueca de dolor y se contorsionaba en el catre, donde sus huesos secos crujían como varas de un fardo mal atado. Después, calmado de súbito, pedía disculpas por la pausa y recomenzaba la "averiguación". Me hacía repetir las cosas dos, tres veces y dar explicaciones minuciosas de todo. Era tal su ansia de saber e inquirir, y tanto su deleite con las noticias recibidas, que por momentos olvidaba los retortijones de sus nervios gritones.

Me sacaron de su cuarto para el almuerzo. —¡Quédese aquí hoy! —dijo él—. Viroca, manda a las niñas a desensillar el animal.

Las "niñas" eran tres hijas tontas, cubiertas de harapos y con restos de faldas hasta las rodillas. A pesar de mis protestas, las tres pasaron al corral.

El almuerzo ya humeaba en grandes soperas claras, altas como monumentos, en la mesa de la galería. Me asombraba tanta comida en una casa aparentemente despoblada, cuando empezaron a concurrir, de todos los aposentos, los numerosos miembros de la familia. Eran unos hombres barbudos, de mirada lela, todavía legañosos de sueño y de andar desconoyuntado; y eran figuras de mujeres corpulentas, más o menos matronas, con aire ajetreado de gallinas culecas cuidando a sus pollitos. No había brazo sin cría. Los vientres se les redondeaban en competencia de fetos; la primera empinaba el ombligo, ya en los nueve meses; en la segunda corcoveaba el hijo ya viable; y, en todas, las prominencias más o menos acentuadas señalaban las varias fases de la gestación. Ante esa vista, a uno se le figuraba estar en la matriz inicial del orbe terrestre, punto de difusión de las razas.

Saludé a todos y a todas, aturdido por tanta cara nueva. Solo más tarde logré etiquetar a cada uno con un nombre y desenredar el mezclado parentesco. Había allí un Tavico, una Zoca, Bié, Biella,

Carrinho, Viroca, Bastián, Tintina, Cocota... Apareció también Sontonho, el del ojo huero, que se mostró muy amigo mío y me invitó a sentarme a su lado. —El salvado está listo —me avisó.

Las tres tontas, de vuelta del corral, pasaron al fondo cargando los arreos. Esas servían, almorzando después en la cocina.

El banquete fue suculento y el apetito pantagruélico generalizado de los comensales me contagiaba un hambre que rayaba en la desesperación. Se comía mucho y de prisa. Las tres tontas, atolondradas, nunca sabían bien a quién atender primero; y si no servían rápido, caía una granizada de epítetos: —¡Oye, tonta, la cacerola de la fritura! —¡Qué pasmada! ¡Hace cuánto te estoy pidiendo el guiso!

Era increíble lo que aquellas bocas, enormes como cavernas, se embaulaban de alimento. Los hombres no bromeaban, atentos a las soperas y vigilándose de reojo, listos para la ofensiva en caso de que alguien saqueara algún bocado precioso. Si alguien iba a trocear un pollo, las quijadas dejaban de masticar y los ojos convergían terribles hacia la fuente para fiscalizar al operador; repartida el ave en porciones equitativas, recomenzaba en torno a la mesa el masticar interrumpido.

Cruzados los cubiertos tras las repeticiones de estilo, a cada uno se le sirvió un platazo de leche con polenta; al final me chupé los bigotes, como los demás, para aclimatarme a las nuevas costumbres. Siguió café con bollitos. Y yo ya estaba tan bien asimilado a aquella compañía que enseguida desvié, como todos, una mirada inquisidora hacia la cocina, a ver si asomaba algo más. Tras una espera razonable, convencidos de que la comida había terminado, cada uno de nosotros se apoderó de algunos puñados de los bollitos sobrantes y nos dispersamos. Los varones, hartos y flojos, se retiraban, en su mayoría, a sus aposentos.

Por descargo de conciencia, fui a espiar a mi animal. Al verlo desensillado y comiendo maíz, me invadió un gran desánimo de continuar el viaje. —No tiene nada que mirar al caballo —me dijo Doña Viroca, que me observaba—; papá ya dijo que hoy usted se queda aquí. —¡Imposible, señora!

Le demostré por mil razones, a cual más convincente, que me urgía seguir mi viaje; primera: era juez y no estaba en vacaciones; segunda: venía en un animal ajeno que debía devolver por la tarde; tercera... cuarta... milésima...

Ella se calló, convencida, después de oponerse mucho y muy amablemente; yo, sin embargo, había cedido apenas a la manía de los argumentos, pues estaba inclinado a pernoctar en aquella mansión que me sentaba tan bien; por eso, fue con asombro que ella me oyó pedir unas pantuflas cuando esperaba agradecimientos y despedida. Ordené a las tres mudas que me prepararan un baño con salmuera, solicité un traje de lino de Totoca y una camisa sin almidón de Sontonho y me desparramé, por fin, regaladamente, en el sofá de la sala de comedor. Me extrañó solamente que apenas me dieran por compañía a tres perrazos de colmillos brillantes: Nemrod, Piquete y Danubio, cuyas buenas gracias conquisté con un puñado de los bollitos guardados que yo había

tenido el cuidado de pasar a los bolsos del traje de lino. Extrañé, pero después comprendí que había allí hábitos arraigados que tolerar y respetar.

—¿Por qué no va al cuarto de papá a conversar un rato? —me dijo Doña Biella al pasar. Le respondí que estaba bien y me dejé estar. Y las horas corrían en esa dulce inacción. Cuando el silencio me pesaba, retenía a mi lado al primero que pasara por la sala y le hacía preguntas, indagando sobre el personal y el parentesco, pidiendo pormenores, como contagiado por la inextinguible curiosidad del viejo paralítico, yo, que siempre busqué desinteresarme de lo que pasa en este planeta tan poco interesante. Tal vez el trote del caballo me había enseñado de una vez por todas a no descuidar las pequeñas cosas que conviene saber y a saturarme de la ciencia de las insignificancias importantes.

Y solo entonces empezó a hacerse la luz en mi espíritu sobre la intrincada genealogía de la hacienda. Aprendí que el señor Quim Capitán era padre de Carrinho, casado con Sanninha. Estos engendraron a Tavico, casado con Tintina, la de los ojos lagañosos. Carrinho, hijo de Quim y padre de Tavico, había tenido hacienda y tierras. Cuando se casó Tavico, le puso un negocio de víveres en la ciudad. En dos meses la pareja se comió la mercancía y el hijo se llevó a la mujer al campo, donde iba a "ayudar" al padre. Allí él y Tintina engendraron un montón de hijos e hijas. En la hacienda paterna ya estaban otros hijos "ayudando" a Carrinho. El eufemismo encubría el desempleo y daba un refugio para enfrentar con la frente en alto a los criticones. En pocos años, todos en sociedad se comieron la hacienda y las tierras, y se fueron a Paineira a "hacer compañía" al viejo postrado. Al llegar allí el sistema solar de Carrinho, compuesto por sol, planetas y satélites, ya encontraron en la hacienda otros sistemas solares, que todos giraban en torno al señor Quim, que era una especie de punto fijo de ese nuevo universo. Tal unión resultaba edificante y llevaba a los hacendados de los alrededores a exclamar, señalándolos como ejemplo: —¡Familia unida como la del señor Quim, nunca he visto!

Había, sí, armonía y el mutuo deseo de prestar servicios. Si allí estaba la familia de Cocota, era para que esta le hiciera compañía a la tía Tuda, cerca del parto; cuando Tuda "se aliviara", cuidaría a Cocota, que también estaba muy "pesada"; y, libres las dos, no podían desamparar a Biella, que ya tenía náuseas y mareos; y en ese vaivén de panzas iba pasando el tiempo.

A pesar de tanta compañía, se marchitaba en la soledad de su cuarto el venerado tronco de aquella proliferación copiosa. Desde allí mismo, sostén sólido de la hacienda, administraba los pastizales de alquiler, principal fuente de ingresos. Su brazo derecho eran las tres tontas, "guerreras" para el trabajo; trinidad inseparable, iban todo el día, simétricas, a la faena; rozaban, plantaban; y además cocinaban y lavaban, con sus tres pares de piernas siempre a la vista bajo los harapos de las faldas. El brazo izquierdo era Sontonho, el del ojo huero, que cuidaba el salvado con una dedicación sin igual; impaciente, en un frenesí de manía, vivía de la casa al molino y del molino a la casa, un poco desperdiciadamente, pues sus sentidos averiados lo hacían caminar un poco más de lo estrictamente necesario; tanto era así que, en cuanto un animal empujaba la puerta del corral, allá salía él con la llave del molino en la mano, muy apurado,

preguntando: —¿Es por lo del salvado? ¿Trajo saco? Y, sin atender más ni esperar respuesta, se encaminaba diligentemente hacia el aparato.

Con excepción de Bié, el de barba larga, frases sentenciosas y músculos de madera, que pasaba los días en el patio haciendo carritos para los niños, los otros varones se reservaban para la reproducción de la especie, tarea de más noble alcance. Vivían en los cuartos, rendidos por la faena de procrear, descansando sus órganos trabajados en interminables siestas reparadoras. Apenas dejaban, soñolientos, los lechos prolíficos a la hora de las comidas.

Esa inercia general me iba ganando, de suerte que yo no dejaba el sofá de la sala de comedor, el cual, por la noche, me servía de lecho. Aquella atmósfera de lánguida despreocupación se me antojaba como el bien supremo y único modo de vida razonable. ¿Cuántos días encallé allí, como Aníbal en Capua, integrado en la familia del señor Quim Capitán en calidad de satélite suelto? Ni lo sé. En ciertas disposiciones de ánimo, el tiempo se devuelve unido, como una sombra que pasa lentamente y sin fin, sin reparticiones de días y de noches. No era, sin embargo, totalmente feliz; me agobiaba el vago desgaste de un Adán solitario que bosteza en medio de la perfección de su Paraíso, sintiendo que le pesan varias costillas sobrantes.

En mi sofá, saboreaba el silencio y la penumbra del amplio salón de comedor. Las mujeres se atropellaban a lo lejos, en la cocina, inventando manjares; de allí venía un lejano chisporroteo de ollas, risotadas, exclamaciones joviales. En percheros de madera empotrados en los marcos de las puertas, con los cañones hacia lo alto, colgaban escopetas sujetas por las correas y cornetas retorcidas que sonorizaban el silencio con recuerdos de cacerías. El alto reloj secular contaba los segundos, y de tiempo en tiempo daba con sonido nasal horas flojas. Y, en aquella estancación de sombra y mudez, producía ecos sonoros la tos del viejo, al fondo, o la carrera de alguno de los perrazos de guardia, únicas almas vivas que a ratos la animaban y que, en busca de la cocina donde iban a mendigar las sobras, tardaban siglos en cruzar el gran salón, desesperando a uno de verlos llegar al final de la inmensa estancia. A intervalos, un alegre alboroto: son los manjares que vienen en bandejas y fuentes: —"Señor doctor, ¿gusta? ¿Palomitas, señor doctor?".

Y a veces maíz o batatas asadas, o tajadas de calabaza. Tomo con ambas manos mi ración, ya despertado por el apetito; y enseguida la banda se desparrama por los cuartos, donde los machos, atolondrados, obtienen con los bocadillos un precioso reconforto para su sustancia fatigada.

Y los días eran todos así de parecidos...

La cascada

Mientras reino sobre mi sofá como único e indisputable señor, la vida me parece amable; pero el viejo empeoró y el curandero que lo trata vino a instalarse a mi lado, huyendo del enfermo, cuya charla interrogativa no se compadece con su vena filosófica. Si mi vecino fuera un ser

inofensivo, podría tolerarlo; pero el hombre habla, habla, habla... Intento distraerme; en una fuga de atención analizo su cabecita pelirroja de hormiga y calculo trigonométricamente la prominencia de su nariz puntiaguda; mi atención, sin embargo, resbala hacia su perorata ininterrumpida y heme aquí de nuevo escuchándolo:

—Es como le digo —soy entrometido por puro curioso y por querer saber cosas que no me incumben. Soy fabricante de cedazos, de morteros, de cucharas de madera y de bandejas, y debería quedarme solo en eso, porque es como dicen: "El que es mano no es pie" y "el que nació para perro ha de morir ladrando". Pues yo, usted sabe, no tuve estudios de ningún tipo; lo poquito que aprendí fue escuchando aquí y allá y conversando con los que saben, que yo, bendito sea Dios, sé ponerme en mi lugar. A veces soy poeta y me gusta interrogar a los médicos; fue así que, pidiéndole una explicación a uno de ellos, de lo que me dijo comprendí que la saliva es la grasa del estómago. Escupir es un vicio. Vea a los animales, que no escupen. A medida que la saliva va brotando en la boca, uno debe tragarla, porque así se va desarrollando hacia adentro y no hace falta para la digestión. Creo que es por eso que mi estómago es bueno. Lo que caiga dentro de él, pasa. Como de todo. Solo no me gusta la caza "de rabo" (armadillos), porque es pariente del perro. Y como siempre que mi estómago me lo pide. Es una comparación: un molino, si tiene maíz en la tolva, va moliendo; si no tiene, se estropea. Así también el estómago: es preciso tener en él siempre alguna cosita para que no trabaje en seco.

Asentí a la misma opinión y mi interlocutor prosiguió:

—Soy cedacero y labro madera, pero ya no tengo tiempo para el oficio; son muchos los enfermos y vivo de casa en casa. Hace poco nada más... hace poco nada más...

Vino esta repetición porque empecé a abstraerme en otras cosas y el hombre lo notó. Con el segundo "hace poco nada más" él exigía que me fijara en su exposición. Me concentré en escucharlo y él continuó:

—Hace poco nada más vengo de atrás de la sierra, donde fui a ver a un compadre con una infección de larva; y di la vuelta por el Ingenio, por causa de un pinchazo de pez gato en la mano de Zé Vicente. Ahí tiene dos enfermedades que parecen de nada y amenazan con llevarse a los pacientes. Confío más en el señor Quim Capitán, que no es hombre de andar entregando el alma así de fácil. Ese es de los antiguos, la vida en él está más agarrada. Porque hoy, señor doctor, con el descubrimiento de esos vapores y esos automóviles, uno anda más de prisa, pero también vive más de prisa. Todo llega más temprano, hasta la muerte. En mi tiempo, los niños empezaban a dentar después de un año; hoy, a los cinco o seis meses... Antiguamente las criaturitas nacían con los ojos cerrados, como perritos; solo los abrían al cabo de ocho días; hoy todo nace con los ojos pelados y despierto, como si ya entendieran las cosas. El señor Quim es duro, no se va así de un tirón. Si me hiciera caso, yo lo pondría bueno, porque enfermedad que entra con el frío se cura por el sistema antiguo, con tártaro en hoja de naranja; si el estómago no lo acepta, se le pone una llave en la mano para no vomitar; al día siguiente, sangría, para que la fuerza de la enfermedad salga; después, cualquier cordial lo cura. En fin... en fin...

Frenó de nuevo mi atención errante, prosiguiendo:

—En fin, si hace bien o mal no siguiendo mis consejos, solo Dios sabe, porque todo en este mundo es el destino. Yo, en mi entender, señor doctor, creo que Dios creó el mundo con todo lo necesario para nosotros, y le dio a cada uno un destino. Vea, en una comparación, una gata que acaba de parir. Las tetitas son una cosa de nada, unas verruguitas que a uno le cuesta ver. Si dan, cada una, media cucharada de leche al día, es mucho. Sin embargo, los gaticos, cuando nacen, la madre se queda acostada y ellos van hurgando en el pelo de la gata hasta dar con las verruguitas. Durante dos meses solo viven de esa miseria de leche. Y aun así se ponen gordos y lustrosos. ¿Qué es eso? Es el destino. En otra comparación... en otra comparación, señor doctor...

—¡Ensillan ya mi caballo! —ordené a las tres mudas que pasaban.

Ensillado el animal, me despedí, monté y hui. Y fue así como en un día de sol se rompió el encanto y pude despegarme de aquella deleitosa mansión.

¡Rumbo a la cascada! Temí recomenzar experimentos para poner al animal en un paso aceptable; por su lado, también temeroso, él me ofreció el acuerdo de un galope suave que, jubiloso, acepté.

Matorrales de arbustos torcidos bordeaban ahora el camino, intercalados con ásperas matas de fruta de lobo. Si no temiera molestar a la montura, me apearía para recoger frutillas del campo que perfumaban invitadoras la orilla del camino. El suelo arenoso y en declive apenas había retenido el agua caída en los últimos días, que transcurrieron bajo una lluvia pertinaz. La brisa era fresca y el sol, dulce; y, contrastando con la penumbra de mi prolongado encierro, la naturaleza me sonreía con la mejor de sus sonrisas.

Aquí y allá se asomaban curvas del río, que arrastraba aguas lodosas. En sus márgenes, la bajante había multiplicado playas tranquilas que centelleaban al sol. Ya audible, el rumor de la cascada cobraba cuerpo a cada paso; era una cortina de sonidos que se elevaba en un rincón del horizonte y que, en poco tiempo, extendiéndose, ganaba todo el circuito del paisaje con un estruendo compacto.

Me meto por un sendero que se desprende del camino, directo a la cascada. Me cruzo con peatones que ya vuelven, con sacos y canastas atestados de peces. Conversan gritando como sordos para hacerse oír. Diviso por fin, apretados entre paredones de roca, los rollos de agua despeñándose. Son los escalones en los que la corriente se agita, azotando el lecho como una serpiente enfurecida que encrespa su cola nerviosa. Mucha gente: hombres desnudos, o con taparrabos, o solo de pantalones, provistos de toda suerte de utensilios de pesca u otros objetos adaptados momentáneamente para ese uso: cestos o coladores en la punta de cañas de bambú, paraguas, canastos sostenidos con las manos, cedazos, redes ondeantes como banderas en el extremo de varas largas.

La corriente se vuelca en flujos y reflujos. Cuando pasa la oleada, saltan los peces en cada pozo, innumerables, proyectándose al aire, lanzando chispas de plata desde sus cuerpos retorcidos, nerviosamente enrollados y vibrantes. Y todos aquellos aparatos buscan atraparlos en el salto. Si

crece el rollo líquido, el pez se aquieta un momento, esperando que pase, para, en cada saliente, entre el hervor de los borbotones tumultuosos, recomenzar su salto incesante, que el campesino compara con palomitas de maíz reventando. Bajo la cascada, donde el caudal se remansa y retoma la majestad de su curso lento, el agua es turbia, casi negra; y, a la mirada que escudriña la profundidad, esa negrura se revela hecha de cardúmenes de dorsos oscuros que hierven, evolucionando procesionalmente en el fondo de los remansos, esperando su turno para saltar. Recuerdan a un desfile de hormigas, franjas migratorias de langostas pasando innumerables. Lateralmente derivan hilos escasos, delgadas cintas que trazan sinuosidades en el lajado, haciendo escala en pozas cavadas en la roca. Esos hilos que apenas humedecen la piedra son el camino de los peces ínfimos, de embriones de menos de una pulgada, que suben, miniaturas de peces por aquellas miniaturas de río. En las pozas pululan a millares, negreando en espirales —un simulacro de nebulosas movedizas que son, en vez de un hormigueo de astros, un hervidero de gérmenes—. Suben como gusanos, reptando y a pequeños tirones; y, en las pausas del agua que detienen los exiguos manantiales, se adhieren al limo, expectantes, con formas pegajosas de sanguijuelas.

Por todas partes es la obsesión del pez. El ambiente apesta a pescado podrido. Al caminar, los pies patinan en un lodo viscoso de peces aplastados. En las manos, en las vasijas, en montones en la orilla, está la contorsión epiléptica de formas plateadas. Solo se ve pescado y solo se piensa en pescado. Es la lucha sin tregua declarada a los pobres viajeros. Donde el hombre los olvida, los cazan las aves y un sinnúmero de parásitos del río.

—Puede ser bello —masqué—, pero monótono y repetitivo como una descripción de Zola. Habiendo satisfecho una vieja curiosidad, heme aquí harto, con la saciedad de lo poseído. Esto me confirma mi cómoda filosofía...

Está visto. Ahora, rumbo a la ciudad. Ya disminuye a lo lejos el fragor de la cascada. Desobstruidos de aquel sonido y de aquella vista, mis sentidos se dejan impregnar por la suavidad de la hora. Es un día precioso, tocado discretamente de oro y empapado del perfume del arbusto blanco, cuyos capullos huelen en las orillas del camino. Mi animal trota inteligentemente. Ya diviso, desparramada e inmensa, la hacienda Paineira, que dormita en el silencio de los vastos campos, ajena a la vida, en un interminable coma de gestación.

Cuando paso frente al corral, oigo gritos y la portera rechina, dando paso a alguien que ese día vio de más. Es Sontonho, el del ojo huero, con dos sacos en la mano.

—¡Señor doctor Félix! —grita estentóreamente. Tuve un escalofrío de terror. ¡Si la tentación me vencía y me olvidaba de nuevo allí otra temporada! Endurecí mi voluntad con la evocación del curandero terrorífico. —¡Pues el salvado, doctor Félix! ¡Casi se va sin él! —¡Vaya, Sontonho! No es necesario... ¡Hasta otro día!

Piqué espuelas, o mejor dicho, talones, intentando huir; pero, implacable, mi amigo sujetó firmemente el freno. —En este saco —dijo y señaló— está su encargo: medio almud; en este otro, medio más que le doy como recuerdo de amistad; porque no es por estar presente, pero

usted me cayó muy bien. —Gracias, Sontonho... ¡Pero qué diablos! No voy a llevar esto conmigo. —Lo puse en dos sacos para hacer una alforja —explicó la criatura.

Y, a pesar de mi resistencia, después de atar las bocas de los sacos una con la otra, los atravesó sobre la cabecera de la montura. —Entonces, como no quiere bajarse, buen viaje —dijo él. —Adiós, Sontonho.

Y, dando talones, me alejé precipitadamente. Ahora el viaje ya no me corría tan bien. Sintiendo el aumento de peso, el animal protestaba, sacudiéndome con un trote duro y amenazándome con varias acrobacias. Yo lo dejaba ir, encogiéndome en la silla para evitar movimientos que irritaran al bucéfalo. Lo que no paraba eran los sacos. Sacudidos de aquí para allá, me golpeaban rítmicamente las rodillas, empolvando de blanco mis pantalones. Tuve la idea de dejarlos a la orilla del camino; pero temí consecuencias imprevistas, dado el carácter incierto y fogoso de la montura. Me pareció mejor aceptar el fatalismo. El viaje, con aquellos sacos, ya estaba sin duda previsto en mi página del Libro del Destino. Sin embargo, ¡si me veían así acarreando salvado, yo, el juez municipal del distrito!, temí.

¡Vaya si me vieron! Empecé a cruzarme con gente de la ciudad. El médico, acudiendo a un llamado. Los hermanos Faria. La familia Gonçalves. La familia Guimarães. ¡Diablos! Todo el poblado se trasladaba ese día a otra parte. Se me cruzó el alguacil, un abogado. ¡Santo Dios! Dos familias más... Ahora el interminable cortejo de una boda: un jinete, dos, tres, veinte, treinta... ¡Santa Bárbara!

Unos me saludaban, todos me observaban de reojo, la mayor parte se reía por lo bajo, secreteando entre sí quién sabe qué cosa. La cara, encendida, me ardía. Sudaba. Y con el sudor el cuerpo me picaba, dándome una comezón infernal, principalmente en el hilo de la espalda, en el punto exacto donde las manos no alcanzan.

Un tramo desierto —¡gracias a Dios!— y la hacienda de Córrego Fundo. Me apeo, quito los sacos y entro pisando fuerte para desemperrar las piernas.

—¡Eh, de la casa! —¡El doctor Félix! ¡El hombre perdido! —exclaman los viejos. —¡Sí, mis amigos! ¡Pero que reaparece con un regalito para la señora Marciana!

Le entrego la sacada. Y así me libero, radiante, de la alforja de mala muerte.

Doble sorpresa

—Es como le digo, señor doctor: la línea de la frontera pasa por esta fosa, a veinte brazas de un árbol de aceite pardo; por aquí va bajando...

Y el dedo de mi cliente iba bajando por un papel sucio, un esbozo de mapa con los dobleces ajados por el tiempo.

—¡Sí, sí! Ya me dijo eso; pero no puedo, en absoluto, darle una opinión. Busque a un abogado de su confianza, expóngale el caso... —...va bajando, hasta chocar con el arroyo de Zé Elias. Aquí hace una punta...

Me levanté impaciente y me puse a caminar, agitado, por el escritorio. ¡Qué fastidio! ¡Teniendo que ir al Córrego Fundo y este hombre moliéndome la paciencia con la historia interminable de sus pleitos! Si no lo eché veinte veces por la ventana fue porque me conmovía la humildad paciente con la que recibía mis arrebatos. Esta vez también enmudeció, con el papel sucio extendido sobre la pierna, esperando.

—Pues vaya, vaya a preguntarle a un abogado lo que quiera. Y mire, tengo trabajo, no puedo atenderlo a usted toda la vida.

A pesar de estas palabras ásperas, mi consultante continuó incrustado en la silla.

Retomé mi caminar agitado, buscando distraer el pensamiento. Sobre la mesa vi, doblado, el papel azul recibido por la mañana. Un dulce calor de júbilo se filtró en mi espíritu. Me sentí feliz. Pero unos gruesos expedientes de embargos, que resaltaban justo adelante, me enfriaron considerablemente la alegría. ¡Diablos! Tanto atraso en el servicio... Los plazos vencidos me reclamaban en la conciencia con sermones interminables, destrozándome de remordimiento.

Aparté esa vista inoportuna y me volví hacia el gramófono. Era una máquina vieja, valiosa, que de préstamo en préstamo se había descompuesto desoladoramente. Pero el último préstamo le había dado virtudes raras, muy de mi agrado. Incluso sin disco tocaba músicas de Wagner, ricas en estrépito. Solté el resorte y empezó. Primero fue un roncar sordo de tempestad que crece; de súbito se desencadenaron truenos rodantes mezclados con chirridos inexplicables. Enseguida amainó y se puso a piar y a crujir con un acento tan animal que me tocaba las fibras del corazón. Fue en ese punto cuando aplaudieron a la puerta.

—¡Señor doctor, licencia para tres! —exclamó una voz de vieja. —¡Oh, qué buena sorpresa! —respondí, corriendo al encuentro de mis amigos del Córrego Fundo.

Era la primera vez que los veía en la ciudad. Vivían tan para sí mismos e aislados en su pobreza, amaban tanto sus hábitos tranquilos, que la novedad casi me alarmó.

—¡Pues aquí estamos! —disó el viejo Próspero, entrando—. Y especialmente para ver al doctor.

Los recibí jubiloso. —¡Un hombre soltero viviendo solito en un caserón de estos! —se asombró la señora Marciana.

Les mostré el interior de la casa, la cocina —donde mi ayudante quemaba sistemáticamente los frijoles—, la huerta hundida en hierbas altas; después los llevé al escritorio, donde encendí el calentador de alcohol.

—Usted también es medio cocinero —bromeó la señora Marciana. —Y me empeño en que me conozcan esa faceta.

Les ofrecí sillas, en las cuales se sentaron silenciosamente. Noté algo extraño en mis amigos. Decían pocas frases, como si los dominara una gran preocupación y, a menudo, intercambiaban miradas de complicidad que me intrigaban. Noté además que el señor Próspero vestía el sobretodo de gran gala. ¡Mucho debieron haberse alarmado las mariposas de mi entrada! Pronuncié algunas palabras para entablar charla; ellas, sin embargo, se congelaron en el silencio de los tres. Intercambiaron, en ese punto, nuevas miradas significativas.

Entonces el señor Próspero se levantó solemne. —Américo —dijo—, dame los anteojos.

¡Los anteojos! Era grave. El viejo solo se los ponía en circunstancias excepcionales. Se los acomodó tras las orejas y, volviéndose de nuevo hacia el hijo: —Américo, dame la cajita.

Recibió de manos del hijo un pequeño bulto envuelto en papel de seda y amarrado con una cinta; y, volviéndose hacia mí, empezó con voz pausada:

—Señor doctor, tenemos cuentas viejas que ajustar. Hace algunos años que usted nos da el placer de frecuentar nuestro rancho. Allá lo recibimos no como huésped, sino como hijo. Sin embargo, usted —y aquí agitó el índice amenazadoramente— cada vez que nos visita deja un paquetito de monedas de plata, como si le cobráramos nuestros frijoles. Nunca nos negamos a recibirlas para que usted estuviera más a gusto; pero, secretamente, conspiramos una venganza; hace meses, hace años, esperando que no lo tomara a mal.

—Pero... —intenté defenderme.

—Usted es muy orgulloso —y el dedo agitó de nuevo—, mucho incluso; por eso, como usted no quería nuestros frijoles de gratis, nosotros, con nuestro orgullito de pobres, tampoco queríamos sus monedas. Si tuviéramos recursos, nuestra venganza sería hacerle un bello regalo; no siendo eso posible, yo, notando que en sus dedos faltaba algo, le dije a la prima: "Vamos juntando las monedas de la 'hospedaje'" (sentí en la cara el peso de la palabra) "y se las devolveremos bajo la forma de un anillo. Si no lo acepta como devolución, lo recibirá como un obsequio de amigos". Y aquí está, señor doctor Félix, la venganza de sus campesinos...

A estas palabras abrió el estuche y me lo extendió. Era una joya bellísima, reposada sobre terciopelo, teniendo en el aro las insignias de la justicia. En el engaste, una guirnalda de brillantes flameaba alrededor de un sanguíneo rubí.

—Qué belleza —exclamé, examinando el regalo—. La lección fue buena: castigaron mi orgullo. Pero ustedes también están contagiados de este pecado... —¿Nosotros? —y los viejos se asombraron. —Claro. Me castigaron por no aceptar sus frijoles. Ustedes necesitan castigo por rechazar mis monedas... —El caso no es el mismo —protestó Próspero. —Lo es, sí —interrumpí —. Mi revancha, sin embargo, será inmediata.

Puse el estuche en la mesa y, tomando el papelito azul, se lo entregué solemnemente a Américo, diciendo: —¡Señor profesor, acepte mis cordiales felicitaciones!

Américo leyó; le tembló la mano, le tembló el labio, se puso pálido y se quedó sin habla; y de pronto se lanzó sobre mí, estrechándome convulsivamente: —¡Oh, señor doctor... señor doctor!

Estaba un tanto teatral, pero era sincero; más que yo que, en vez de regocijarme con su júbilo, me divertía con la situación, que me obligaba a actitudes de quinto acto de una obra. Esa cosa tan importante para Américo significaba poco para mí, pues crear una escuela rural en el Córrego Fundo y nombrarlo profesor no había sido un éxito en el que hubiera gastado gran esfuerzo, gracias a ciertas facilidades del momento y a la influencia de intermediarios eficaces.

Mientras Próspero le arrebataba el telegrama de albricias de las manos a Américo, este tartamudeaba que nunca se había atrevido a esperar que se realizara un día su sueño secreto. Y, lanzado en un torbellino de sentimientos, ora irradiaba felicidad absoluta, ora se turbaba, dudando de sus propios méritos, encontrando la tarea demasiado grande para sus hombros frágiles.

—Dude, Américo, dude bastante, amigo mío —filosofé—, que las realidades más dulces son las que salen de las dudas más amargas.

Enterados por su parte de la noticia, los viejos se quedaron unos instantes sin voz, como Américo; después, idénticamente, les temblaron las manos y los labios, y me abrazaron, y saltaron de alegría, y dudaron... lo que me enseñó que los lances de la vida son muy parecidos: dos alegrías, por lo visto, se asemejan entre sí como dos gotas de agua.

Pero la máquina, roncando, nos anunció que el café estaba listo. Serví. ¡Bien salada le parecería la bebida a Próspero, tantas lágrimas mezcló en ella!

Pasamos largo tiempo juntos. Prometí ir a la hacienda al día siguiente para orientarlos sobre las formalidades del nombramiento. A la salida fue un no parar de mutuos agradecimientos. Se retiraron, por fin.

De regreso al escritorio, retomé el estuche y contemplé melancólicamente la joya brillante de destellos, calculando para mis adentros cuántas privaciones y amarguras se condensarían en aquel cerco de chispas y en aquella gota de sangre viva mineralizada. ¡En vez de la festiva alegría con que los pobrecitos contaban, con qué apretón de corazón recibía yo su dádiva!

Y consideré la joya mucho tiempo, absorto, hasta que una voz hueca, salida de algún punto misterioso del cuarto, vino súbitamente a despertarme:

—Como le decía, señor doctor, aquí la frontera hace una punta. Después agarramos arroyo abajo toda la vida, hasta el árbol de angico del pastizal de João Juca...

Fin